

Plural 2

REFLEXIONES SOBRE SALVADOR ALLENDE

J. Arrate · O. Boye · J.J. Brunner
R. Celedón · L. Jerez · A. Palma · J. Tapia

ENTREVISTA A
RAFAEL AGUSTIN GUMUCIO

3a. ESCUELA INTERNACIONAL DE VERANO
Clase inaugural: Iglesia y Democracia
Obispo Jorge Hourton

Revista del Instituto para el Nuevo Chile

ROTTERDAM

P L U R A L

Revista del Instituto Para el Nuevo Chile

N.º 2

Agosto-Diciembre 1983

Presentación	3
<i>Jorge Arrate</i> . La vía allendista al socialismo	5
<i>Luis Jerez Ramírez</i> . «Se abrirán las grandes alamedas»	19
<i>Roberto Celedón</i> . Los cristianos y el Gobierno Popular de Salvador Allende	33
<i>Anibal Palma Fourcade</i> . Política Internacional del Gobierno de Salvador Allende	53
Cuestionario. Allende: el hombre y la obra	57
Entrevista a Rafael Agustín Gumucio, por <i>Carolina Rossetti</i>	69
TERCERA ESCUELA INTERNACIONAL DE VERANO ESIN-3	
<i>Jorge Hourton</i> . Iglesia y Democracia	83
<i>Jorge Arrate</i> . Discurso	111
Talleres, Cursos, Conferencias, Mesas redondas y docentes de ESIN-3	115

PRESENTACION

El segundo número de PLURAL entra en prensa pocos días después de terminada la Tercera Escuela Internacional de Verano (ESIN-3), organizada por el Instituto para el Nuevo Chile en Rotterdam. Hemos incluido un completo informe sobre esta actividad que, en su tercera versión, reunió a varios centenares de chilenos y latinoamericanos. *Monseñor Jorge Hourton*, Obispo Auxiliar de Santiago, dictó la clase inaugural sobre el tema "Iglesia y Democracia", cuyo texto íntegro publicamos aquí.

El tema central de PLURAL 2 es Salvador Allende. A diez años de su muerte la figura política y moral de Allende constituye objeto de análisis de especialistas de muy diversas nacionalidades que aún están lejos de agotar la reflexión sobre su significado y el de su proyecto político. El Pueblo de Chile lo recuerda en estos días de valientes luchas democráticas, y esa rememoranza se constituye en estímulo poderoso para generar una actitud combativa y decidida en la recuperación de sus derechos. PLURAL 2 ofrece algunos análisis e interpretaciones de un grupo de políticos y cientistas sociales democráticos sobre aspectos diversos de la actividad política de Allende y su contenido e importancia. *Jorge Arrate* destaca los perfiles principales del proyecto histórico "allendista" que sirvió de inspirador a su acción como Presidente de la República. *Luis Jerez* analiza la significación global de la figura de Allende en la historia nacional y enfatiza su importancia como emblema democrática y socialista. *Roberto Celedón* aborda el tema de las relaciones entre el mundo cristiano y el gobierno de Salvador Allende. *Aníbal Palma* entrega una apretada síntesis de la posición internacional sostenida por Allende desde la Presidencia.

Aparte de los cuatro ensayos mencionados, *Otto Boye*, *José Joaquín Brunner* y *Jorge Tapia* respondieron a un cuestionario de PLURAL. Las respuestas constituyen pequeños ensayos que se adentran en cada uno de los tópicos planteados.

Rafael Agustín Gumucio, entrevistado por Carolina Rosetti pocos días antes de regresar a Chile, da a conocer interesantes opiniones sobre Allende y su época, como también aspectos de su personalidad y actitud humana.

Consejo de Redacción

LA VIA ALLENDISTA AL SOCIALISMO

Jorge ARRATE *

«Es este un tiempo inverosímil, que provee los medios materiales de realizar las utopías más generosas del pasado. Sólo nos impide lograrlo el peso de una herencia de codicias, de medios y de tradiciones institucionales obsoletas. Entre nuestra época y la del hombre liberado en escala planetaria, lo que media es superar esta tendencia. Sólo así se podrá convocar a los hombres a reedificarse no como productos de un pasado de esclavitud y explotación, sino como realización consciente de sus más nobles potencialidades. Este es el ideal socialista» (Mensaje 71, 216). En la constatación de «una abismal contradicción entre lo que el hombre contemporáneo es y lo que potencialmente está a su alcance» (Mensaje 72, 399), se asentaba la utopía personal de Salvador Allende. Su tarea vital fue «aquí y ahora, en Chile y en América Latina... desencadenar las energías creadoras, particularmente de la juventud, para misiones que nos conmuevan más que cualquier otra empresa en el pasado» (Mensaje 71, 215). La denominada «vía chilena al socialismo» constituyó la forma particular que Allende propuso para Chile como paso decisivo en el largo proceso de materialización de su proyecto histórico.

Durante la etapa culminante de su acción dirigente Allende tuvo clara conciencia de las dificultades gigantescas de la tarea planteada y de su significado internacional. «No existen experiencias anteriores que podamos usar como modelo, tenemos que desarrollar la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura como el subdesarrollo como para la creación socialista» (Mensaje 71, 218). Romper con el subdesarrollo implica «deshacer esta estructura constrictiva, que sólo genera un crecimiento deformado. Pero simultáneamente es preciso edificar la nueva economía, de modo que suceda a la otra sin solución de continuidad» (Mensaje 71, 215). Es

* Director Ejecutivo del Instituto para el Nuevo Chile.

decir, no hay un modelo preestablecido que haga, quizá, más fácil recorrer la «vía chilena». Ese modelo inexistente debe ser sustituido por la invención y, al hacerlo, es preciso no sólo desmontar una estructura económica capitalista injusta e ineficaz, sino, al mismo tiempo, construir una nueva que, superando a la anterior, no produzca un quiebre en el funcionamiento de la economía y la sociedad. Para Allende las principales tareas están cruzadas por tensiones evidentes: «institucionalizar la vía política hacia el socialismo, y lograrlo a partir de nuestra realidad presente, de sociedad agobiada por el atraso y la pobreza propios de la dependencia y del subdesarrollo» (Mensaje 71, 214) y «romper con los factores causantes del retardo y al mismo tiempo edificar una nueva estructura socioeconómica capaz de proveer a la prosperidad colectiva» (Mensaje 71, 214) que, sin embargo, no será evidente de inmediato, ya que «las ventajas del socialismo no surgen espectacularmente en las primeras etapas de su construcción» (Mensaje 71, 236). Resulta claro que, más allá de las dificultades coyunturales y de los cambios de la correlación de fuerzas, elementos a los que, sin duda, permaneció siempre atentísimo, Allende individualizó muy claramente los obstáculos que surgían, no sólo del cuadro político y de fuerzas sociales del momento, sino de la naturaleza misma de su proyecto social. Este era, por definición, más difícil que otros intentos que renunciaban a compatibilizar y a desarrollar simultáneamente valores que, en la mayor parte de los casos, la experiencia histórica presentaba como contrapuestos.

La magnitud y significado internacional de la tarea eran evidentes para Allende: «Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista» (Mensaje 71, 213),¹ que Allende diferenciaba del basado en la «dictadura del proletariado». El día en que asume la Presidencia de la República, Allende exclama: «Digan que aquí la historia experimenta un nuevo giro» (Nov. 70, 52). Y, con palabras muy similares, reitera ante el Congreso Nacional, pocos meses después: «Este desafío despierta vivo interés más allá de las fronteras patrias. Todos saben, o intuyen, que aquí y ahora la historia empieza a dar un nuevo giro...» (Mensaje 71, 213). El «nuevo giro» correspondía a la ocasión singular en que la sustitución del sistema capitalista por el socialista se realizaba a través de un sendero en que un proceso social caracterizado por acciones no violentas como medio principal constituía la transición de un sistema a otro que, a su vez, conservaba y desarrollaba aún más, durante y después de esa transición, las principales conquistas civiles del anterior, básicamente su naturaleza democrática y el respeto a la libertad individual y a los derechos del hombre.

1. La utilización del término «modelo» en la frase anterior no debe ser interpretada como un aval a la aceptación de «prescripciones» para la construcción del socialismo. Concordado con otras expresiones de Allende el término está utilizado en referencia a la existencia de más de una forma de acceso al socialismo discutida por los clásicos del marxismo.

Al cambio específico propuesto por Allende lo denominaré «vía allendista al socialismo». En la literatura, y en las expresiones del propio Allende, se le ha denominado de maneras muy diversas con el fin de, en cada caso, acentuar lo que se estimaba una característica sustantiva principal. Así, «vía chilena» acentúa el carácter nacional del camino elegido, en su sentido de singularidad, y corresponde a una preocupación por la problemática de las «vías nacionales» discutida en los últimos decenios en el movimiento obrero internacional. Las denominaciones «vía pacífica» o «vía no armada» colocan en el centro la forma de lucha dominante con factor definitorio. Con el fin de superar este unilateralismo en el ángulo de definición, algunos utilizan la denominación «vía político-institucional». Los términos «vía legal», «vía constitucional» o «vía parlamentaria» han tenido, en general, un sentido peyorativo en la literatura de izquierda. Su empleo acentúa, las más de las veces, algún aspecto considerado criticable, ya sea el excesivo apego legalista en ciertas etapas del proceso, ya sea el exagerado constitucionalismo o juridicismo que caracterizó algunos de los planteamientos de la Unidad Popular, ya sea el rol que en ciertas instancias —especialmente por parte de Allende antes de las elecciones de marzo de 1973— se atribuyó a la mayoría parlamentaria. Aparte del valor que puedan tener en la polémica, ninguna de las tres denominaciones puede estimarse satisfactoria. Allende utilizó en diversas oportunidades la expresión «vía democrática» que apunta a un aspecto más sustancial y que puede considerarse como haciendo referencia, tanto a la forma de lucha principal como a la forma de ejercicio del poder estatal. La expresión «vía allendista al socialismo» rescata, por una parte, lo específico y particular del intento y, por la otra, acentúa la existencia de una versión específicamente «de Allende», no necesariamente compartida en todas sus partes o en todos los momentos por las fuerzas políticas diversas que integraron la coalición popular entre 1970 y 1973 y, aún más, en diversas partes o momentos concretamente objetada en virtud de una concepción, modelo o vía que eran, en cuestiones esenciales, contrapuestos. Estas diferencias dieron lugar al surgimiento de una tensión en torno al proyecto mismo que sustentaba la Unidad Popular. No me refiero a aquellos aspectos programáticos específicos que adquirieron en ciertos momentos del proceso un perfil polémico, sino al marco general, a la matriz teórica y al cuadro estratégico que definían el proyecto histórico —en partes explícito, en partes implícito— que constituía la esencia de la propuesta de Allende. Esta tensión debe ser elemento central de cualquier análisis de la experiencia allendista, en la medida que desentrañar su contenido parece ser requisito esencial para el éxito de cualquier intento de rescatar, renovar y reedificar las bases políticas y orgánicas de la idea socialista en Chile.

El contenido básico de la «vía allendista al socialismo» puede hallarse en fuentes precisas.² Ellas son, con todo, insuficientes y no exhaustivas. Deben ser consideradas en el marco de la práctica del conjunto del movimiento social y po-

2. Ver la sección «Referencias» al final del ensayo.

lítico de los trabajadores chilenos, especialmente de los avances registrados en los tres lustros que transcurren entre 1955 y 1970. Dicho proceso fue, como todo fenómeno efectivamente trascendente, a veces conflictivo y siempre complejo. De su estudio —que sobrepasa con mucho la ambición de estas páginas— se decantan, en último término, no sólo lo esencial de una concepción sino, al mismo tiempo, sus elementos internos de contradicción. Entre ellos parece esencial el desfase entre la teoría de la izquierda y su práctica política. Es en el primer plano —el de la teoría— donde no fructifica suficientemente una presentación coherente de la «vía allendista» que sea asumida por la generalidad del movimiento y es, en cambio, el plano donde germinan las principales refutaciones.

El proceso a través del cual se hace praxis, es decir dialéctica ligazón de teoría y práctica, es bien accidentado y es en dichos accidentes donde es posible identificar los orígenes de su dramático fracaso.

La disputa en torno a la vía fue un tema recurrente en la historia política de la izquierda chilena. Los debates que adquirieron fuerza y generaron consecuencias durante el período 1970-1973 tenían como precedentes polémicas muy anteriores. En ellas Allende fue siempre uno de los protagonistas principales y su postura básica tuvo una notable invariabilidad. La «vía allendista» se construyó en un largo batallar que abarcó, por mencionar un índice de lo que eran siempre momentos definitivos en la política chilena, cuatro campañas presidenciales en las que Allende hizo llegar su mensaje a todos los rincones de Chile. Las polémicas sobre estrategia desarrolladas entre los Partidos Socialista y Comunista, con su diversa apreciación sobre la extensión de las alianzas, la interpretación de la realidad social y económica de Chile y el rol de sus diversas clases, constituyeron el telón de fondo del proceso político de la izquierda. En la década de los sesenta Chile no fue una excepción al difundido impacto de las corrientes que preconizaban la lucha armada como el único medio eficaz para superar la dominación capitalista imperial, alentadas por el significativo éxito de la experiencia revolucionaria cubana, de gestación autónoma y original. En el plano nacional adquirió fuerza la frustración, especialmente de sectores de la juventud, frente a las desviaciones «electoralistas» y «parlamentaristas» de los partidos históricos de la izquierda. Dos derrotas —en 1958 a manos de Alessandri y la derecha y en 1964 frente a demócratas, liberales y conservadores— parecían demostrar sin apelación la impotencia del esquema de avance planteado por Allende. No obstante, la «vía allendista» siguió vigente, en parte por su líder, en parte por su enraizamiento en la práctica de la masa socialista y de la izquierda, en parte porque la estrategia global definida por el Partido Comunista se avenía más a ella que a la alternativa opuesta, y en parte porque la propuesta de Allende no constituía un capricho de su tenaz voluntad política ni una inspiración genial de carácter personal. Había, como el propio Allende lo expresara más de una vez como Presidente, características propias de la sociedad chilena y sus actores que hacían de la vía allendista al socialismo quizás el único camino por el que podía transitar la izquierda con perspectivas relativamente próximas de éxito. En el pensamiento

de Allende existían también elementos axiológicos que confirmaban la elección de vía.

La vía allendista obedecía, en primer lugar, a las especificidades de Chile. Allende, explícitamente, desechó toda aspiración a universalizar su experiencia en cuanto receta política o a proclamarla como ejemplo para la lucha en otros países de América Latina. Por el contrario, antes y después de ser elegido Presidente, en actos concretos, siempre expresó su espíritu internacionalista y su solidaridad con otras experiencias de transformación social, diversas a la chilena y apoyadas en medios diversos, sin por ello nunca abandonarse a la imitación o renunciar a mantener vigente la opción que, para Chile, le parecía más adecuada. La singularidad de Chile era básicamente su aptitud y vocación democráticas, históricamente comprobadas al menos relativamente a los demás países del continente. En tales condiciones Allende concebía la vía no violenta como la «más acorde con nuestra idiosincrasia, con nuestras tradiciones» (Discursos, 11). Ya Presidente expresaba: «Sin renunciar a sus metas revolucionarias, las fuerzas populares han sabido ajustar su actuación a la realidad concreta de las estructuras chilenas, contemplando los reveses y los éxitos, no como derrotas o victorias definitivas, sino como hitos en el duro y largo camino hacia la emancipación» (nov. 70, 38). Y agregaba dos años después: «Consecuentes con lo que han sido nuestra historia y tradición, estamos realizando esta transformación revolucionaria profundizando el régimen democrático, respetando el pluralismo de nuestra organización política, dentro del orden legal y con los instrumentos jurídicos que el país se ha dado, no sólo manteniendo sino ampliando las libertades cívicas y sociales, individuales y colectivas» (UNCTAD, 283).

La vía elegida poseía para Allende una característica esencial derivada de su enraizamiento con las tradiciones e «idiosincrasia nacionales: proponía una cierta continuidad, no una ruptura absoluta con el pasado. Allende postulaba, en consecuencia, una determinada forma de enfocar la dialéctica destrucción-reconstrucción en virtud de la cual reconocía al pasado los derechos de la supervivencia. Quizá la más dramática expresión política de esta idea se encuentre en los primeros párrafos de su Primer Mensaje al Congreso Nacional: «Tengo muy presente que aquí se debatieron y se fijaron las leyes que ordenaban la estructura agraria latifundista pero aquí también fueron derogadas instituciones obsoletas, para sentar las bases legales de la reforma agraria que estamos llevando a cabo. Las normas institucionales en que se basa la explotación extranjera de los recursos naturales de Chile fueron aquí establecidas. Pero este mismo Parlamento las revisa ahora para devolver a los chilenos lo que por derecho les pertenece» (Mensaje 71, 79). Un año más tarde reitera su pensamiento ante el Congreso de manera más dura: «Mi gobierno mantiene que hay otro camino para el proceso revolucionario que no es la violenta destrucción del actual régimen institucional y constitucional» (Mensaje 72, 341). En el marco de la vía allendista no es ésta una concesión graciosa a los adversarios o al pasado, ni una nostálgica venia a la tradición. En la formulación de Allende es explícito y reiterado el concepto sobre la paternidad del progreso de-

mocrático y del desarrollo de las libertades públicas: «...el combate ininterrumpido de las clases populares organizadas, ha logrado imponer progresivamente el reconocimiento de las libertades civiles y sociales, públicas e individuales» (nov. 70, 37). Más claramente aún, «las libertades políticas son una conquista del pueblo en el penoso camino por su emancipación. Son parte de lo que hay de positivo en el período histórico que dejamos atrás. Y, por tanto, deben permanecer.» (Mensaje 1, 94). Este, entre otros que surgirán más adelante, constituye uno de los factores en que la definición de la vía allendista es claramente estratégica, es decir, constituye en sí misma un propósito sin cuyo cumplimiento el entero proyecto social que la vía promueve pierde su perfil o contenido. La vía allendista no es una maniobra circunstancial sino un elemento que al mismo tiempo agrega definición y sustancia al tipo de sociedad socialista que propone.

Para Allende, en consecuencia, la vía propuesta constituye el sendero obvio y necesario. Obvio en su sentido de correspondencia entre pasado y futuro, entre tradición y revolución, entre realidad y utopía. Pero también necesario en la medida que desde el ángulo político los fines perseguidos no eran impermeables a los medios que se utilizara para conseguirlos. En una larga referencia al sistema de partido único y a su carácter no indispensable para la sociedad socialista Allende expresaba: «La guerra civil cuando es impuesta al pueblo como la única vía hacia la emancipación condena a la rigidez política» (nov. 70, 45). No se trataba de rechazar en general tal posibilidad para todos los pueblos y todas las circunstancias. Pero en Chile era factible otro camino que tenía además la virtud de posibilitar que su resultado fuese algo nuevo, superior, nunca antes conocido. Ese camino sería «construido a lo largo de nuestra experiencia, el consagrado por el pueblo en las elecciones, el señalado en el Programa de la Unidad Popular: el camino al socialismo en democracia, pluralismo y libertad... La Unidad Popular hace suyo este lema no como una consigna, sino como su vía natural» (nov. 70, 44).³

No hay una sino varias posibles definiciones de esta vía «más apropiada» que Allende proponía a sus propias fuerzas y —al país en general, dependiendo de los aspectos del complejo fenómeno que cada caracterización enfatiza. A veces se encuentra en los discursos de Allende la tendencia a definirla mediante el con-

3. La exégesis literal de los escritos de Allende, la gran mayoría discursos políticos, muchos de ellos improvisados, parcialmente improvisados o corregidos sobre la marcha al calor de la oratoria, resulta, como método, poco útil. Si bien no referida explícitamente al texto recién citado ha encontrado en la literatura una mención crítica al concepto de «vía natural» en Jorge Insunza, «La dialéctica de las vías revolucionarias», *Revista Internacional*, 5, 1977, Praga, pp. 58-64. Sería a mi juicio equivocado atribuir al término usado por Allende otro contenido que no fuera el apropiado al texto general de su discurso. Nada de «naturalista» o de «positivista» podría descubrirse en él y, por tanto, «vía natural» en el texto citado debe ser considerada un simple sinónimo de obvio, evidente, coherente, apropiado, etc. La asunción de la vía por Allende consistió, por una parte, en el reconocimiento de la realidad concreta en un período histórico determinado, y, por otra, en la valoración de los méritos y virtudes de la vía para garantizar la no deformación de los principales objetivos del proyecto.

trapunto entre opciones o el planteamiento de incompatibilidades aparentes. Así la expresión «nuestro pueblo aspira legítimamente a recorrer la etapa de transición al socialismo sin tener que recurrir a formas autoritarias de gobierno» contiene un contrapunto implícito: la vía allendista es democrática, no requiere o no desea recurrir a prácticas autoritarias (Mensaje 71, 96). La vía allendista realiza su «contribución mayor al desarrollo del régimen democrático en esta etapa de nuestra historia» con su combate «para abrir el camino de la democracia económica» y «conquistar las libertades sociales». «Llevarlo a cabo simultáneamente con la defensa de las libertades públicas e individuales, y el desarrollo del principio de legalidad, es el desafío histórico que todos los chilenos estamos enfrentando» (Mensaje 72, 394). En otras ocasiones Allende agrega elementos de definición a los ya surgidos, poniendo el acento no tanto en la forma de llevar a cabo la tarea sino en el fondo de la misma. Cuando asume la Presidencia precisa que lo hace para «orientar al país hacia una nueva sociedad, más humana, en que las metas últimas son la racionalización de la actividad económica, la progresiva socialización de los medios productivos y la superación de la división de clases» (nov. 70, 38). Y en su primer mensaje al Congreso define directamente «la vía chilena al socialismo» como «un modelo nuevo de Estado, de economía y de sociedad, centrado en el hombre, sus necesidades y sus aspiraciones» (Mensaje 71, 88). Quizá si para dejar constancia del carácter renovador de su propósito Allende agrega de inmediato: «Para eso es preciso el coraje de los que osaron repensar el mundo como un proyecto al servicio del hombre» (Mensaje 71, 88).

De los elementos que van surgiendo en la definición hay a lo menos tres que requieren un examen particular a la luz del pensamiento de Allende.

Uno es el problema de la mayoría. Allende asume la Presidencia de la República con sólo un 36 % de los votos, aunque en abril de 1971 los partidos de la Unidad Popular totalizan el 50 % de la votación nacional. Desde el inicio Allende enfatiza siempre la necesidad de desarrollar en torno a su proyecto un consenso democrático mayoritario. Hay detrás de esta convicción una actitud de principio: «La revolución es un cambio profundo, es la transformación del sistema, es abrir paso a las grandes mayorías...» (Congreso de Colombia, 176), y también la constatación de un requisito para el éxito: «El triunfo popular marcó la madurez de la conciencia de un sector de nuestra ciudadanía. Necesitamos que esa conciencia se desarrolle aún más. Ella debe florecer en miles y miles de chilenos que si bien no estuvieron junto a nosotros son una parte del proceso, están ahora resueltos a incorporarse a la gran tarea de edificar una nueva nación con una nueva moral» (nov. 70, 46). «Cuando yo hablo de ampliar el poder político, pienso que más allá de los límites de la Unidad Popular hay miles de ciudadanos que pueden estar junto a nosotros, hay cientos y miles sin domicilio político, y hay otros que teniéndolo, no pueden olvidar ni los principios, ni las ideas, y por eso yo los llamo fraternalmente, limpiamente, a trabajar por el Chile nuevo y por la patria mejor que queremos para todos los chilenos» (Día del Trabajo 71, 62) «Es la tarea imperiosa de las fuerzas populares convencer, mediante

la acción revolucionaria, el ejemplo y la eficacia, a las grandes mayorías del pueblo, del sentido y razón de ser de la revolución» (Informe PS, 271-272).

Un segundo aspecto que surge en las caracterizaciones de la vía allendista al socialismo es el referido a la violencia. Reiteradamente —y queda claro en muchas de las citas anteriores— Allende define su proyecto como democrático, no violento, no autoritario y no represivo. Se ha señalado que existe en el pensamiento de Allende una preferencia no puramente táctica respecto a la vía. Así, precisamente, el carácter no violento de la vía es clara y reiteradamente apreciado y destacado como un valor en sí mismo. En muchas ocasiones durante los tres años de gobierno Allende recurre a la idea del «menor costo social»: «Chile inicia su marcha hacia el socialismo sin haber sufrido la trágica experiencia de una guerra fratricida. Y este hecho, con toda su grandeza, condiciona la vía que seguirá este Gobierno en su obra transformadora» (nov. 70, 39). «Quiero reiterar que, por primera vez en la historia, un pueblo conscientemente ha buscado el camino de la revolución, con el menor costo social» (Día del Trabajo 71, 57). «Y conste que hemos hecho nuestra revolución sin costo social. Puedo decir que no hay en el mundo un país que haya emprendido el camino revolucionario con el costo social que lo han hecho ustedes, el Gobierno del pueblo, que lo hemos hecho juntos, y eso tiene un gran valor en vidas humanas y en la propia economía del país» (nov 71, 210). Tiempo más tarde Allende advierte frente a las posibilidades de desviarse de la vía elegida: «Eso sería un salto en el vacío... Pero también someter al país, y principalmente al pueblo, a la pérdida de vidas, así como de fuentes de trabajo y bienestar que necesita» (Mensaje 72, 344).

En tercer lugar, es necesario precisar, sin embargo, que Allende no tuvo ni preconizó nunca una actitud «pacifista» o no violentista absoluta. Valorizando el carácter violento de la vía propuesta, el ahorro de dolor y sufrimiento que ofrecía para la obra de construcción socialista, entendía claramente también que el proceso intentado, cuyas dificultades y singulares obstáculos siempre destacó, podía seguir un curso diverso. Dicha conciencia tendió a hacerse cada vez más patente —y lo prueba la lectura comparada de sus tres Mensajes al Congreso— a medida que el conflicto social y político se agudizaba y la amenaza de la violencia reaccionaria se hacía más inmediata. La prevención frente a esta eventualidad fue un elemento permanente en sus discursos e intervenciones públicas. «No se puede descartar que la escalada contra el régimen institucional llegue a provocar las condiciones de la ruptura violenta. El Gobierno y los trabajadores organizados están conscientes de ello, dispuestos a asumir el papel que les corresponde» (Mensaje 72, 345), expresaba a mediados de 1972. La idea fue reiterada en innumerables ocasiones.

Sobre estos aspectos, en consecuencia, parece válido sostener que para la vía allendista su carácter incruento tiene una significación esencial porque la violencia, si bien no se descarta como posibilidad a veces más que evidente, se concibe como una necesidad desafortunada, no como una eventualidad deseable o como un elemento positivo.

Allende entrega importantes elementos de definición de su propuesta estratégica al confrontarla con la teoría revolucionaria y con las experiencias anteriores de construcción socialista. El único tratamiento principalmente teórico de determinados problemas es el polémico Informe de Allende al Pleno Nacional del Partido Socialista de Chile de marzo de 1972, en el que enfoca el problema del carácter del Estado y discute la tesis de la necesaria destrucción previa del Estado capitalista para reemplazarlo por uno socialista. En sus otras intervenciones se encuentran, sin embargo, numerosas referencias a cuestiones de significación teórica. No abundaré aquí en el rol de primera importancia, como determinante de los comportamientos políticos, que tuvo la teoría marxista —una determinada forma de asumirla: el «marxismo-leninismo»— en el proceso chileno. La izquierda chilena y sus partidos han tenido como característica histórica un elevado grado de ideologización. A diferencia de otros países de América Latina donde grandes movimientos o partidos se construyeron sobre la base de consignas básicas de contenido nacionalista, populista o antiimperialista, a veces de un exagerado simplismo, la izquierda en Chile alcanzó, en algunos casos, un grado bastante superior de elaboración política o, en otros, al menos la asunción de determinados esquemas teóricos globales. Los conceptos básicos que formaban parte esencial de la «vía allendista» no guardaban muchas veces una clara correspondencia con el «sentido común teórico» de la dirigencia izquierdista y de parte significativa de las bases. La formulación de la vía allendista constituyó una lucha ideológica que Allende prosiguió necesariamente una vez Presidente. En su discurso de asunción expresó: «Desde el punto de vista teórico doctrinal, como socialistas que somos, tenemos muy presentes cuales son las fuerzas y los agentes del cambio histórico. Y, personalmente, sé muy bien, para decirlo en los términos textuales de Engels, que: "Puede concebirse la evolución pacífica de la vieja sociedad hacia la nueva, en los países donde la representación popular concentra en ella todo el poder, donde de acuerdo a la Constitución, se puede hacer lo que se desee, desde el momento en que se tiene tras de sí a la mayoría de la nación". Y este es nuestro Chile. Aquí se cumple, por fin, la anticipación de Engels» (nov. 70, 38-39). Allende tenía conciencia, es claro, que la condición establecida por Engels (tener «tras de sí a la mayoría de la nación») debía ser garantizada día a día. Es en este marco donde asumen mayor relevancia teórica y política sus permanentes referencias, ya citadas, a la necesidad de obtener el apoyo de las mayorías. El desarrollo del proceso recién iniciado requiere según Allende de una prevención permanente frente al reformismo y al maximalismo: «Si olvidáramos que nuestra misión es establecer un proyecto social para el hombre, toda la lucha de nuestro pueblo por el socialismo se convertiría en un intento reformista más. Si olvidásemos las condiciones concretas de que partimos, pretendiendo crear aquí y ahora algo que excede nuestras posibilidades, también fracasaríamos» (Mensaje 71, 88).

Un tema teórico que suscita la reiterada preocupación de Allende es el de la destrucción del Estado. Por cierto el desarrollo de la vía allendista —y para

este efecto el término «político-institucional» resulta adecuado— requiere de una óptica diversa en relación con la confrontación entre el viejo y el nuevo Estado. Continuidad y ruptura se relacionan de una manera más compleja. «Queremos que cada trabajador comprenda que la teoría revolucionaria establece que no se destruye absoluta y totalmente un régimen o un sistema para construir otro, se toma lo positivo para superarlo, para utilizar esas conquistas y ampliarlas» (Día del Trabajo 71, 56-57). Con más precisión y claridad: «No está en la destrucción, en la quiebra violenta del aparato estatal el camino que la revolución chilena tiene por delante. El camino que el pueblo chileno ha abierto, él mismo, a lo largo de varias generaciones de lucha, le lleva en estos momentos a aprovechar las condiciones creadas por nuestra historia para *reemplazar* el vigente régimen institucional, de fundamento capitalista, por otro distinto, que se adecúe a la nueva realidad social de Chile. Se trata sí, de transformar el aparato burocrático, el aparato del Estado como totalidad, la propia Carta Fundamental, en su sentido de clase, y también, en sus manifestaciones institucionales individualmente consideradas» (Informe PS, 262-263). Y agrega: «la cuestión teórica que ello plantea reposa en un supuesto que aparece evocado en el Informe Político: el de si la institucionalidad actual puede o no negarse a sí misma, destruirse a sí misma, abriendo paso a un nuevo régimen institucional. Para responder a esta cuestión se requiere previamente, tener en cuenta dos factores. En primer lugar, si el régimen institucional es o no abierto al cambio. En segundo lugar, qué fuerzas sociales están detrás del régimen institucional, dándole su fortaleza. Ambos factores se corresponden el uno al otro, ya que sólo si el aparato del Estado no es infranqueable a las fuerzas sociales populares puede concebirse que la institucionalidad sea suficientemente flexible para tolerar las transformaciones estructurales sin que ella estalle automáticamente» (Informe PS, 263). Y, siempre en polémica con su Partido: «Los militantes del Partido Socialista deben ser conscientes de que contrariamente a lo que el Informe Político sostiene, el camino más corto hacia las transformaciones cualitativas del sistema político actual no pasa forzosamente por la quiebra y la destrucción de la constitucionalidad vigente. Este es un profundo error» (Informe PS, 271). La vía allendista, de esta manera, reconoce como una de sus bases la existencia de un determinado grado de autonomía del Estado en relación con sus determinantes de clase. «Es cierto que un régimen institucional es el producto de un orden social determinado, pero lo institucional no sólo encuentra su sentido de clase en su génesis histórica, sino sobre todo, en la fuerza social que en un momento concreto y específico informa su funcionamiento, lo está utilizando y orientando» (Informe PS, 259). No puede confundirse el «contenido de clase de la institucionalidad» con su «origen histórico». Esta «es una posición tajante que, al ser formulada en forma absoluta, niega o desconoce la sutil complejidad del problema» (Informe PS, 259).

Para Allende la revolución chilena es un hecho singular, único, una herejía de la vida en el mundo actual. Por eso reclama para ella una gran autonomía y postula realizar «nuestra revolución sin mentores ni tutores...» (nov. 71, 210).

«Ahí está Martí, un latinoamericano, allá está Lenin, el padre de la revolución, y aquí estamos nosotros transitando el camino de Chile, de acuerdo con su historia...» (nov. 71, 210). La autonomía no es sólo una actitud política a reflejar en una política internacional no alineada y de solidaridad activa, sino también una autonomía teórica. Tampoco hay tutores en la teoría: «...tenemos que desarrollar la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura con el subdesarrollo como para la "creación socialista"» (Mensaje 71, 88). Esas formas de organización nuevas⁴ han de ser diversas de las conocidas hasta ahora en otras experiencias socialistas. Sin mencionar específicamente a la Unión Soviética, Allende se refiere evidentemente a la revolución de Octubre y a las experiencias de Europa del Este cuando expresa: «Los teóricos del marxismo nunca han pretendido, ni la historia demuestra, que un partido único sea una necesidad en el proceso de transición hacia el socialismo. Son circunstancias sociales, son vicisitudes políticas internas e internacionales las que pueden conducir a esta situación. La guerra civil, cuando es impuesta al pueblo como única vía hacia la emancipación condena a la rigidez política. La intervención foránea, en su afán de mantener a cualquier precio su dominación, hace autoritario el ejercicio del Poder. La miseria y el atraso generalizado dificultan el dinamismo de las instituciones políticas y el fortalecimiento de las organizaciones populares. En la medida que en Chile no se dan estos factores, nuestro país a partir de sus tradiciones, dispondrá y creará mecanismos que, dentro del pluralismo apoyado en las grandes mayorías, hagan posible la transformación radical de nuestro sistema político. Este es el gran legado de nuestra historia. Y es también la promesa más generosa para nuestro futuro. De nosotros depende que sea un día realidad» (nov. 70, 45). En su primer Mensaje la referencia al denominado «socialismo real» es explícita: «Las circunstancias de Rusia en el año 17 y de Chile en el presente son muy distintas. Sin embargo, el desafío histórico es semejante. La Rusia del año 17 tomó las decisiones que más afectaron a la historia contemporánea... Allí se aceptó el reto y se edificó una de las formas de construcción de la sociedad socialista que es la dictadura del proletariado. Hoy nadie duda que, por esta vía, naciones con gran masa de población pueden, en períodos relativamente breves, romper con el atraso y ponerse a la altura de la civilización de nuestro tiempo. Los ejemplos de la URSS y de la Repú-

4. En uno de sus textos Allende denomina «República del pueblo trabajador» a la forma político-institucional que habrá de concretar la vía allendista (nov. 70, 35). Imposible evitar la asociación con la fórmula de la «República Democrática de Trabajadores» postulada por el Partido Socialista de Chile en su Programa de 1947, aún no modificado. Es notorio en los textos de Allende su preferencia sistemática por el término «trabajadores» que por el de «obreros» o «clase obrera». Hay —parece obvio— una intención de mayor amplitud y alcance. Igual motivación tuvo, al decir de Raúl Ampuero, según mis notas del Seminario sobre Convergencia Socialista, realizado en Ariccia, Italia, en marzo de 1979, Eugenio González y sus colaboradores en la redacción del Programa de 1947, cuando sustituyeron el término «proletariado» por «trabajadores» y el término «dictadura» por el de «república democrática».

blica Popular China son elocuentes por sí mismos. Como Rusia entonces, Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada. Los pensadores sociales han supuesto que los primeros en recorrerla serían naciones más desarrolladas, probablemente Italia y Francia, con sus poderosos partidos obreros de definición marxista. Sin embargo, una vez más, la Historia permite romper con el pasado y construir un nuevo modelo de sociedad, no sólo donde teóricamente era más previsible, sino donde se crearon condiciones concretas más favorables para su logro. Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista... Por mi parte, estoy seguro de que tendremos la energía y la capacidad necesarias para llevar adelante nuestro esfuerzo, modelando la primera sociedad socialista edificada según un modelo democrático, pluralista y libertario» (Mensaje 71, 81-82).

Hasta aquí una imagen sintética y global de la forma como su propio autor definía la vía allendista al socialismo y el proyecto social a ella asociado. El repaso, a trece años de su momento de gloria y triunfo y a diez de aquel de su derrota, resulta útil para constatar una vez más su carácter profundamente creativo y original, su realismo y al mismo tiempo su «utopismo», su fuerza y su fascinante atractivo. Sirve además para constatar un hecho no siempre suficientemente enfatizado sobre Salvador Allende: la notable coherencia de su discurso político y su acción práctica. Allende se jugó por entero, cerebro y corazón, espíritu y acción, por la «vía chilena». Creía firmemente en sus propias palabras, sentía una identidad plena, casi pasional, con sus propios proyectos. Quizá fuera esa la razón principal de su fuerza. Sólo quien tiene un soporte moral de esa categoría puede vivir sus minutos postreros como Allende los vivió.

Contrariamente a lo que ocurre con las cosas triviales Allende, que fue todo trascendencia, será un recuerdo que en vez de borrarse por la acción del tiempo se irá agigantando, indeleble, en la conciencia del pueblo. Su muerte dio más vitalidad, a las ideas por las que luchó. Por eso ellas sobreviven en la memoria histórica de Chile.

REFERENCIAS

Los paréntesis en el texto están referidos a Salvador Allende, *Discursos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975. Los documentos más utilizados son los siguientes:

Nov. 70: Discurso en el Estadio Nacional, 5 de noviembre de 1970.

Día del Trabajo 71: Discurso en el Día Internacional del Trabajo 1 de mayo de 1971.

Mensaje 71: Primer Mensaje al Congreso Pleno, 21 de mayo de 1971.

Congreso de Colombia: Discurso en el Congreso de Colombia, 30 de agosto de 1971.
Nov. 71: Discurso en el Estadio Nacional en la celebración del Primer Aniversario del Gobierno, 4 de noviembre de 1971.
Informe PS: Informe al Pleno Nacional del Partido Socialista, 18 de marzo de 1972.
UNCTAD: Discurso ante la Tercera Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo, 13 de abril de 1972.
Mensaje 72: Segundo Mensaje al Congreso Pleno, 21 de mayo de 1972.

Citas de otros documentos han sido identificadas simplemente como «Discursos». Los números dentro del paréntesis indican la página del libro citado.

Otros documentos considerados aparecen en *Salvador Allende (1908-1973)*, *Prócer de la Liberación Nacional*, antología preparada por Alejandro Witker, Universidad Autónoma de México, México, 1980, y en diversas ediciones de discursos, entrevistas y textos de Salvador Allende.

«SE ABRIRAN LAS GRANDES ALAMEDAS»

Luis JEREZ RAMÍREZ *

«Extended mantos en su ausencia
para que pueda —frío y enterrado—
con su silencio sostener la Patria.
Mas una vida fue su vida»

Neruda

El 11 de setiembre de 1973, secciona la historia contemporánea de Chile con el golpe seco de una espada. La evolución política y social del país fue insalvablemente fracturada. El asalto de los generales interrumpe brutalmente el hilo sólido que engarza el acontecer chileno desde los inicios de la República hasta la antesala de la utopía.

Cuando el Presidente se dirige al pueblo, en los minutos que preceden a la consumación del drama, se clausura un largo ciclo de la historia política, social y cultural de la nación. Sus palabras, traídas y llevadas en el tiempo largo de la represión y del exilio, estructuran, en esencia, un testamento político. De ellas, aflora la vida de Allende en una sinópsis vertiginosa y apretada y el diseño de las tareas que entrega a las generaciones futuras.

Aquel mensaje postrero, silenciado en Chile, se ha incorporado a la antología de las grandes oraciones universales. La estrella de Allende alumbró, entonces, como la de Lincoln en Gettysburgh. No sólo por su nobleza conceptual. Está elaborado con generosidad, con una inmensa dosis de coraje y con una honda convicción ideológica. No hay en él, una apelación emocional superficial, ni una dramatización exasperada del instante. Por el contrario, es la imponente serenidad

* Investigador del Instituto para el Nuevo Chile.

—en el contenido y en tono— de cada afirmación, la que relievaba la sublimidad del sacrificio. Este no es impuesto por el juego azaroso de una instancia dramática, no obedece a una decisión desesperada adoptada en el marco confuso de la tragedia que empezaba a oscurecer la Patria. Es un acto frío, racional, presentido y anunciado como la culminación consecuente de un ciclo vital.

Es el adiós de un patriota, de un combatiente, pero por sobre todo es el adiós de un conductor que afirma su presencia en las luchas del futuro. Tiene el mérito— y por ello lo rescatamos al conmemorar el décimo aniversario de su muerte— la parte más rica y dinámica de la historia de Chile en lo que va de siglo.

«Compatriotas: esta será seguramente, la última oportunidad en que pueda dirigirme a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura sino decepción. Y serán ellas el castigo moral para quienes han traicionado el juramento que hicieron. Ante estos hechos sólo me cabe decir a los trabajadores: ¡Yo no voy a renunciar!»

Se lo había dicho al pueblo. Lo había repetido en el círculo íntimo de amigos y colaboradores. Aquella no era una bravata ni el arrebato arrogante de un demagogo. No renunciaría. No sería un mandatario en el exilio de aquellos que deambulan entre el buen pasar, los trajines conspirativos y el aguardar paciente de tiempos mejores. La opción por la muerte está anticipada por su vida. La prefiguran los perfiles que diseñaron su condición de hombre y de luchador social, el respeto que se tenía a sí mismo, la fuerza de sus convicciones y la seriedad de los planteamientos que había hecho al pueblo. Ello no podían entenderlo los generales golpistas.

Su mandato se lo debía al pueblo. Lo había ganado en el compromiso vital con sus luchas, con sus sufrimientos, sus victorias y derrotas. El patrimonio político y moral que representaba ese mandato no era transferible a la cuadrilla usurpadora que lo reclamaba en nombre de la fuerza.

La vida que le ofrecía la subversión uniformada, al precio de su renuncia, era parte de la historia del desarrollo del movimiento popular en Chile. Tranco a tranco, el perfil del político se había venido entretejiendo en la presencia creciente de los trabajadores en el acontecer nacional. El líder empezó a despuntar en las asambleas estudiantiles de Valparaíso que recogían la efervescencia de la lucha social de la época. En la encrucijada de seleccionar valores el joven Allende opta por los desposeídos. Es una decisión temprana, que anticipa su existencia, y que el combatiente solemniza en los funerales de su padre. Luego vendrá el Partido. Cuatro décadas de identificación profunda marcada por un quehacer agitado, por la fraternidad militante, por el combate persistente en la base, en el «ampliado», en el congreso y en la dirección partidaria. «Todo lo que soy se lo debo al Partido.» Le gustaba repetirlo y aquella no era una afirmación condescendiente. Desde el Partido fluía la fe, el coraje y la decisión de los trabajadores chilenos. De él

recibió toda clase de tareas, modestas algunas, históricamente trascendentes otras, y en el esfuerzo por cumplirlas se fue acuñando el sello de un compromiso irrenunciable. El Partido crece con raíces profundas en el seno del movimiento social. Su presencia vigorosa llevará la impronta de la personalidad, del pensamiento y del combate cotidiano de Allende por otorgarle los perfiles singulares que aseguraron su presencia en las luchas de Chile.

Allende fue un personaje político peculiar. Carecía de esa «personalidad alternativa» tan frecuente en los hombres públicos del Continente. Recusaba el engaño, la duplicidad y la obsecuencia. No era capaz de una traición, ni siquiera de la treta astuta legitimada en la escaramuza política tradicional. Su franqueza era directa, casi arrogante. Cuando asumía una posición todos sabíamos que no habría una substitución acomodaticia. Nunca, en los avatares de su vida pública o en el seno del Partido, le sorprendimos ponderando una correlación de fuerzas para adecuar su conducta. La soledad de una batalla no le arredraba. Lejos de ello, estimulaba sus ímpetus y era entonces cuando desplegaba la gama variada de su coraje físico y moral. Porque por sobre todo, fue coraje. Coraje en cada alternativa de su vida agitada y desafiante. Coraje en el instante de renunciar a ella.

El impacto violento de su muerte perturbó a los generales y a los civiles astutos que se imaginaron herederos del cuartelazo. Sobre el cadáver, aún frío, intentaron dibujar la imagen de un hombre frívolo. Es bueno recordar que la intriga ruin y cobarde no soportó la indignación universal y se ahogó en vergüenza. Algún detractor desprevenido debió esconder la mano y castigar su lengua. Allende, ofendía en vida, un estido consagrado de «hacer política» que se nutría en la simulación, en las maniobras palaciegas y en las jugarretas oblicuas. Desdeñaba la paca-tería y ello también ofendía. Amó la vida, la saboreó simplemente en cada momento, en el combate cotidiano, en el vértigo de cada nuevo desafío y en las horas de solaz. No había en él un solo rasgo que anticipara una vocación de mártir. Es precisamente ello, lo que otorga a su sacrificio un más alto grado de valor y generosidad.

«Colocado en un tránsito histórico...»

«Pagaré con mi vida la lealtad del pueblo.»

Había aprendido tempranamente el valor de esa lealtad. Del pueblo recibió y al pueblo entregó lealtad. Mientras en otras latitudes los líderes populistas que encendieron las esperanzas de la América morena naufragaban en la traición, Allende maduraba en la consecuencia. Fue receptivo al cambio social, al proceso renovador que bullía incesantemente en el trasfondo de la sociedad latinoamericana. Supo apresurar el paso cuando la historia caminó más rápido. Cuando la revolución cubana —veinte años atrás— se transformaba en un test de consecuencia para el reformismo continental, Allende aprehendía su significado profundo. Enfrentadas a la prueba, las figuras rutilantes se apagaban. Haya de la Torre, Betancourt, Paz Estensoro, Figueres prefirieron el camino del repliegue.

El socialismo percibido como realidad concreta les atemoriza y les perturba, planteándoles definiciones existenciales que comprometen sus vinculaciones silenciosas con el imperialismo.

Allende sobrevive política y revolucionariamente para su pueblo, para los pueblos de América Latina y del mundo. Se liga a las luchas continentales y su compromiso se expresa en algo más que en una adhesión romántica y discursiva.

El movimiento popular chileno había superado las etapas del quehacer agitado, exhibiendo, ahora, una nítida voluntad de poder. Allende no es ajeno a la profunda inspiración unitaria que se afina en esa voluntad. Entendió el valor de la unidad, lo enseñó a los trabajadores y tenazmente se movilizó para darle contenido, objetivo y dinamismo. Percibió la unidad como un instrumento vivo, que moviliza creadoramente, sin degradarlos, los aportes potenciales de sus componentes, construido, cara al pueblo, en la confrontación leal de las diversidades.

Todo Chile se familiariza con la figura del combatiente. El campesino empieza a escucharle clandestinamente en la larga noche de su explotación y rompe su silencio ancestral para repetir su nombre. Exhibe su vitalidad portentosa por todos los senderos del país. Se asoma al caserío perdido, a la caleta distante, a la universidad, a la mina, al suburbio miserable. Es el portador del mensaje de los partidos obreros y el portavoz de una proposición enérgica: plena independencia nacional, recuperación de las riquezas básicas, justicia social, paz y socialismo. Los desposeídos escuchan con renovado fervor a este hombre que habla con pasión y que desbroza con inmovible tenacidad un camino de liberación. Lentamente van entregándole afecto, confianza y lealtad. Allende lo retribuirá con su vida.

«Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregamos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrán segarla definitivamente.»

«Tienen la fuerza, podrán avasallar, pero no se detienen los procesos históricos ni con el crimen ni con la fuerza.»

Había sido una siembra larga, paciente, duramente trabajada. La conquista del gobierno no fue una ironía del azar, explicable por la «ley de las sorpresas» como alguna vez lo afirmara Regis Debray. El éxito electoral de las fuerzas anti-capitalistas estuvo determinado por un complejo de variantes que entretejieron, en la lenta evolución del país, las condiciones que lo hacían inevitable. La alternativa, negada por la ortodoxia y el escepticismo, se fue construyendo pacientemente sobre una realidad nacional singular que incorporaba a una estructura económica atrasada, de profundas desigualdades sectoriales, dimensiones políticas y sociales que no se daban en otras latitudes del subdesarrollo. Desde luego, un movimiento obrero, sólidamente estructurado, con una larga tradición de combate y una resuelta voluntad de poder junto al cual se alineaban, en una decidida demanda de transformación social, un amplio espectro de sectores postergados.

El movimiento popular chileno no representaba una fuerza de poderío coyun-

tural. No era una ola de irrupción súbita en el horizonte nacional. Había una forja de medio siglo. Se había nutrido en las masacres obreras y campesinas, en el sufrimiento y en el sacrificio de varias generaciones de combatientes. Se había ensanchado en el esfuerzo diario por elevar las condiciones subjetivas, por desarrollar una conciencia transformadora y por consolidar poderosas vanguardias políticas. Fue la siembra de Luis Emilio Recabarren, de Ramón Sepúlveda Leal, de Oscar Schnake, de Marmaduke Grove, de Eugenio González, de Rodrigo Ambrosio y de tantos otros. Pero, en esencia, fue la siembra de Allende. Por cierto, esa semilla no podía ser segada. Ni la infinita perversidad del fascismo sería capaz de hacerlo.

Ella expresa una fuerza secularmente acumulada. Un patrimonio de ideas, de sentimientos y de aspiraciones enclavada en el subsuelo de la conciencia nacional. Una demanda irrenunciable de transformación social, de libertad, de afirmación soberana, de democracia. Los partidos obreros, enraizan en el alma del pueblo la necesidad de sustituir las estructuras caducas y atrasadas. En un país con profundos desniveles socio-económicos, en que unos lo tienen todo y otros nada, levanta la bandera de una justa redistribución del ingreso en favor de los desposeídos. La reforma agraria se transforma en la aspiración colectiva de cientos de miles de campesinos victimados por la explotación centenaria. La nacionalización del cobre y de las riquezas extrativas se internaliza hasta convertirse en una reivindicación nacional. Los trabajadores chilenos se comprometen en la voluntad de construir un país soberano. No, la nación titular de la soberanía mediatizada, pergeñada y discursiva que ha venido predicando y practicando la burguesía nativa. Reclaman una independencia plena, auténtica, integral. Entienden que nunca será soberano un país cuya riqueza no accede al bienestar de su propio pueblo y que una nación sometida económicamente es sólo una factoría, un enclave con una apenas formal fachada de independencia. Es el movimiento popular con Allende a la cabeza, quien le da contenido al concepto Nación. Aquel, reivindica, para la nacionalidad un valor profundo que emerge con dimensión extraordinaria cuando debe confrontárselo con el nacionalismo estrecho, de arenga cuartelaria que el fascismo, durante diez años, ha rescatado en su discurso político y en su quehacer demoleedor. Chile ha sido destrozado «como un asno muerto» para entregarlo a la voracidad de los consorcios extranjeros, se ha mediatizado su cultura, se ha subordinado sus Fuerzas Armadas y se ha empequeñecido su presencia internacional.

En la semilla que Allende esparció en su largo peregrinar por los caminos de Chile, se entrecruza el diagnóstico social —que alienta la rebeldía y la voluntad de cambio— y el diseño de un camino al socialismo que no se reconoce en modelos preexistentes.

Allende no fue un teórico. En esencia es un agitador, un conductor que es capaz de aprehender la infinita potencialidad de las masas, sus aspiraciones y aptitudes creadoras y encauzarlas en un impulso transformador. A diferencia de otros grandes agitadores sociales del continente, Allende aporta un ideario vigoroso y coherente. En términos sociológicos, hay un «pensamiento» rescatable, un

conjunto de ideas-fuerza que no se cancelan en el ciclo de su existencia y que seguirán animando los tiempos futuros de lucha y construcción.

Ese «pensamiento» diseña una «vía al socialismo» y una concepción de sociedad que se reconoce en la especificidad de Chile, que se enraíza en su realidad concreta, en su historia, en sus tradiciones y en la idiosincrasia de su gente. Es una «vía» que no se importa y que no pretende exportarse, pero que tiene el mérito de anticipar respuestas al generalizado debate contemporáneo sobre la democracia, las modalidades de la transición, el rol del partido revolucionario y el tipo de Estado que servirá de continente institucional a la construcción del socialismo.

Hay quienes hemos redimensionado los valores de la democracia a la sombra de la experiencia fascista. En la reflexión de antaño esos valores aparecían difusos y postergados. La objetividad de sus limitaciones en el marco de la sociedad burguesa apuraba una percepción desdeñosa que ignoraba su existencia como un producto del progreso de la humanidad y de la lucha de los pueblos.

El mayor mérito de Allende es haber hecho de su acción política un testimonio vital de la necesidad de compatibilizar práctica y teóricamente la democracia y el socialismo. El proyecto social que impulsa como mandatario, la «segunda vía», como alguna vez la denominara— que recusa la fatalidad de la conmoción violenta, que rescata como elemento intransable el pluralismo político y que asegura la participación plena y objetiva de las grandes mayorías nacionales en el proceso de construcción— es la puesta en marcha de aquella aspiración. Es «la semilla» que el fascismo no logró segar.

«Tienen la fuerza, podrán avasallar, pero no se detienen los procesos históricos ni con la fuerza.»

Allende tiene conciencia de que la derrota es transitoria. La transitoriedad es una constante en el reflujo de los pueblos. Rusia revolucionaria no cayó en 1905 ni Cuba fue derrotada en el Cuartel Moncada. Mussolini no marginó a Italia de la Historia, ni la irrupción del nazismo, a Alemania. Después de largos años de soledad y de sombra, los pueblos de Grecia, España y Portugal han retomado la huella interrumpida de sus destinos.

En el prelude de su muerte lo afirma serenamente con la seguridad de quien se limita a reiterar la inalterabilidad de una ley no contradicha: «Los procesos sociales no se detienen ni con el crimen ni con la fuerza».

Es el anuncio de lo que vendría. La percepción exasperante de la noche inminente que ensombrecería la Patria. El golpe que se estaba consumando cuando se dirige al país por última vez, no sería un golpe «blanco». Durante los mil días anteriores un pueblo entero conoció la dignidad, adquirió conciencia de su fuerza, liberó su energía creadora y se asomó a una vida nueva. Bajo la conducción del «compañero Presidente», ensaya una nueva vía «para conquistar el cielo con las manos». Para aplastar esa utopía en ejecución había que demoler ciento cincuenta

años de evolución política y lanzar al viento los valores históricos que se acuñaron en su decurso. La burguesía nacional tenía que hacer explosionar hasta sus cimientos la organización estatal que se había creado bajo su hegemonía social.

Y vino la fuerza en su expresión más abyecta. Y con la fuerza el crimen. Hubo que ideologizar el crimen, aprovisionarlo de una justificación doctrinaria que adormeciera la sociedad, borrara su memoria y amputara en el ser humano hasta su capacidad de conmoverse.

Para cerrar el paso al movimiento popular ascendente los heraldos del imperialismo anunciaron por décadas la inminencia del terror «rojo». El pueblo fue gobierno bajo la conducción de Allende. Durante tres años no se contabilizó un muerto y la democracia nunca tuvo una expresión más amplia, tanto como, para que el privilegio herido montara a la luz del día su estrategia de subversión. Lo que vino sin anuncio, y que Allende presintió fue el terror «pardo». El abismo de odio sobre un pueblo inerme que se conservaría así mismo en la mezcla insufrible del dolor y la esperanza.

Todo un derroche de perversidad inútil. «Los procesos sociales no se detienen ni con el crimen ni con la fuerza».

«La historia es nuestra y la hacen los pueblos.»

La historia es de las fuerzas que luchan por el progreso. No pertenece a los hombres de las cavernas. Los que quisieron congelarla en la esclavitud primero, y en la servidumbre feudal, después, fueron inexorablemente arrasados. Los que han querido hacerlo en los márgenes injustos de la actual sociedad también lo serán.

Allende se ubicó en la vanguardia de los hombres a los que pertenece la historia. En la antesala del infierno de odio que presente, caerá sobre su pueblo, recuerda a los trabajadores que más allá del itinerario infame se encontrarán nuevamente con la tarea de construir su destino. ¡La historia la hacen los pueblos! Es la profunda convicción del idealista, que formula una enseñanza que se ha venido forjando en el devenir social. Son las fuerzas sociales —no los individuos— las que desbrozan el camino del progreso y de la liberación.

Allende no fue un individualista mezquino. Ubicaba con claridad meridiana su papel en el acontecer de Chile. No se siente ni actúa como un líder éstos lo determinan. Militante de un partido obrero se somete a su dirección y a movilización de las masas. Es portavoz de los trabajadores, sólo cuando y como, éstos lo determinan. Militante de un partido obrero se somete a su dirección y a su voluntad orgánica. Es el movimiento popular el que cuenta. Había contribuido, como el que más, a proporcionarle unidad política y sindical, a vigorizar su madurez, su conciencia de clase y su voluntad de poder. Allende conoce la derrota, pero no la detecta como un accidente personal, como un traspíe en la «carrera» política. Le recordamos en el instante mismo de conocer el resultado adverso, hablándole serenamente a Chile. La historia la seguía haciendo transitoriamente

derrotado, no había que detenerse ni para tomar un respiro. Así lo entiende también aquella mañana de setiembre en que ve desmoronarse el camino conquistado.

En los minutos que preceden a su sacrificio, contabiliza nuevamente el patrimonio de poder, conciencia y combatividad que las fuerzas populares habían acumulado en medio siglo de lucha. La serenidad de aquel instante dramático está alimentada por la convicción profunda tantas veces reiterada en el diálogo fraterno con los trabajadores: ¡La Historia pertenece al pueblo! El la escribirá superando las horas negras del fascismo.

«Trabajadores de mi patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en el hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de Justicia que empeñó su palabra de que respetaría la Constitución y la Ley, y así lo hizo.»

No se dirige a la burguesía que traiciona a Chile. No se dirige a las instituciones que se han negado a sí mismas para saldar su cuenta de odio. No invoca la responsabilidad del Parlamento comprometido en la conjura ni la intervención del Poder Judicial, que arrogante e inerte se prepara para legitimar el asalto. Se dirige sólo a los trabajadores, asumiendo por última vez el papel que más le seduce: el de vocero de sus angustias y de sus esperanzas. Allende no fue un «caudillo», pero es algo más que un simple vocero de los anhelos populares. En la relación dialéctica masa-dirigente habían pesado las variantes de su personalidad. Su vitalidad, su oratoria emocionada, su capacidad para ligarse a las masas e interpretar con realismo sus aspiraciones, su enorme poder de convicción, la fuerza de sus ideas, estuvieron en el centro de todas las batallas de las últimas décadas.

En 1970 el pueblo se encontró con la victoria. En la madrugada del 5 de setiembre las calles de Chile fueron inundadas por los derrotados de siempre. Allende era Presidente, y Chile iniciaba, por una vía inédita, nunca antes explorada, el lento y difícil camino al socialismo extendiendo la democracia, respetando el pluralismo y asegurando la libertad.

El mandatario recién elegido creía en ese camino. Su promesa de respetar la Constitución y la Ley tenía la fuerza de una honda convicción, nunca debilitada en el curso de los turbulentos años del gobierno popular. Allende tenía la certeza de que la centenaria democracia chilena tenía aptitud para generar una nueva institucionalidad de cuyo seno despuntaría el socialismo. Al día siguiente de asumir el cargo lo señalaba con claridad meridiana: «Las masas en su lucha por superar el sistema capitalista que las explota, llegan a la Presidencia de la República fundidas en la Unidad Popular y en lo que constituye la manifestación más relevante de nuestra historia: la vigencia y el respeto de los valores democráticos, el reconocimiento de la voluntad mayoritaria». «Chile, agregaba, reúne las condiciones fundamentales que, utilizadas con prudencia y flexibilidad, permitirán edificar la sociedad nueva». Su concepción de una «vía nacional» al socialismo, a través de una política legal de consenso, que recusa la violencia y la represión, di-

seña no sólo una extraordinaria experiencia histórica, sino un aporte al pensamiento revolucionario que el desenlace trágico no invalida. Los custodios de la ideología codificada percibieron, torpemente, la experiencia popular como una mera expresión de reformismo estatal. El «izquierdismo» presuntuoso recusaba «la segunda vía» en tanto ésta no parecía reconocerse en las concepciones talmúdicas. Sin embargo, los mil días del gobierno de Allende estuvieron preñados de realizaciones concretas, de reformas fundamentales, y de cambios profundos en las estructuras sociales que no lo rezagaban respecto de otras experiencias transformadoras a la vez que alentaron formas espontáneas de creación, de organización popular.

Hace algunos años, Gabriel García Márquez, con exasperación y rabia de combatiente, escribió que «Allende murió defendiendo toda esa parafernalia apollillada de un sistema de mierda que se había propuesto aniquilar sin disparar un tiro». Muchos lo creen. Juicio injusto y temerario que restringe el significado profundo de su sacrificio. Allende entrega la vida por la democracia sin cuyos atributos el socialismo es inimaginable. La entiende como un logro del progreso del hombre, como un valor estratégico permanente, irreversible e irrenunciable. Muere con el socialismo, que recoge las conquistas políticas de la burguesía para otorgarles la plenitud de su sentido. La Constitución y la Ley que se había comprometido a respetar como jefe supremo del Estado, eran el símbolo de la democracia, pero a la vez constituían el marco preciso de aquel «segundo modelo de transición al socialismo» en cuya legitimidad moral y revolucionaria había puesto su fe. Allende nunca fue más revolucionario que aquella mañana de setiembre en que decide sacrificar su vida por defender aquella Constitución, expresión formal del «sistema de mierda que se había propuesto cambiar sin disparar un tiro». Es la burguesía chilena, la que se ve forzada a destruir la forma del Estado que había creado, para salvar su injusto contenido de clase.

«En este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes, espero que aprovechen la lección: el capital foráneo, el imperialismo unido a la reacción, crearon el clima para que las fuerzas armadas rompieran su tradición, la que les enseñara Schneider y que reafirmara el Comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas, esperando con mano ajena, reconquistar el poder, para seguir defendiendo sus granjerías y privilegios.»

En un par de frases, marca a fuego —ante la Humanidad y la Historia— a quienes ultiman una de las más antiguas democracias del mundo inaugurando una pesadilla de terror, pillaje y degradación nacional: el imperialismo y la burguesía sin patria que vuelve a levantar bandera mercenaria.

Allende estigmatiza su cobardía de clase. La percibe agazapada, detrás de puertas y ventanas herméticas. No se equivocó. Aguardaron cautos. Sólo cuando los generales consumaron la usurpación se asomaría la vileza social. Desde las

mansiones de los barrios elegantes, desde las lujosas oficinas empresariales, se descolgarían sobre las calles para delatar, humillar y castigar la insolencia del pueblo que había aspirado a la libertad. Esperaron ansiosos que un bando militar les anunciara que habían recuperado Chile. Aguardarían como los ejecutivos de la Anaconda, la ITT y la Kennecott que el cadáver de Allende les confirmara que el crimen se había consumado.

Las Fuerzas Armadas harían la faena sucia. La lenta intoxicación en los centros de adiestramiento del Pentágono, les llevaría a asumir, con increíble ceguera histórica, la necesidad de una guerra contra su propio pueblo. La doctrina de las «fronteras internas», la noción del «enemigo interior», habían sido internalizadas pacientemente obstruyendo la percepción de la drástica demanda que hierve en el subsuelo de la sociedad latinoamericana y que el capitalismo es ya impotente para atender. Una suerte de subcultura de trazos simples elitiza la Patria, restringiéndola al goce y beneficio de los privilegiados, «expulsa» de la sociedad a los inmensos contingentes sociales que aspiran al cambio, y anatemiza el pensamiento progresista como una perversa exudación foránea.

Una larga tradición de respeto al poder legítimo —«la tradición que enseña Schneider»— que alentaba en la sociedad chilena la ilusión de un ejército diferente, se rompe para atender la apremiante exigencia imperialista. El pretexto —nada original— será la necesidad de poner término al «caos», sólo que esta vez el «caos» había sido programado y manipulado a cara descubierta por el gobierno de Richard Nixon y la burguesía tarifada. Los hombres de uniforme terminarán por distanciarse de la sociedad civil, autoasignándose —sin más título que las armas canceladas por los contribuyentes— la tutoría de la nación interdita. Lentamente devendrán en un compartimento, lejano y solitario, temeroso del futuro, que se enclaustra en el sonambulismo de un poder que no tiene más que la fuerza y que pierde hasta el último vestigio de autoridad.

«Me dirijo, ante todo, a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños; me dirijo a los profesionales patriotas, a los que hace días están trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase para defender las ventajas que la sociedad capitalista da a unos pocos. Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha; me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos porque en nuestro país el fascismo estuvo desde hace muchas horas presente, en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las líneas férreas, destruyendo los oleoductos, frente al silencio de los que tenían la obligación de proceder en defensa de la Constitución. La Constitución a la que estaban sometidos. La Historia los juzgará.»

Apela a todo lo que hay de vital y creador en la sociedad chilena. A la mujer humilde aplastada por estructuras obsoletas, que encendió luces de esperanza al calor del proceso revolucionario; a la juventud que se horrorizó al descubrir el mal y que al seleccionar valores optó por los humildes; a los cientos de miles de muchachos que desafiaron con su canto y su guitarra la torva ira de la burguesía; a los intelectuales comprometidos en la ilusión de un mañana mejor; a los profesionales que tuvieron el coraje de quebrar el cerco de un sector social que se sacudía enfurecido frente al cambio, seducido por expectativas y apetitos que el sistema capitalista nunca podrá satisfacer. El mandatario advierte a «los que serán perseguidos». Tiene clara percepción de lo que vendrá: el alto precio que se hará pagar «al que creyó en nosotros». El fascismo ya había mostrado sus uñas de destrucción y de odio. La infamia sobreviniente, la revancha cruel de la burguesía se había asomado antes del asalto anunciando el quiebre irreparable de la comunidad nacional.

Los que tenían que sumir la defensa de la Constitución se concertaron para violarla. Los estadistas venerables que habían decorado la democracia centenaria, mirarían al cielo mientras se consumaba la faena. Astutos, aguardando que las armas desbrozaran el camino del regreso, se apresuraron a reivindicar la infamia, a legimitar el crimen, la tortura, la persecución encarnizada. Para aplacar sus conciencias inventarían el «Plan Z» y simularían, piadosamente, creer en él.

Los más altos dignatarios del Parlamento clausurado se despojaron solícitos de la dignidad de sus investiduras, mientras los altos dignatarios del Poder Judicial quemaban incienso a los usurpadores. Después vendría el silencio discreto. Tarde, muy tarde, cuando el exterminio físico de los «marxistas» parecía consumado, se ensayaron protestas tibias y conceptuosas. «Duro recuerdo recordar lo que las nubes no quieren olvidar.»

«Seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa, me seguirán escuchando. Siempre estaré junto a ustedes y, por lo menos, mi recuerdo será el de un hombre digno, que fue leal con la Patria y con los trabajadores.»

Allende tiene conciencia de que su voz —la voz de su vida y de su muerte— trasciende el ciclo vital. Difícilmente pudo imaginar a qué extremos. De hecho, trascenderá la época. La Humanidad lo ubica en la selecta cofradía de los seres que mantienen audiencia imperecedera. El mundo seguirá escuchándole. Hoy su voz es infinitamente más vigorosa. Tiene un sentido más profundo y un auditorio inagotable. Su memoria ha sido perpetuada de mil maneras por los pueblos de cinco continentes; su rostro es familiar en cada rincón de la tierra; su nombre ha sido honrado por hombres y mujeres de razas diferentes; su coraje conmovió las fibras sensibles de quienes, en el mundo, compartieron o recusaron su ideario. La experiencia social que él encabezara ha estado en el centro del debate progresista de la última década.

Se le seguirá escuchando. No pudieron impedirlo. Pretendieron borrar su nombre, expulsarlo de la historia, arrancarlo de la memoria de su pueblo. La soldadesca estúpida intentó ocultar su sepultura, mientras la burguesía, ebria de odio y de champagne festejaba sobre su cadáver aún caliente. Alegría vil y efímera. No lograron matar su recuerdo. Después de diez años Allende vuelve a perturbarles como un fantasma impertinente. Seguirá presente. Junto a Ernesto Che Guevara ilumina la historia de las luchas de emancipación de América Latina en lo que va del siglo. Ambos se identificaron en la voluntad de transformar el orden injusto —por caminos diferentes— como alguna vez escribiera el Ché. Ambos, expresando modelos, alternativas y métodos diferentes, mueren con las armas en la mano. Más allá del sacrificio sus voces seguirán escuchándose.

«El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar...»

La sedición contabilizaba el enfrentamiento. Lo desea y lo busca. El bombardeo del palacio de La Moneda, innecesario en términos militares, desproporcionado a la resistencia de un par de decenas de combatientes atrincherados en un bastión indefendible, más que una manifestación de furia, es un acto de provocación.

Los operativos que precedieron al golpe, habían revelado que los trabajadores estaban desarmados. La obturación temprana de una eventual disidencia constitucionalista al interior de los institutos armados eliminaba todo margen de riesgo. Aquella no era una aventura de suerte incierta. Pero no se trataba sólo de capturar el gobierno, sino de resolver de una vez y para siempre el conflicto social por la vía del exterminio masivo de los trabajadores.

Contaban para ello con un mandatario desesperado apelando al apoyo físico de las masas, reclamando su presencia en la calle. Una palabra suya habría bastado. Se equivocaron. Con suprema responsabilidad, Allende no invoca la movilización del pueblo para defender el gobierno legítimo asediado por la traición. Sabe —como lo saben los militares amotinados— que la defensa es imposible. Su última decisión es que el pueblo evite el sacrificio.

No actúa con sentido del instante. Se proyectaba sobre el horizonte del futuro con clara conciencia de quehacer mediato. Frente a la imponente agresión el pueblo debe replegarse en un esfuerzo de readecuación orgánica y política. El sujeto social golpeado, fragmentado, herido en su moral de combate debe mantener intactas sus reservas, preservar su memoria histórica y orgánica y recomponerse para devolver a Chile a la democracia y al socialismo.

«Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo en que la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre

libre para construir un destino mejor. ¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo!
¡Vivan los trabajadores! Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que por lo menos, será la sanción moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.»

No hay frustración ni desaliento en la antesala de la muerte. No hay el sentimiento de fracaso, la percepción dolorosa de haber arado en el mar que tortura el adiós de Bolívar. Se mantiene intacto el hombre, el patriota, el humanista. Inconmovible su fe en Chile y en su destino. Inconmovible la convicción de que otra generación de combatientes «superará le momento gris y amargo» y que el «hombre libre» retomara la búsqueda de una sociedad superior.

Han transcurrido diez años y empiezan ya a abrirse las grandes alamedas. Quisieron detener la historia, atraparla ciegamente en el pasado y se estrellaron con la inutilidad del esfuerzo cruel. La noche empieza a disiparse, se aflojan las ataduras del temor y el cuerpo social sacude el letargo prolongado tomando conciencia de los abismos de indignidad a que fue arrastrado. La casta ensoberbecida, arsenicada en la inhumanidad de su poder, pierde arrogancia al descubrir con asombro que mataron al hombre, sin poder asesinar la idea.

Se ha dicho que el sacrificio de Allende fue un sacrificio estratégico. Es un golpe formidable al fascismo que emerge: una marca de hierro candente que lo condena ante la Historia. La humanidad progresista, la de los desposeídos, la inmensa humanidad de los hombres y mujeres que luchan por la libertad y la justicia, percibe en el holocausto un destello moral que le pertenece. Por cierto su sacrificio «no fue en vano». Es un latigazo que abre carnes, no sólo en el fascismo nativo mezquino y sobornado, sino en todo el sistema social que esterilmente pretende preservar. Sacrificio alguno ha tenido —en perspectiva histórica— una mayor utilidad. Su nombre es bandera de combate en todas las latitudes de la tierra. Nunca lo imaginaron los generales golpistas: es un arma en manos del pueblo.

*LOS CRISTIANOS Y EL GOBIERNO POPULAR
DE SALVADOR ALLENDE*

Roberto CELEDÓN *

«No hay mayor amor que el de dar la
vida por sus amigos.»

JUAN XV, 13.

Palabras previas

Hay hechos en la historia de los seres humanos que son redimensionantes, que dan cuenta, más allá de las apariencias, del sentido y convicciones profundas que la inspiran. Sin temor a generalizaciones excesivas podemos confesar que la persona de Allende no impresionaba mayormente a los cristianos. Pertenecía a una vertiente cultural, a una inspiración de vida, respetable pero diferente. Como político, siendo la figura más relevante de la izquierda chilena, no era un ideólogo con quien confrontarse, ni hombre de posiciones radicalizadas que plásticamente, gráficamente, transmitiera la razón de su lucha, de sus ideales. No. Era un senador de la República, un demócrata convencido, con un irrenunciable compromiso popular. Era el primero entre los suyos, pero había muchos como él. Por error común, de los prudentes se esperan conductas relativamente previsibles, que no contemplan los extremos, el grado heroico, epopéyico. Allende previó el final violento e ilegítimo de su gobierno popular y constitucional. Sin alardes emocionales, anunció hidalgamente que no tenía pasta de mártir, pero que sólo lo sacarían muerto del palacio de La Moneda. Su muerte no fue un accidente ni una desgracia imprevista. Fue una opción consciente frente a una circunstancia previ-

* Investigador del Instituto para el Nuevo Chile.

sible. En estricto senso, (consagró su vida: «Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente».

La asombrosa palabra de Cristo de que «sólo muriendo se gana la vida» recobra hoy, a 10 años de la muerte de Allende, su fuerza misteriosa. Su muerte, consagrada a su pueblo, a los trabajadores, al «hombre libre, para construir una sociedad mejor», nos re-descubre y nos re-dimensiona toda su vida.

La herencia de Allende nos pertenece a todos. Si ayer nos pareció distante, incluso lejano, su muerte ejemplar le da vigor y permanencia a sus profundas convicciones políticas.

El sentido de este artículo

La relación de los cristianos con el Gobierno Popular y de la izquierda con los cristianos, admite diversas aproximaciones y análisis. Este trozo de historia nos interesa con vistas al futuro de Chile. No tiene pretensiones científicas, tampoco pretextamos neutralidad o imparcialidad, pero pretendemos sí, estar libres de prejuicios.

Las posiciones recíprocas de cristianos y marxistas definen o condicionan de forma determinante el curso de la historia en Chile y América Latina. El antagonismo, la colaboración autónoma o la convergencia, son conductas posibles que tienen consecuencias inevitables en las alternativas que se diseñan para una refundación democrática en nuestro país. Cada una de estas conductas tiene entronques ideológicos reconocibles y actores concretos en la sociedad chilena. Tenemos la convicción de que dichas conductas no son realidades cerradas, rígidas e inflexibles. El tiempo autoritario que se abre a la caída del régimen democrático y constitucional del Presidente Allende, en 1973, con su secuela de brutal represión, de maniqueísmo e intolerancia política e ideológica extrema, modifica necesariamente los términos de la relación de los actores políticos y sociales centrales en este artículo —cristianos y marxistas— como, asimismo, la autopercepción que cada cual tenía de sí mismo.

Analizar el período 1970-73 desde una perspectiva precisa, la reacción de los cristianos frente al Gobierno Popular, no busca definir responsabilidades políticas que absuelvan o condenen actores o sujetos políticos definidos, ni pretende reproducir una crónica histórica. Se inspira en un esfuerzo por ver críticamente, más allá de las apariencias, este trozo de nuestra historia, en el marco de los desafíos que enfrentamos en el futuro.

Marco de análisis

Nuestro primer esfuerzo será contextualizar, definir un marco en el seno del cual se produce esta relación que, en una primera aproximación general, la deno-

minamos de los cristianos con el Gobierno Popular, de clara hegemonía de partidos y personas de definición marxista.

Luego, definiremos los actores concretos en que se expresa esta relación en un período histórico determinado. En uno de los componentes de esta relación, los cristianos, nos interesa analizar principalmente tres sujetos: la Iglesia, la Democracia Cristiana, los cristianos de opción socialista.

Son actores de diversa naturaleza: la Iglesia no puede ser comparada a ninguna organización política, ni aún de inspiración cristiana, pero sin duda que su palabra y conducta no sólo son lo más representativo y genuino de lo que se identifica como «mundo cristiano», sino que tienen un innegable efecto político. La Democracia Cristiana, si bien es un continente preciso, no es reducible a una unidad de posiciones y conductas en este período.

Entre los cristianos de opción socialista encontramos una gran diversidad. De una parte, los «cristianos por el socialismo» conforman un movimiento compuesto por sacerdotes y religiosos y, por lo mismo, parte de la Iglesia, que asume un compromiso político concreto que no es identificable con la «misión de Iglesia». De otra el (o los) MAPU que, si bien surge de una división de la Democracia Cristiana, en cuanto organización política, abandona esta matriz ideológico-política. Y finalmente, la Izquierda Cristiana, que surge en 1971 de una división de la DC y a la cual adhieren también los más representativos políticos de inspiración cristiana que militaban en el MAPU. El origen del concepto «izquierda cristiana» lo encontramos en una declaración de la Junta Nacional de la JDC de 31 de enero de 1970, en la cual se reitera la convicción de que el destino histórico del PDC está ligado a la reafirmación del pensamiento cristiano y socialista y en el «construir una alternativa para Chile, de *izquierda cristiana*, que permita avanzar hacia la construcción de la sociedad de trabajadores, socialista y comunitaria, con la participación activa del proletariado, de los campesinos, de los pobladores, de los jóvenes, mujeres y fuerzas políticas de avanzada».

Respecto del Gobierno Popular, quisiéramos centrarnos en la persona de Salvador Allende, más que en las posiciones de los partidos de la Unidad Popular.

Contextualización histórica

El ascenso al poder de Salvador Allende y la coalición política que lo sustentaba, la Unidad Popular, enfrenta de súbito a la sociedad chilena, en su conjunto, con un radical proceso de toma de posiciones. Frente al advenimiento de la utopía lo neutral y lo indiferente se hacen imposibles. Si hay algo que caracteriza un tiempo revolucionario es que, exactamente, v cada uno está enfrentado a dar respuestas vitales que marcan la vida e imprimen carácter y las que, generalmente, se reducen a un sí o un no. Estos períodos provocan el espejismo, la ilusión de que el hombre deja de ser hombre, que todo será mejor, que la vida merece vivirse, que la materia deja de ser materia —todo lo podemos— y en un sentido exac-

tamente inverso, la sensación de muerte por trastocamiento del orden conocido y valores predominantes. Un modo de vida que desaparece y con él, sus principales usufructuarios.

Los cristianos se vieron también traspasados por este fenómeno. Todos y cada uno estaban compelidos a tomar posición. Las preguntas claves no eran de simple formulación. En la historia de la relación entre cristianos y marxistas asistimos a un período histórico muy distinto. No era por cierto la fase del «anatema», ni siquiera predominantemente la del «diálogo», ya que el vocablo convergencia hacía su estreno desafiante. Convergencia, ¿en qué? y ¿hasta dónde? El mismo significado del término no era preciso, ¿fundirse en uno?, ¿unidad en la pluralidad?

Es cierto que había una pequeña minoría que se refugiaba en la fase del «anatema» y su rasgo más esencial, en lo político y como católicos era su adscripción al Syllabus que condena todas las expresiones del modernismo y secularización de la sociedad. El núcleo inspirador del gremialismo en la Universidad Católica procede de esta vertiente y como una versión actualizada de esta posición religioso-política; para ellos no hay mucha diferencia entre democracia y socialismo (o marxismo) ya que ambos tendrían un mismo denominador común: hedor de la modernidad.

Esta lectura ultraconservadora, que se expresaba sin ambages en el movimiento Tradición, Familia, Propiedad —Fiducia— tiene, sin embargo, significación ideológica y política absolutamente irrelevante.

La mentalidad conservadora no fijó los términos del debate al interior de los cristianos. En este período ningún cristiano era convocado a tomar posición en alternativas tales como la defensa de la fe frente al materialismo intrínsecamente perverso o la defensa del orden social existente frente a una revolución que perverte los valores y las bases naturales de la sociedad.

Por el contrario, se distinguía claramente entre el marxismo como ideología y el movimiento histórico-político que impulsaba: el socialismo. Frente al marxismo no se tomaba una posición reductiva, totalizante, que negara todo, sino que predominaba una actitud de apertura, de lectura desprejuiciada, capaz de reconocer sus aportes a la teoría y la práctica social de transformación de la sociedad.

Era común entre los cristianos el rechazo al capitalismo, por sus valores individualistas y, sobre todo, por su injusta estructura socio-política que creaba. Esta misma actitud los hacía permeables a comprender la crítica radical del marxismo al capitalismo y a aceptar el socialismo como superación histórica de un modelo capitalista.

Asimismo, éste era un período en que los cristianos eran interpelados a transformarse en un factor efectivo de cambio, revolucionar las estructuras de injusticia y violencia institucional que afectaban agudamente a los pobres y trabajadores. La temática de la revolución no les era extraña, ni tampoco era percibida como última opción, sino como opción posible, incluso deseable.

Para los cristianos, el tomar posición y hacer un camino se situaba a un

nivel más complejo, de más contenido: ¿qué nueva sociedad construirá? ¿sobre qué parámetros? o, en otras palabras, ¿qué socialismo? y ¿qué ideología lo inspira?

Estas cuestiones no surgían de una evolución interna, en el vacío de discusiones teóricas o doctrinarias; por el contrario, se nutrían de una experiencia histórica y política muy concreta: la experiencia de gobierno de la DC. Más allá de los juicios que pueda merecer la gestión gubernativa de Eduardo Frei, el concepto de «revolución en libertad» no fue un acierto propagandístico, sino trasuntaba una síntesis deseable. Por una parte, incluía una definición de lo que se era o aspiraba a ser y, por otra, cumplía un efecto contrastante con las fuerzas de izquierda que también propugnaban un proceso de cambio.

Más allá de la incapacidad de la Democracia Cristiana para conducir el proceso de cambio en Chile, el hecho histórico concreto es que fue en este período en que se abrió la perspectiva de transformación global de la sociedad. Extemando los juicios, no fue la izquierda la que legitimó frente a la sociedad chilena la necesidad del cambio de estructuras, sino la Democracia Cristiana, que era la expresión política dominante de los cristianos en ese tiempo.

Desde un punto de vista teórico, Allende es continuidad, se inscribe en la misma línea u orientación del proceso social. Desde un punto de vista político, en tanto fuerza política conductora, Allende constituye una ruptura, una discontinuidad. Esta contradicción traspasa, atraviesa, a los cristianos en su toma de posición frente al Gobierno Popular.

A riesgo de simplificar, descubriría así el estado de espíritu que provocaba la situación: si cristianos dirigen el proceso de cambios revolucionarios, a los cristianos les plantean menos problemas el tema y las exigencias de la revolución pero, si son marxistas los que lo conducen, se despiertan viejas interrogantes y surgen otras nuevas.

Aquí yace la raíz para comprender las diversas y encontradas posiciones que asumen los cristianos frente al Gobierno Popular de Salvador Allende. Estas posiciones las podríamos tipificar en tres:

1. antagonismo;
2. colaboración autónoma, crítica;
3. convergencia.

Lo que podría confundir al lector o analista es que esta toma de posición no va acompañada de alineamientos orgánicos en que, unívocamente se expresen esas posiciones. Sólo las posiciones que buscan la convergencia se expresan en organizaciones nuevas, pero aún en el seno de esta misma actitud política encontramos diversidad de organizaciones, porque las respuestas a la cuestión de la convergencia no son las mismas.

Para comprender esta diversidad de posiciones y expresiones orgánicas tenemos, necesariamente, que referirnos a la realidad concreta de cada actor social y

político en que se expresan los cristianos. En un primer momento, nos referiremos a los dos principales en este período: la Iglesia y la Democracia Cristiana. Posteriormente examinaremos los cristianos de opción socialista.

La década del 60 se caracteriza por una realidad conmocionada por profundos cambios en el seno de los cristianos. Lo primero que constatamos es que no hay una relación simétrica entre lo que sucede en el seno de la Iglesia y lo que acontece en el seno de la DC, único partido existente a la fecha de declarada inspiración cristiana.¹ Los puntos de comunicación entre una y otra son mediados por instancias para eclesiales, como centros de investigación, docencia y formación. La influencia de la Iglesia en la DC se producía más bien a nivel de profesionales, estudiantes universitarios y, en menor proporción, a nivel de obreros y trabajadores del campo. Pero la DC tenía, desde sus orígenes, la falange nacional, una marcada tradición de no-confesionalismo, no era ni se sentía representante oficioso de la Iglesia en el campo de lo político, por el contrario, era plenamente autónoma en su actuar político y programático. Sin embargo, era heredera de la doctrina social de la Iglesia, de ahí arrancaba su matriz doctrinal en la conocida trilogía, concepción del hombre, de la sociedad y del Estado.

En la década del 60 ambos actores viven dinámicas y tensiones diferentes, que en parte explican el curso de los acontecimientos posteriores en el seno de los cristianos, con respuestas y posiciones tan disímiles.

El Concilio Vaticano II literalmente revoluciona integralmente a la Iglesia: su estructura, la visión que ella tiene de sí misma y, sobre todo, su relación con el mundo. Se abandona la posición conservadora, caracterizada por una conducta magisterial, segura de sí misma y ajena al mundo, preocupada sólo de la salvación de las almas. Se transita hacia una Iglesia peregrina, histórica, en comunión con la realidad vital que aqueja a los hombres y con una estructura interna democratizada y participativa de los laicos. Si antes del Concilio la Iglesia era romana, después del mismo la Iglesia se hace católica, universal, porque es capaz de reconocer como iglesia al pueblo creyente, a cada pueblo y región. Sólo así surge una teología latinoamericana y una práctica de iglesia no sujeta al eurocentrismo.

El nuevo impulso histórico que vive la Iglesia no tiene una correspondencia directa en la Democracia Cristiana. La Iglesia está sacudida por las exigencias del *aggiornamento*, de la renovación espiritual y pastoral. En contraposición, la DC, quizás compelida por las ineludibles exigencias de la administración del poder político, no participa de la misma manera de este proceso de renovación. Su tendencia predominante será sacralizar el programa de gobierno y su referente doctrinal básico seguirán siendo la doctrina social de la Iglesia —que ella misma dejara de reivindicar con fuerza como referente obligado— y los pensadores cristianos que la influyeron; como Maritain, Mounier, Lebret. Los esfuerzos de sus sectores progresistas de renovación y profundización política, si bien son aceptados formalmente en su gran mayoría, son percibidos como incompatibles con la

1. El partido Conservador deja de existir formalmente en este período.

acción de gobierno. Se trata de una realidad dual, esquizofrénica, que preanunciaba una crisis interna inevitable.

Por su parte, el proceso de renovación de la Iglesia no estaba exento de contradicciones y tensiones externas, pero se desarrollaba dentro del espíritu del Concilio. En síntesis, la Iglesia se abría al mundo, buscaba la unidad con «los que aman y practican la justicia», admitía la pluralidad de opciones políticas de los cristianos y proclamaba en fidelidad al Evangelio, su servicio al hombre y al mundo, especialmente los más pobres. La DC, por el contrario, se ensimismaba, se aislaba de otras fuerzas sociales y políticas que buscaban el cambio y la justicia y se autopercibía como única fuerza de cambio verdaderamente liberadora.

De este doble fenómeno, proceso de renovación profunda de la Iglesia y rigidismo, acompañado de grado de conservadorización creciente de la DC, surge una realidad nueva en el seno de los cristianos; los cristianos de opción socialista, que buscan la convergencia con las fuerzas sociales y políticas populares. El antecedente preliminar de la diversidad entre ellos se encuentra en su procedencia, en su fuente de origen, cuestión que redundará posteriormente en una lógica diversa de aproximación política a la problemática de fondo: la convergencia de cristianos y marxistas.

Precede a la formación del movimiento «Cristianos por el Socialismo» el grupo llamado «Iglesia Joven» (1968), que postula una Iglesia pobre, al servicio de la liberación y contestataria al sistema de violencia institucional. En abril de 1971 se produce la «Declaración de los 80», firmada por 80 sacerdotes que tomaron parte en la «Jornada de participación de los cristianos en la construcción del Socialismo en Chile». Pablo Richard describe los orígenes del movimiento «Cristianos por el Socialismo» como un largo proceso que se encuadra, principalmente en tres etapas: la primera, «motivada por la lectura social del Evangelio y sobre todo por el conocimiento a diario de la miseria en las poblaciones y de la explotación en el trabajo»; la segunda se caracteriza «por el descubrimiento de que el mundo de los pobres no es un mundo amorfo y sin rostro sino que, por el contrario es un mundo organizado». «De la actitud pasiva de compartir la vida y trabajo de los pobres se pasa a la actitud activa de compartir las luchas de los pobres»; la tercera, «comienza cuando se descubre la lucha de clases como eje fundamental de la realidad y de la historia». Así, «la lucha de los pobres adquiere el rostro más definido de lucha política de la clase trabajadora contra el sistema capitalista y por el socialismo».

De las fuentes propiamente partidarias y obedeciendo a una lógica más genuinamente política surgen el MAPU en 1969 y la Izquierda Cristiana en 1971. En su origen, el MAPU se nuclea en torno a la búsqueda revolucionaria, reticente a la izquierda tradicional y convencido de que la DC no es fuerza real de cambios estructurales. Rápidamente, adhiere a un marxismo «althuseriano», algo escolástico, y abandona su matiz cristiana. La Izquierda Cristiana (IC) es, antes que nada, una opción *ética*, provocada por el creciente proceso de alianza de la DC con la derecha política, contra el gobierno popular y, luego, una opción *político-*

ideológica, que vincula la superación del capitalismo con la alternativa socialista, postulando una sociedad de trabajadores; democrática y pluralista, en la cual los cristianos participan con plena identidad y aporte propio, en unidad con las fuerzas de inspiración marxista.

A fin de completar este breve esfuerzo de contextualización histórica, nos referiremos en términos sucintos al otro actor objeto de este análisis, los marxistas y sus expresiones políticas. Debemos anticipar que los cristianos, en general, tienen un conocimiento superficial del campo de la izquierda de matriz marxista.

Una primera aproximación es más bien valórica y ella es extraordinariamente positiva: la izquierda está con los pobres y lucha por la justicia social. La segunda es más bien ideológica —política; en este campo encontramos una mayor diferenciación, atendiendo al grado de apertura hacia el marxismo, pero con ciertos elementos comunes: el rechazo a una lectura totalizante, como ciencia de la historia y del conocimiento y sus consecuentes derivados políticos: dictadura del proletariado, partido único, etc. Una tercera aproximación sólo la pueden atestiguar los cristianos que viven la izquierda desde dentro. No trataremos el tema ya que no es el objeto de este trabajo.

En las proximidades del ascenso al poder de Salvador Allende en la izquierda chilena predominaba una doble percepción, en definitiva encontrada, contradictoria. De una parte se descarta en esta fase histórica la «construcción socialista» y considera viable un gobierno de carácter popular que profundice las tareas democráticas y antiimperialistas. De otra, se propone la «construcción socialista», pero lleva en su seno una racionalidad dual, una que privilegia los medios democráticos y otra que ha perdido su confianza en el sistema democrático, en un doble sentido, como modo de ascenso al poder y, segundo, como institucionalidad compatible de encauzar un proceso revolucionario. Para estos últimos, la democracia es una forma de dominación burguesa e, ineludiblemente, el movimiento revolucionario debía destruir el estado burgués.

Esta vertiente de la izquierda era especialmente sensible al impacto continental de la revolución cubana, en sus múltiples dimensiones: actualización del objetivo de revolución socialista, definición de un modelo de acceso al poder y modelo de construcción socialista y de dirección política. Sólo una minoría asumía en bloque las dimensiones de la revolución cubana, pero ésta influía de manera diversa en los otros.

Salvador Allende expresaba una síntesis original de ambas posiciones dominantes en el seno de la izquierda. Primero, ubica su gobierno dentro de una perspectiva histórica de transición al socialismo, la que denomina «vía chilena al socialismo»:

«Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada, ...modelando la primera sociedad socialista edificada según un modelo democrático, pluralista y libertario» (Primer Mensaje al Congreso Pleno, 21 de mayo de 1971). «Cumplir

esta aspiración supone un largo camino y enormes esfuerzos de todos los chilenos. Supone, como requisito previo fundamental, que podamos establecer las causas institucionales de la nueva forma de ordenación socialista en pluralismo y libertad. Pisamos un camino nuevo, marchamos sin guía por un terreno desconocido; apenas teniendo como brújula nuestra fidelidad al humanismo de todas las épocas —particularmente al humanismo marxista— y teniendo como norte el proyecto de sociedad que deseamos, inspirada en los anhelos más hondamente enraizados en el pueblo chileno» «...las libertades políticas son una conquista del pueblo en el penoso camino por su emancipación. Son parte de lo que hay de positivo en el período histórico que dejamos atrás. Y, por lo tanto, deben permanecer. De ahí también nuestro respeto por la libertad de conciencia y de todos los credos. Por eso destacamos con satisfacción las palabras del Cardenal Arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez, en su mensaje a los trabajadores: “La Iglesia que represento es la Iglesia de Jesús, el hijo del carpintero. Así nació y así la queremos siempre. Su mayor dolor es que la crean olvidada de su cuna, que estuvo entre los humildes”». «Pero no seríamos revolucionarios si nos limitáramos a mantener las libertades políticas. No basta proclamarlas verbalmente porque son entonces frustración o burla. Las haremos reales, tangibles y concretas, ejercitables, en la medida en que conquistemos la libertad económica».

«En consecuencia, el Gobierno Popular inspira su política en una premisa, artificialmente negada por algunos: la existencia de clases y sectores sociales antagónicos y excluyentes y la existencia de un nivel político desigual en el seno de una misma clase o sector». «Ante esta diversidad, nuestro Gobierno responde a los intereses de todos los que ganan su vida con el esfuerzo de su trabajo: de obreros y profesionales, técnicos, artistas, intelectuales y empleados. Bloque social cada vez más amplio como consecuencia del desarrollo capitalista, cada vez más unido en su condición común de asalariados. Por el mismo motivo, nuestro Gobierno ampara a los pequeños y medianos empresarios. A todos los sectores que, con intensidad variable, son explotados por la minoría propietaria de los centros de poder».

Valga esta larga cita para poner de relieve en toda su dimensión el pensamiento político del Presidente Allende. Nos atendremos a él en este artículo, más allá de las posiciones contrapuestas que encontramos entre los partidos que lo sustentaban, convencidos de que el pensamiento de Allende sintetizaba la voluntad mayoritaria de la izquierda y del pueblo chileno.

Posición de los cristianos frente al Gobierno de Salvador Allende

Hemos dicho que los cristianos no son reducibles a un sólo actor orgánico, sea éste social o político. Entre los actores los hay de diversa naturaleza: uno propiamente religioso, la Iglesia, y otro netamente político, la Democracia Cristiana y las organizaciones de cristianos socialistas.

Asimismo, hemos afirmado que desde un punto de vista histórico, Allende significó una continuidad con un proceso social y político de cambio de estructuras, protagonizado por la Democracia Cristiana y que, desde un punto de vista político, de fuerza política conductora del proceso, Allende significó una ruptura, una discontinuidad. Esta contradicción estará presente en la toma de posición de los cristianos frente al Gobierno Popular, pero en cada actor de manera específica, pertinente a su naturaleza y conciencia política dominante. Asimismo, el ascenso al poder de fuerzas políticas de inspiración marxista planteaba desafíos de dimensiones históricas y hacía resurgir viejas interrogantes y formulaba otras nuevas, en un camino que se transitaba sin guía, por un terreno desconocido, apenas teniendo como brújula nuestra fidelidad al humanismo de todas las épocas y teniendo como norte el proyecto de sociedad que deseamos».

a) *La Iglesia*

La Iglesia chilena enfrenta una situación inédita; es la primera a partir del Concilio Vaticano II que se ve confrontada a un hecho político igualmente inédito: un proceso de transición al socialismo por vía democrática, conducido por una coalición de gobierno hegemónicamente de inspiración marxista.

En lo substantivo, la Iglesia se ve sometida a un doble test: uno, la cuestión de sus relaciones con el poder político ejercido por fuerzas marxistas; el otro, su actitud concreta frente al proceso de cambios revolucionarios, tanto en lo que respecta a la naturaleza y contenido de los mismos —perspectiva socialista— como a las tensiones sociales inherentes al proceso que convulsionaría la sociedad chilena.

Una breve precisión. Al hablar de Iglesia lo hacemos en un sentido restringido y clásico: la Iglesia institucional, jerárquica. Utilizaremos como referente especial a la Conferencia Episcopal y como su figura más relevante y representativa (y grandiosa) al Cardenal Raúl Silva Henríquez.

Remitámonos a los tests que sugeríamos.

En junio de 1973 el Cardenal fue invitado a Toledo para dialogar sobre la Pastoral de la Liberación; allí, en un tono coloquial, expresó su pensamiento y experiencia. A tres meses del golpe de Estado y muerte de Allende, el Cardenal relató: «Llegó Allende a la Presidencia. Y el primer día en que se reunió el Congreso Pleno, en que el Presidente saliente entrega los distintivos del mando al nuevo Presidente y éste jura cumplir con la Constitución y las leyes, el Presidente Allende, marxista, ateo, pidió que hubiera un "Te Deum" en la Catedral de Santiago, para agradecer al Señor, en nombre de todos los cristianos que son la mayoría del país y que votaron por él, por su elección. Y el Cardenal fue: y tuvimos un "Te Deum" magnífico, en el cual yo le dije varias verdades...» «Ya esto es una cosa extraña, una cosa atípica; nosotros estamos en diálogo con un gobierno que es marxista, que es ateo, pero que hasta el momento no ha sido contrario a la Igle-

sia». «Y la Iglesia tampoco quiere ser contraria al gobierno». «¿Qué ha dicho la Iglesia a más de esta actitud? Lo siguiente: nosotros vamos a apoyar al gobierno en toda acción de bien común. El gobierno va a encontrar nuestra colaboración leal; no vamos a ser obstáculo para reformas; nosotros las hemos preconizado antes que nadie, las aceptamos, las queremos. ¡Ojalá que el gobierno tenga éxito en esta reforma y que dé al pueblo chileno, sobre todo a los pobres de Chile, al proletariado de Chile, la liberación que tanto añora!»

«No hemos sido obstáculo para nada; pero sí nos reservamos el derecho de decir nuestro parecer cada vez que por las contingencias de la vida política puedan presentarse situaciones que merezcan y deban ser iluminadas por la fe, o cada vez que haya que corregir algunas de las situaciones que nos parecen poco claras, ambiguas o incluso contrarias a los grandes valores cristianos. Y así hemos podido vivir en una colaboración muy leal y, yo diría bastante fácil con las altas autoridades del gobierno» («El Cardenal nos ha dicho», 1961-1982, pp. 172-173)..

Inútil y excesivo sería agregar palabras a las citas del Cardenal. El padre Miguel Ortega las resume en subtítulos como «aceptación leal del nuevo Gobierno» y «colaboración sincera».

Esta relación fluida y positiva ni siquiera se vio enturbiada con el surgimiento del movimiento «Cristianos por el Socialismo», compuesto por sacerdotes y religiosas que apoyaban al Gobierno Popular. Es ajena a la Iglesia la interpretación interesada y mal intencionada de la derecha política, en el sentido de ver «infiltración marxista» o intención de división de la Iglesia en esta toma de posición de «los 80». Revela también el profundo tacto y respeto de Allende para con la Iglesia.

Esto último lo confirma también la actitud de Allende frente al único problema en que la Iglesia tuvo disparidad de criterio con su Gobierno, a propósito del proyecto de Escuela Nacional Unificada (ENU). El Cardenal relata: «Fui al Presidente y le dije: «Presidente, yo siento, lamento mucho decirle que este programa como está elaborado, hiere derechos de la persona humana que nosotros defendemos y grandes valores cristianos». Sí, es así, señor Cardenal —me dijo—, yo retiro este programa, y quiero que se haga un programa nuevo. Yo considero esto desafortunado, y lo que quiero es que se haga un programa nuevo» (*id.*, p. 174).

Frente al proceso de cambio que convulsionó la sociedad chilena entera, resumiríamos la palabra y acción de la Iglesia en tres cuestiones principales:

La primera, compromiso con la liberación, fidelidad en extremo con la doctrina del Concilio la «que consideramos iluminadora de esta situación: la Iglesia es la servidora de la sociedad civil, del mundo no pretende beneficios; quisiera sobre todas las cosas tener el orgullo de servir y de servir en cualquier contingencia». «... lo único que quisiera es que realmente el gobierno que se inicia tuviera éxito en realizar la liberación del pueblo. El único ideal que quisiera la Iglesia es éste. Y aunque ella tuviera que sufrir, si este es el pago de una verdadera liberación de nuestro pueblo, lo daría por bien empleado» (*id.*, p. 175).

La segunda, fidelidad a la fe, es la demanda de la Iglesia a los cristianos que optan por el socialismo: «si bien es cierto que en la acción por liberar a nuestro pueblo puede haber muchos puntos de contacto con los marxistas, creo indispensable que los cristianos no renuncien a su cristianismo y aporten los valores espirituales que éste tiene a esta lucha de liberación, para conseguir que el resultado sea realmente el que se espera» (Carta del Cardenal al Encuentro de Cristianos por el Socialismo, rechazando la invitación a participar en él). En la misma carta prevé los riesgos de reduccionismo del cristianismo al adherir y comprometerse con el proceso revolucionario. Las prevenciones de la Iglesia tienen un valor permanente:

1) *Impropiedad de asimilación mecánica entre «revolución-liberación» con ideología marxista.* El Cardenal denuncia «una mentalidad en vías de marxistización que subraya una actividad clasista y una valoración demasiado economicista de la liberación humana». «La posición que parece hacer imprescindible el recurso al instrumental de análisis del marxismo cual es la dialéctica de la lucha de clases, lleva a dos conclusiones, por otra parte, subrayada por la Conferencia Episcopal de Chile: primero, que no son universalmente evidentes ni su validez científica como método sociológico, ni su posible separación de la teoría marxista global; segundo, que la valoración marxista de la clase proletaria como portadora exclusiva del futuro de la humanidad, no coincide en modo alguno con la bienaventuranza evangélica de los pobres».

2) *Reducción del cristianismo a la lucha de la clase revolucionaria y a la situación histórica concreta:* el riesgo de transformar la opción revolucionaria como referente y fuente de criterio predominante conlleva la pérdida de supremacía en la opción por Cristo «que ha optado por todo lo humano y por el Evangelio como criterio supremo en las tareas de liberación».

3) *Reducción del cristianismo a la sola dimensión de transformación económico-social:* «si el cristianismo se enajena de la sociedad y de sus luchas no es verdadero. La fe lleva siempre un compromiso social y político. Sin embargo, el compromiso esencial del cristianismo es la evangelización... Los dos aspectos son inseparables. Cualquier interpretación unilateral lleva al dualismo y es enajenante. En el primer caso, hace del cristianismo un anuncio intelectual. Vaticano II lo ha catalogado como uno de los peores errores de nuestra época: divorcio entre fe y compromiso histórico. En el segundo, los valores terrestres hacen olvidar el espíritu del Evangelio que debe animarlos». «Así, quienes se dedican a la política de partidos no son cristianos en cuanto hacen política, si no que son cristianos en cuanto hacen la política con el espíritu del Evangelio.»

La tercera, la Iglesia como fuerza de paz y de diálogo: frente a la aguda radicalización política que crecientemente dividía a la sociedad chilena y al inminente riesgo de violenta ruptura de la institucionalidad democrática, la Iglesia a través de la Conferencia Episcopal y el propio Cardenal, fueron inflexibles promotores

de la paz entre los chilenos, del diálogo entre oposición y gobierno. Condenaron la violencia: «le hemos quitado ese antifaz que la hace atractiva y seductora, presentándola, a veces, como el único o el mejor camino»... «ni siquiera es un camino, la violencia liquida las libertades suscita odios y rencor de venganza, impide la participación del pueblo o la desnaturaliza. Quienes aceptan la violencia no conocerán nunca la paz, sino una tranquilidad de parálisis» (Mensaje del Cardenal, 2 de setiembre de 1972, llamando a la reflexión y a la madurez). En su búsqueda del diálogo, exigió el respeto a la autoridad legítima, el respeto a la verdad, a la persona humana y el respeto a Chile.

Pocas personas pudieron imaginar, siquiera pálidamente, lo que acontecería en Chile después de ese día fatídico, el 11 de setiembre de 1973. Uno fue el Cardenal y el otro el Presidente de Chile, Salvador Allende. Auténticamente buscaron la paz y el resguardo de nuestra tradición democrática. Cada cual sirvió a su pueblo de manera generosa en los momentos más difíciles y dramáticos de nuestra historia patria. El Presidente Allende pagó con su vida la lealtad al pueblo, el Cardenal, en su infatigable defensa de los derechos humanos se ganó el odio y el rencor de los poderosos y violentos que asolaron la patria, pretendiendo «reconstruir» bajo la paz de los cementerios.

b) *La Democracia Cristiana*²

El triunfo electoral de Allende situó a la DC ante el dilema de Hamlet: ser o no ser. Develó su naturaleza contradictoria porque no supo descubrir su propia voluntad de ser, terminando por perder capacidad de dirección política, a pesar de ser la fuerza política mayoritaria del país. La DC reflejaría su desenlace posterior en la forma en que vivió el 4 de setiembre de 1970: en la sede partidaria, la militancia se congregaba y abría fila a la columna de militantes socialistas que celebraban el triunfo de Allende, mientras los demócrata-cristianos gritaban: «El uno y el tres, lo mismo es», Para estos, lo importante fue la derrota del candidato de la derecha. En otro lugar, más céntrico, un fantasma traumó al sector más poderoso de la DC: el fenómeno de Kerensky: entregar el poder a fuerzas marxistas ponía en grave riesgo la democracia en Chile. Dos actitudes, ninguna de las cuales era extraña a la matriz ideológico-política de la DC, pero que el devenir histórico las situaba conflictualmente, demandando una opción de consecuencias radicales y dolorosas: revolución o democracia parecía como el dilema fundamental; falsa o no, sobre esa base se hizo política en el período.

Esta opción fundamental no surgió de súbito, fue precedida por el debate interno de definición del programa y designación del candidato presidencial. Dos tesis se enfrentaron: una, el camino propio, y otra, la unidad social y política del Pueblo. El candidato R. Tomic, era de la segunda, pero la mayoría del partido

2. El autor cumple con el deber de hacer presente que no ha tenido acceso a material documental. Su referencia principal es la experiencia personal.

optaba por la primera. Podríamos resumir el drama interno de la DC en términos gráficos: un candidato sin partido y un Presidente sin sucesor. Ambas tesis definían en definitiva la política de alianzas de la DC frente a la izquierda.

El camino propio suponía que la conducción DC del proceso de cambio le restaría base social y popular a la izquierda y que ésta terminaría sometida a la conducción hegemónica de la primera.

Efectivamente, la DC se acrecentó con una gran base de apoyo, pero el error de esta posición residió en que la política de cambio social extendió el mundo popular a nuevos sectores, los campesinos y pobladores, en los cuales la izquierda tenía escasa presencia. El movimiento popular se extendió y portaleció, conservando la izquierda su fuerte presencia al interior de la clase trabajadora. Se produce una escisión del mundo popular, pero el momento histórico era adverso a una DC aislada. La conciencia política dominante era de profundización del proceso y sustitución del capitalismo.

La tesis de unidad social y política del pueblo suponía poner el proceso de transformación estructural en el centro, a fin de asegurar su éxito e impedir su reversión, alentar el entendimiento con todas las fuerzas sociales y políticas comprometidas con los cambios, en concreto, con todas las organizaciones sociales populares y las fuerzas políticas de izquierda.

Ningún sector demócrata-cristiano era ajeno a la preocupación sobre la cuestión democrática. Por ello, todos apoyaron el Estatuto de Garantías constitucionales que elevó a nivel constitucional normas y tradiciones jurídicas pre-existentes, que consolidaban la estructura democrática de la sociedad chilena. La positiva voluntad política de la izquierda y de Allende en especial, al acoger el Estatuto de Garantías, fue apreciada por el sector progresista de la DC como bases reales de consenso interno, por una parte, y perspectivas reales de trabajo conjunto con la izquierda en el desarrollo del programa de la UP el que presentaba grandes similitudes con el programa de Tomic. Para otros fue, sin embargo, una garantía en estricto sentido, con voluntad de hacerla exigible al menos traspie en el curso del proceso. Por este último cauce enfiló crecientemente el PDC, perdiendo correlativamente toda influencia significativa en su seno los sectores progresistas, quedando reducidos estos a una minoría. Esto precipitó la división y el surgimiento de la Izquierda Cristiana.

Ubicada definitivamente en la oposición al Gobierno Popular, provocada una creciente radicalización y división de la sociedad chilena, como consecuencia directa de la naturaleza de los cambios, la DC ejerce activamente todos los mecanismos de oposición que ofrecía la institucionalidad democrática. A pesar de los leales esfuerzos de sectores más progresistas de búsqueda de diálogo, de hecho la DC perdió la conducción política de la oposición, asumiéndola la derecha política, dominada a su vez por los sectores procedentes del nacionalismo, los que tenían una clara opción abortiva del proceso de transición al socialismo, por los medios que fuere. La *Democracia* será el eje articulador y convocador de la primera alianza política de la DC, en toda su historia, con la derecha. El conserva-

durismo e integrista católico resurgen, si no con su discurso, sí con sus temas y consignas: la democracia amenazada por el marxismo, la dictadura del proletariado, el totalitarismo marxista, etc.

A partir de marzo de 1973, luego de la elección parlamentaria en que la UP obtiene una gran votación, la derecha descarta como viable para sus objetivos sediciosos la utilización de los mecanismos que otorgaba la institucionalidad democrática. La opción golpista es la única vía posible que les resta para poner término adelantado al gobierno constitucional de Salvador Allende. Será en este período que los sectores que se resisten a una alianza estratégica con la derecha y contrarios a la utilización de mecanismos no democráticos de oposición al gobierno, principalmente representados por Renán Fuentealba y Bernardo Leighton, pierden definitivamente la conducción partidaria.

En definitiva, la vocación revolucionaria del PDC fue sacrificada en servicio de la defensa de los valores e institucionalidad democrática, presuntamente amenazada. El resultado fue también el sacrificio de la democracia y el advenimiento de una dictadura sustentada por la derecha.

Que todo ello pudiera suceder no es producto de un azar desgraciado, indeseado. La Democracia Cristiana, siendo socialmente un partido de amplia base popular y de sectores medios y de una indiscutible trayectoria democrática, asentó su vocación popular y democrática con su igual rechazo al capitalismo como sistema económico y a toda forma de totalitarismo como sistema político. Su vocación popular la abría al socialismo, pero su aversión al totalitarismo que condenaba al stalinismo, desconfiaba de las fuerzas políticas de definición marxista leninista.

No fue difícil crear un clima propicio que sustituyera la realidad por el estereotipo. Los propios errores de la izquierda cooperaron involuntariamente a la creación de ese clima que generó la derecha, a través del dominio que ejercía sobre los medios de comunicación social. Corroída la confianza política imprescindible para el funcionamiento de cualquier sistema democrático, Allende y la «vía chilena al socialismo» dejaron de existir, a pesar de que estaban allí con autenticidad hasta el último minuto. La fábula del totalitarismo marxista sustituyó la realidad. Tomić había pronunciado una vez una frase lapidaria, tristemente confirmada con la sangre y el dolor de todo nuestro pueblo: «Cuando se gana con la derecha, es la derecha la que gana». El antagonismo radical de los cristianos con las fuerzas de izquierda sólo desnaturaliza a los cristianos y termina por beneficiar a los sectores antipopulares.

c) *Los cristianos de opción socialista*

El marco de referencia conceptual y político de los cristianos socialistas será muy diverso al de la Democracia Cristiana. Traspasar el umbral hacia la convergencia con los sectores populares y marxistas era entrar a un mundo nuevo, con afanes y lógicas distintos a los anteriores. La actitud inicial será de descubrimien-

to, de ver, escuchar y participar de los otros, en un mundo cargado de luchas, de esperanza y armado de ideología.

En los cristianos de opción socialista encontramos dos vertientes diversas. Una, procedente de la Iglesia, cuyo rasgo central será una opción de fe que se legitima frente a una nueva teología (inteligencia de la fe) liberadora, que los impulsa a una praxis radical. La otra, de origen esencialmente político, de inspiración cristiana, cuya característica central será una opción política que busca la concreción de una utopía histórica y cuyos títulos legitimantes serán propiamente los políticos: un discurso (cuerpo teórico), un programa, una apreciación del tiempo histórico y estado de las fuerzas sociales y políticas y una formulación de alianza.

Teniendo una opción fundamental común, además de su común visión cristiana, generalmente ambas vertientes van paralelas, con escasa interrelación y comunicación interna. Este paralelismo tuvo sus raíces en percepciones diferentes sobre la significación del compromiso cristiano en la política. Para los primeros, el compromiso cristiano en la política se vive en cuanto creyente, hombre de fe, inserto en una comunidad de Iglesia, en una disposición de servicio al mundo, especialmente a los pobres y desde los pobres. Para estos, la pluralidad de opciones políticas de los cristianos que consagra el Vaticano II, los libera de la carga de formación de organizaciones políticas de inspiración cristiana y de los objetivos de lucha por el poder político. Aceptada la pluralidad, el compromiso partidario si fuera necesario, debe utilizar los instrumentos partidarios existentes, aunque sean de definición marxista.

Para los cristianos procedentes de una práctica política concreta más que eclesial, el compromiso político socialista y de convergencia con los marxistas se hacía desde una racionalidad que los confrontaba con ideologías, cuerpos teóricos y organizaciones políticas estructuradas, con voluntad de conducir y modelar la sociedad. La afirmación de la identidad cristiana tenía un doble sentido: uno, fundante y desafiante a la vez, ser socialista por ser cristiano y sin renunciar a serlo, era un desafío a la ortodoxia marxista; otro, de rasgo profético, invitante a los cristianos a superar las barreras del alternativismo excluyente y divisorio, como asimismo a tomar en la contradicción social, sin ambigüedad, partido por los pobres, marginales y explotados, en su lucha política de liberación. Implicaba subrayar que la convergencia es un proceso de doble vía, que comprometía por igual a marxistas y cristianos.

Las principales expresiones orgánicas de los cristianos de opción socialista fueron el Movimiento de Cristianos por el Socialismo (MCS) y la Izquierda Cristiana (IC). El MAPU lo fue por su origen, pero oficialmente rechaza ser considerado como tal, ya que se autodefine en 1971 como organización marxista-leninista.

El MCS i la IC tuvieron una significación muy distinta. El primero fue motivo de contradicción y tensión en el seno de la Iglesia y su existencia tuvo una enorme repercusión internacional. Para la Iglesia, el MCS planteaba cuestiones

muy serias: el compromiso político de sacerdotes y religiosos, su adhesión al marxismo, las condiciones para la opción política de los cristianos. En el cuerpo de este artículo hemos hecho referencia a la posición de este Movimiento y las críticas y prevenciones de la Iglesia en su contra. Luego de 1973, el Movimiento se autodisolvió.

La IC tuvo una significativa repercusión en la izquierda, siendo su presencia, más allá de su dimensión, muy valorada. Para muchos demócratacristianos era su conciencia crítica del debe ser. Al analizar la IC es difícil separar lo simbólico con lo real. Todo observador reconoce en su surgimiento un signo de algo nuevo, de enorme potencial de desarrollo. Con intuición histórica, Luis Maira la llamó «la mayoría que nace». Sin embargo, lo real está aún lejos de aproximarse a lo simbólico.

La decisión de alejarse del PDC, tomada en julio de 1971, por los cristianos socialistas que militaban en él, a pesar de las apariencias, no tuvo nada de temperamental ni precipitada. Tampoco se produjo por simples razones de coyuntura política. La ruptura no fue buscada ni deseada, fue producto de la profunda convicción de que la DC abandonaba definitivamente su vocación revolucionaria —sustitución del capitalismo— y que se deslizaba por una pendiente que podía comprometer gravemente su vocación democrática. Lo último, hacía éticamente imposible la permanencia dentro de él.

Maira describía así la justificación esencial de la IC: «comprometer el aporte propio de los cristianos en la construcción de una nueva sociedad socialista, ligándolos decidida y consecuentemente a la lucha por la liquidación de las estructuras antihumanas que el capitalismo creyó en provecho de una minoría de privilegiados. Realizar a través de su presencia activa en los trabajos de edificación social, la idea de que el cristianismo será parte esencial de cualquier sociedad en el curso de los tiempos» (*La Mayoría que Nace*, Clarín, 3 de agosto de 1971).

Para la Unidad Popular, el surgimiento de la Izquierda Cristiana fue inicialmente percibida como un nuevo elemento fundamental, que aseguraba el éxito del proceso de cambios. Por una parte, afirmaba el rasgo plural de la alianza de gobierno y del proyecto de socialismo que se postulaba. Allende fue enojosamente crítico con el MAPU por su evolución hacia el marxismo-leninismo; permanentemente expresó que la revolución necesita la presencia de cristianos que sean tales y no de nuevas organizaciones marxistas. Por otra parte alentaba la posibilidad de alterar substantivamente la correlación de fuerzas, sociales y políticas, a favor del proceso. El desgajamiento de sectores nacionalmente significativos de la DC, debilitaría al partido más importante de la oposición y abría una perspectiva de enlace con sectores sociales en los cuales la izquierda tenía escasa influencia. La IC tenía un aporte y un espacio político propio en el seno de la izquierda.

¿Cómo reaccionaba la IC frente a esta visión y demanda de la izquierda hacia ella? Es difícil sintetizar una respuesta. Un primer esfuerzo es de afirmación de identidad: ¿quienes somos? «No somos conversos al socialismo, somos y éramos en el seno del PDC cristianos con opción socialista y luchamos leal-

mente al interior de ese partido para que asumiera un rol dirigente en el proceso de cambio. No somos advenedizos, pero queremos aprender y compartir la experiencia de hacer la revolución». La restricción ética política mayor que tenía y se autoimponía la IC era el hecho de que se trataba de un proceso ya en marcha, en el gobierno, y con una sólida composición interna de la alianza UP. Puestas así las cosas, a la IC le interesaba definir la naturaleza de su aporte al proceso y definir el carácter de la alianza de cristianos y marxistas.

Podemos resumir en dos fases el mensaje de la IC a la izquierda: corregir los errores del proceso para sumar fuerzas al mismo y profundizar los avances para impedir la reversión del proceso. La IC tenía autoconciencia de que ella no le restaba fuerza social significativa a la DC, porque en su seno el proceso de rechazación o de ruptura con el proceso de cambio era mayor a nivel de la base que a nivel dirigente. Y a nivel de la base, los problemas del sectarismo, del cuoteo, de la ineficacia, operaban como anticuerpos que los alejaban de una perspectiva de entendimiento con la izquierda; por el contrario, los impulsaba a presionar por una posición de ruptura, de oposición radical. Sin corrección no había suma.

Respecto de lo segundo, la IC se proponía despejar una concepción simplista, aquella que reducía la incorporación de los cristianos al proceso de cambios a una necesidad táctica, necesaria para la coyuntura y, por otra parte, subordinada a la hegemonía de los partidos obreros y poseedores de la única teoría revolucionaria. La derecha alimentaba esta visión tacticista. El afán de esclarecer positivamente esta cuestión jugó un efecto distorsionador en el quehacer político de la IC. Trató de compatibilizarlo internamente con la tesis del «destacamento especializado de cristianos revolucionarios», lo que redundó en una reducción de su propia proyección histórica.

Esta tesis fue abandonada posteriormente, porque la cuestión no era la suma de los cristianos a la construcción socialista sino la asunción como propia de esta perspectiva histórica, en plena igualdad con otras fuerzas de pensamiento socialista.

La IC marca el inicio de una relación política-orgánica de los cristianos con las fuerzas populares, desde el seno mismo de éstas. Lo relevante históricamente es que se trata de un sujeto identificado y reconocido como propio por la Izquierda.

La experiencia de convergencia entre cristianos y marxistas tiene una práctica concreta, una historia compartida más en las duras que en las maduras. Su palabra y capacidad de acción política tienen títulos propios y renovados.

Allende y los cristianos

La cuestión de la relación de los cristianos con el marxismo y las fuerzas marxistas, como la del compromiso político de los cristianos en la construcción

de una sociedad socialista, han sido temas de análisis y desarrollo predominantemente del mundo cristiano, más que del análisis propiamente marxista. Para éstos, se reduce el tema más bien a lo que se denomina «política de alianzas», con sujetos sociales y políticos a los que se consideraba como de conciencia política e ideológica rezagada, progresista, pero inmaduramente revolucionaria. Por expresarlo gráficamente, el criterio era que los cristianos llegan al marxismo y se suman al socialismo, conducido hegemónicamente por las fuerzas marxistas, pero los marxistas no llegan a los cristianos. La izquierda chilena no definía política hacia los cristianos, como lo hicieran los marxistas europeos. La política de mano extendida del PC francés o del compromiso histórico del PC italiano, son formulaciones ajenas al desarrollo político de la Izquierda en Chile. La cuestión fue resuelta de una manera diversa: afirmando el carácter pluralista del proyecto socialista se estimaba definir elementos suficientes como para descartar, por una parte, la experiencia de transformar el marxismo en ideología oficial del Estado y, por otra, asegurar una vocación democrática, ajena a la experiencia de partidos únicos o hegemónicos.

Dada esta definición, la cuestión se limitaba a la búsqueda de entendimiento político al interior de las instancias democráticas con la Democracia Cristiana.

Allende comprendió que esta visión predominante en los partidos marxistas era insuficiente. El vocablo «cristiano» como sustantivo y no como adjetivo se asoma en las intervenciones de Allende. El 1 de diciembre, ante el Congreso Nacional de México, describía en los siguientes términos su gobierno: «Presido un conjunto de partidos, que tienen un Programa y un Ideario y una voluntad de realizarlos. Chile hace una revolución —que es todavía un proceso revolucionario en marcha— a través del marco de la Constitución y las leyes burguesas.

»Presido un gobierno que no es un gobierno socialista, pero que abre y abrirá sin vacilaciones el camino al socialismo, dentro del pluralismo, la democracia y la libertad.

»Las bases políticas de mi Gobierno están afianzadas con la presencia en él de los partidos que la integran: laicos, marxistas y cristianos que se han comprometido a hacer posible las grandes transformaciones que permiten estructurar una economía al servicio del hombre y de las mayorías nacionales.»

El discurso de Allende se separa de las tonalidades clásicas que caracterizaban el discurso de la izquierda, en él se van incorporando, repetidamente, los elementos humanistas y libertario de su concepción y proyecto socialista, más que las referencias puramente clasistas y agitadoras: «Para nosotros, la Revolución no es destruir, sino edificar; no es arrasar, sino levantar formas distintas de convivencia de las mayorías nacionales...» Ante el Congreso de Colombia: «... sobre esa base marchamos con la decisión de convertir la libertad abstracta en una libertad concreta que la sienta y la viva, que la comprenda y la defienda el pueblo. En democracia, pluralismo y libertad, caminar con decisión a construir una nueva sociedad». Más adelante, agregaba: «para ser revolucionario, hay que iniciar la revolución interior y ella comienza en las personas».

Son contenidos y valores profundamente compartidos por la cultura cristiana y la cultura política de nuestro pueblo. En Ecuador, en conferencia de prensa (26 de agosto de 1971), declaraba: «Voy a recalcarles un hecho que caracteriza a Chile. Cuando los presidentes asumen el Gobierno, entre los actos oficiales importantes se realiza un "Te Deum". El señor Cardenal de la Iglesia Chilena fue a visitarme como es tradicional, antes de asumir el Gobierno; conversamos sobre los problemas de Chile y del mundo. La Iglesia chilena tiene una posición renovadora, afianzada en la realidad, muy firme y consecuente con los principios cristianos. Solicité al señor Cardenal —pese a no ser un creyente—, por respeto a los chilenos, que en su mayoría profesan una religión, se realizara el "Te Deum". El señor Cardenal de la Iglesia Católica chilena accedió de inmediato. ...Este hecho, caracteriza lo que somos y lo que seguiremos siendo. El problema, pues, no es de creencias».

Allende valoraba profundamente la presencia cristiana en el proceso y en el gobierno: «la base política de mi gobierno es una combinación de laicos, marxistas y cristianos», las tres vertientes culturales e ideológicas que han formado el ser y la cultura nacionales. Respetaba a la Iglesia y apreciaba profundamente su posición renovada y comprometida. Esperaba que la Democracia Cristiana estaría por los cambios y colaboraría con su gobierno.

Allende abrió un nuevo capítulo en la historia de Chile. Quedó inconcluso. Sólo una combinación similar a la que lo sustentó, unificada bajo un proyecto histórico similar al de Allende, podrá poner término a su obra y pensamiento político.

*POLITICA INTERNACIONAL DEL GOBIERNO
DE SALVADOR ALLENDE*

Aníbal PALMA FOURCADE *

Salvador Allende entendió siempre que en el mundo moderno la dimensión internacional de una política juega un rol decisivo.

Esto tenía particular importancia en el caso del Gobierno de la Unidad Popular en que se iniciaba la experiencia inédita de introducir reformas profundas a las estructuras capitalistas dentro del marco que presentaba la legalidad vigente y en que la aplicación del programa de Gobierno tendría que lesionar necesariamente los intereses de los sectores dominantes en el país y del imperialismo. Allende tenía conciencia de que en estas circunstancias el desarrollo de la política internacional cobraba una importancia fundamental.

Sobre la base de principios que habían orientado permanentemente la política exterior de Chile, se incorporó una nueva dinámica en las relaciones internacionales. La plena vigencia de los principios de no intervención y de autodeterminación de los pueblos y el respeto a los tratados y acuerdos libremente convenidos, hacen posible la coexistencia pacífica de los Estados sin consideración a la naturaleza de su régimen económico social. De acuerdo a este criterio, el Gobierno de Allende practicó en sus relaciones internacionales el pluralismo ideológico, ampliando el número de países socialistas con que las mantenía, e incorporando a otras naciones de Asia y Africa y manteniendo las existentes.

Se prestó una especial atención a las relaciones con las repúblicas de América Latina. El restablecimiento de relaciones diplomáticas con Cuba se entendió como un acto de reparación ante una injusticia histórica. Este paso dado por el Gobierno de Allende fue más tarde seguido por otras naciones. Se dio estricto cumplimiento a los compromisos contraídos con la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) y se impulsó decididamente el desarrollo de la subregión andina,

* Miembro del Consejo del Instituto para el Nuevo Chile.

que promovía la progresiva complementación e integración económica de los países signatarios del Pacto Andino (Chile, Perú, Ecuador, Bolivia, Colombia, y más tarde Venezuela).

Allende se preocupó de establecer una vinculación especial con los Gobiernos de los países limítrofes, llegando a entablar una estrecha amistad personal con el Presidente Juan Velasco Alvarado del Perú y manteniendo con el Presidente Alfredo Lanusse de Argentina una relación de mutuo respeto y cordialidad. Fue un rasgo característico de Allende su facilidad para entablar relaciones personales con otros mandatarios lo que le permitía a veces, resolver problemas que parecían difíciles a través de un contacto directo.

Durante el Gobierno de Allende, Chile no tuvo conflicto con ningún país latinoamericano. Es significativo que las relaciones con los países fronterizos nunca fueron mejores que durante su mandato.

Su preocupación permanente por los problemas de América Latina, lo impulsó a buscar los mecanismos que permitieran transformar la Organización de Estados Americanos (OEA) adecuándola a la realidad regional. Se planteó abiertamente la necesidad imperiosa de superar dos ficciones fundamentales en que se fundaba la OEA y que impedían que a través de ella se pudiera sustentar un diálogo constructivo con los Estados Unidos. En primer lugar, la ficción que consiste en suponer que en su seno se reunían 23 Estados iguales y en segundo lugar, la ficción de considerar la existencia de una gran homogeneidad entre esos Estados en base a presuntos intereses, objetivos e ideales comunes. Allende señaló que era tan enorme la diferencia de poder entre los Estados Unidos y cada uno de los países latinoamericanos, considerados aisladamente, que resultaba imposible cimentar una relación y un trabajo eficiente, veraz y constructivo sobre el artificio de suponerlos iguales. Era tan evidente la oposición de intereses que se planteaban en diversos aspectos de la vida económica y del acontecer político, que resultaba imposible, ocultando tan imponente realidad, pretender edificar nada sólido y duradero. Este lenguaje franco y directo encontraba acogida en numerosos Gobiernos latinoamericanos que brindaron permanente respaldo a Chile ante las agresiones de que era objeto.

El común interés de los pueblos de América Latina por superar el subdesarrollo y la dependencia, los ubican en el mundo junto a otros pueblos que en Asia y Africa enfrentan desafíos semejantes. Consciente de esta realidad, Allende tomó la decisión de incorporar a Chile al Grupo de los No Alineados, muchos de cuyos postulados coincidían con los enunciados de su política exterior. Se buscaba fortalecer la unidad de todo el mundo en vías de desarrollo, por sobre las diferencias, circunstancias o no, que separaban a algunos países de otros animados de la firme convicción de que sólo en la búsqueda de lo que los unía y no de lo que los divide se podría llegar a conformar un conglomerado progresista que enfrentara dinámicamente los desafíos y agresiones de los países más industrializados.

La preocupación de Allende por los problemas del Tercer Mundo, se veía justificada por el panorama internacional de esa época que mostraba un aumento

cada vez mayor en la distancia que separaba a los países más avanzados de los países en desarrollo de África, Asia y América Latina. La participación de estos últimos en los intercambios mundiales era cada vez menos equitativa. La orientación de la asistencia financiera había convertido a las naciones del Tercer Mundo en deudores netos. La transferencia de tecnología era mínima y onerosa y sus recursos y riquezas naturales eran víctimas de una explotación incontrolada. Estas circunstancias fueron expuestas reiteradamente por Allende en diversas intervenciones. El panorama internacional de hoy no ha variado y por ello se busca a través del denominado diálogo Norte-Sur, hasta ahora estéril, buscar soluciones realistas a este problema que amenaza con hacerse insoluble.

Allende trató siempre de evitar la confrontación, insistiendo en recurrir a los mecanismos jurídicos que permiten la solución pacífica de los conflictos. Fue su política frente a los Estados Unidos, a cuyo Gobierno propuso reiteradamente aplicar el tratado bilateral de 1914 aún vigente y al tenor del cual se hubiera podido llevar el conflicto provocado por la nacionalización de las minas de cobre a un arbitraje internacional o al Tribunal de La Haya. Estas proposiciones fueron rechazadas insistiéndose en el camino de las presiones.

Allende estaba absolutamente convencido de haber procedido con estricto apego a la legislación chilena y al Derecho Internacional y por ello no vaciló en denunciar en su discurso ante la Asamblea General de la ONU la agresión y las maniobras de que su país era víctima. En aquella ocasión (diciembre 1972) expresó «Desde el momento mismo en que triunfamos electoralmente el 4 de setiembre de 1970, estamos afectados por el desarrollo de presiones externas de gran envergadura que pretendió impedir la instalación de un Gobierno libremente elegido por el pueblo y derrocarlo desde entonces. Que ha querido aislarnos del mundo, estrangular la economía, paralizar el comercio del principal producto de exportación que es el cobre y privarnos del acceso a las fuentes de financiamiento internacional». «Estamos conscientes, agregó, de que cuando denunciamos el bloqueo financiero-económico con que se nos agrede, tal situación parece difícil de ser comprendida con facilidad por la opinión pública internacional y aún por algunos de nuestros compatriotas. Porque no se trata de una agresión abierta, que haya sido declarada sin embozo ante la faz del mundo. Por el contrario, es un ataque siempre oblicuo, subterráneo, sinuoso, pero no por eso menos lesivo para Chile.» «Nos encontramos frente a fuerzas que operan en la penumbra sin bandera, con armas poderosas, apostadas en los más variados lugares de influencia.»

Más adelante detalló con gran cúmulo de antecedentes como se llevaba a efecto esta agresión. Las investigaciones posteriores realizadas por el Senado de los Estados Unidos han confirmado todas y cada una de las denuncias que Allende planteó en esa ocasión.

Allende tenía confianza en el rol que podía jugar la ONU. Pensaba que los principios de su Carta conservaban vigencia y correspondían a las aspiraciones de los pueblos, pero también reclamaba que se tradujeran en acciones positivas. La ONU, de acuerdo a su criterio, debía constituirse en instrumento para facilitar la

solución de los problemas y contribuir al afianzamiento pleno de las soberanías de los estados impulsando el progreso económico social de los países en vías de desarrollo.

La política internacional de Chile no pretendía ningún liderazgo. Allende fue enfático a este respecto. En su intervención en el Congreso de Colombia (agosto de 1971) declaró: «Nosotros no exportamos Unidad Popular.»

Se trataba, sobre la base del respeto mutuo y de la plena aplicación de los principios de no intervención y de autodeterminación de los pueblos, sin reclamar ni buscar liberazgo de ninguna especie, de contribuir a la lucha por hacer imperar la justicia y la paz en las relaciones internacionales.

El realismo y sobriedad de la política exterior impulsada por Allende, hace que sus postulados mantengan actualidad y vigencia.

ALLENDE: EL HOMBRE Y LA OBRA

CUESTIONARIO

1. ¿Hubo en la trayectoria de Salvador Allende una particular relación entre su dimensión vital como ser humano y el ejercicio de la acción política? ¿Cuál es hoy, a diez años de su muerte, su apreciación sobre ese "estilo" y su significado?
2. Allende marcó una época del desarrollo del movimiento popular y democrático chileno. ¿Cuál es a su juicio la contribución teórica y práctica de Allende al socialismo?
3. Las peculiaridades del proyecto de Allende tuvieron resonancia mundial. También la tuvo el contenido de su política exterior. ¿Cuál es a su entender la dimensión internacional de la experiencia que Allende encabezó?
4. Si hay algún aspecto específico de la vida, pensamiento y acción de Salvador Allende, que no haya sido tocado en las preguntas o respuestas anteriores y que a Ud. le parezca necesario destacar, por favor desarróllelo.

RESPUESTAS

*Otto Boye **

Pregunta 1

Creo que en todo hombre de acción, y desde luego en los políticos, existe necesariamente una relación entre esos dos aspectos. Allende no escapó a esta regla ni mucho menos. Cualquiera chileno que lo observara con un mínimo de atención podía constatar cómo su acción política estaba marcada directamente por su dimensión vital que le salía por todos los poros.

* Director del Instituto para el Nuevo Chile.

A diez años de su muerte pienso que su estilo personal tuvo mucha importancia para el desarrollo de su carrera política y de las metas que él se trazó. No me cabe duda de que su gran logro político, esto es, la unidad de la izquierda que él presidió con bastante autoridad durante un lapso de tiempo, se basó en una medida muy importante en su dimensión vital, que la permitía ser flexible y, a la vez, actuar con firmeza; que lo llevaba al diálogo sin perder nunca la franqueza, y que, por último, lo conducía a exteriorizarse a través de un temperamento rico, que mezclaba la seriedad con el humor, la astucia con el mal humor, la sencillez con la solemnidad.

Pregunta 2

Teórica y prácticamente su contribución máxima estuvo constituida por su intento persistente —rubricado con su muerte— de vincular en forma indisoluble su ideal socialista con la democracia. Fue ciento por ciento demócrata. Allende buscó con mucha energía estos valores, Las vacilaciones de que ha sido acusado, que producen en muchos la impresión de que se inclinaba más hacia un lado o hacia el otro, provenían a mi juicio, de las dificultades concretas que le planteaba su otra meta central que él definía como unidad de la izquierda. En coyunturas concretas fue, ciertamente, tironeado desde lados opuestos y él, en aras de la unidad, se negó a optar por uno o por otro.

Pregunta 3

La dimensión internacional que Allende encabezó es múltiple y compleja. No puedo responder amplia y extensamente, pero puedo destacar algunos aspectos. Hay uno que me tocó experimentarlo directamente en Europa, cuando llegué a vivir a Alemania Federal en agosto de 1973. Comprobé entonces —y esto se acentuó después del 11 de setiembre— que el gobierno de Allende había producido en los países occidentales de dicho continente un impacto mayor al que podía preverse. Buscando las causas llegué a la siguiente conclusión: Allende interpretó en cierta manera un sueño compartido por muchos europeos, el sueño de conciliar la democracia con el socialismo, sueño fundado en la decepción producida en ellos por los socialismos reales y en la valorización que adquirió la idea democrática después del trauma nazista y fascista que azotó a Europa. La vía chilena al socialismo fue vista como un camino posible para los pueblos del Tercer Mundo y también para muchos países altamente desarrollados. La Socialdemocracia europea apoyó fuertemente al gobierno de Allende. Más aún, en términos concretos, el apoyo financiero a través de créditos provenientes de las democracias occidentales europeas fue varias veces superior al flujo que provino de los países socialistas.

A esto hay que agregar algunas líneas de acción que insertaban al país plenamente en las realidades propias de su condición subdesarrollada. Allende mantuvo a Chile dentro del Pacto Andino con decisión firme. Tendió también a situarlo en la posición de los No-Alineados, procurando ser una expresión tercermundista que planteaba a los países altamente industrializados de la tierra, capitalistas o socialistas, los problemas específicos que lo aquejaban como tal. Chile, a pesar de vivir bajo Allende una experiencia polémica como pocas, no conoció el aislamiento internacional.

La especificidad de su experimento político-social le daba, por último, una dimensión internacional casi única. Chile no se pareció nunca a Cuba, por ejemplo. O a Yugoslavia. Y menos todavía a Checoslovaquia, Bulgaria o a la Unión Soviética. Pienso que esto le dio una capacidad de maniobra bastante grande, mayor en cualquier caso a la que habría tenido si hubiese carecido de perfiles.

*José Joaquín Brunner **

Pregunta 1

Muchas veces escuchamos decir que la política no la hacen los grandes hombres. Lo que es, por lo demás, evidente. Pero, ¿no es acaso igualmente cierto que la política crea entre los hombres algunas dimensiones por lo menos de la grandeza? Sólo unos pocos lograrán, en los momentos decisivos de la historia de un país o de una época, interpretar el sentido de su tiempo y podrán, además, encarnarlo en la acción colectiva. Quién pueda desentrañar los signos de su tiempo y leer por eso con inteligencia la historia aspirará a ejercer su influencia en el movimiento de las ideas, como un profeta o un intelectual. El dirigente político necesita mucho más: debe impulsar sus ideas en medio de muchos; debe organizarlas colectivamente; debe convertirlas en pasión y en sentido común y en disposición para la acción.

En un momento de tan profunda confrontación como el que vivimos en nuestra patria, separados como nos encontramos por la lucha, con la historia reciente que nos pesa demasiado con su secuela terrible, resulta difícil hacer un juicio justo y persuasivo de la figura del Presidente Allende. Y es, sin embargo, tan decisivo hacer ese juicio. Situar a Allende otra vez entre nosotros ya no es meramente un ejercicio nostálgico. Es un trabajo con nuestra propia historia; personal y colectiva; es un modo, por lo mismo, de recuperar la memoria nacional; es dimensionar, sobre todo, el futuro a que aspiramos y que vamos a construir.

Y, claro está, Salvador Allende fue —en la dimensión de nuestra historia na-

* Director de FLACSO, Santiago de Chile.

cional moderna— un gran hombre; nuestro más importante dirigente político. Pero, ¿cómo sostener esa afirmación, aparentemente militante y nada más, contra el fondo de la derrota y sus consecuencias inexorables? Pues el juicio que nos debemos exigir no puede eludir los hechos de la historia. No si desea recuperar para el país el sentido de su futuro y clarificar las razones de su pasado. Que es entre esos dos momentos que nos movemos hacia la emancipación nacional y la reconstrucción democrática de la sociedad.

En estas condiciones resulta inapropiado, por empobrecedor, hablar de un *estilo* y de su significado. El Presidente Allende, en efecto, recogió de la sociedad chilena en pleno proceso de modernización el sentido más importante de su desarrollo, cual era la alternativa de su *profundización democrática*. Puso, pues, el socialismo, en su especificidad nacional, como una maduración y extensión de la democracia. Entendió así defender la *continuidad* de un proceso de varias décadas de luchas sociales y la posibilidad de introducir una *ruptura* para la profundización de la democracia, que justamente requería una nueva organización de la economía; nuevas bases sociales de participación y movilización y nuevas condiciones de conciencia y aprendizaje colectivos. Pienso que tal fue su pasión y que por esos ideales luchó hasta la muerte, cuando llegó la hora de poner —política y personalmente— la vida frente a la muerte.

Pregunta 2

La derrota del 73 expresó en su momento más dramático las limitaciones de la izquierda chilena y del conjunto de sus partidos y dirigentes. De algún modo, el proyecto histórico de esa izquierda, su voluntad de construir una sociedad que por la profundidad de su democracia accedía a las formas socialistas de organización del trabajo, desbordó políticamente a las fuerzas que lo sostenían y a los hombres que lo dirigían.

Pero esa perspectiva de construcción histórica, ese modo de concebir el socialismo como plenitud de la democracia, esa forma de organizar unas ideas de emancipación social a través de partidos diversos y de la activa movilización popular, todo eso permanece como el legado más importante del Presidente Allende para nuestra historia y nuestra cultura política.

Es evidente que esas ideas no tuvieron, ni tienen probablemente todavía, el desarrollo teórico que requieren. Una vieja tradición dogmática y de raíz sectaria en la izquierda chilena, una relación mimética y floja con las ideas y con el trabajo intelectual, han resultado en esa insuficiencia teórica. En este sentido es que puede decirse, rigurosamente, que el diseño de la Unidad Popular, su concepción incluso de la revolución chilena, fueron siempre por delante de nuestra capacidad de reflexión y de nuestra conciencia política. Mientras ésta y aquella permanecían fijadas en los debates etéreos y en las consignas fáciles, la experiencia del Gobierno Popular, de sus partidos, pero sobre todo de los hombres y mujeres que se identifica-

ban con ese proyecto socialista y democrático, reclamaban una originalidad y una sensibilidad que sólo unos pocos tuvieron. Pienso que el Presidente Allende miró en ese sentido más lejos y más profundo que las dirigencias políticas que los acompañaron. Mil hechos cotidianos de la historia, que conocemos demasiado bien aunque no siempre existan las condiciones para debatirlos tranquilamente, hicieron imposible que fuera finalmente la percepción, el pensamiento y el lenguaje del Presidente Allende los que decidieran los cursos de acción y la historia.

A esta altura, cuando se han abierto otra vez perspectivas reales de poner fin a la experiencia autoritaria de estos últimos diez años, adquiere el mayor sentido político y cultural recuperar esas inspiraciones básicas del Presidente Allende y su concepción de un socialismo basado en la unidad de las mayorías, en el pluralismo político y en la profundización de la democracia. En el hecho, en ese legado teórico y práctico reside la fuerza más significativa de la izquierda chilena, independientemente, por ahora, de las formas de organización que ella adopte. Más aún, me parece que la recomposición del campo socialista chileno en torno a una poderosa corriente histórica de renovación que pueda recoger los variados aportes surgidos de las luchas de estas últimas décadas, funda su trabazón con el pasado y se proyecta hacia adelante recogiendo y enriqueciendo el legado del Presidente Allende.

Pregunta 3

El pensamiento y la acción del Presidente Allende, pero sobre todo su modo de construir una *alternativa socialista* en Chile a lo largo de varias décadas de intensa lucha política, social y cultural, tuvieron ciertamente significación más allá de las fronteras nacionales. Surgida en un momento de profundas conmociones de América Latina y el mundo, y en medio de un período de intensas transformaciones en el plano ideal y cultural, la alternativa chilena del socialismo democrático representó en el mundo un signo de renovación y esperanza. Frente a los caminos populistas que conducían sencillamente a puntos muertos de la historia si no a reacciones autoritarias, y frente a la doble ilusión de un social-democratismo sin capacidad transformadora en nuestros países o un socialismo real sin perspectivas de democracia política, la alternativa del camino chileno hacia el socialismo abrió un nuevo horizonte y movilizó la conciencia de muchos alrededor del mundo. La derrota del 73 representó por lo mismo un hecho internacional. La solidaridad con el pueblo de Chile, y su voluntad sostenida a lo largo de todos estos años por miles y miles en tantos países, expresan justamente la reacción frente a esa derrota, que busca arrastrar tras de sí las esperanzas en el socialismo libertario y en la viabilidad de la democracia como la organización de un pueblo para construir su historia.

Creo que es importante no equivocarse en esto. La experiencia autoritaria que hemos vivido no sólo se enfila contra las posibilidades y los motivos del so-

cialismo, sino que a la vez se vuelve contra la democracia y busca destruir en la sociedad sus bases intelectuales, morales y sociales. Por eso precisamente se trata de una experiencia tan radicalmente regresiva y por eso, otra vez, pone en tensión la conciencia civilizada y la solidaridad de tantos hombres y mujeres, movimientos y organizaciones, iglesias, partidos, intelectuales y artistas alrededor del mundo.

Señales firmes, en fin, que la experiencia del Gobierno del Presidente Allende encontraba en muchos lugares significación, puesto que se abrió sobre el fondo de una crisis del pensamiento de izquierdas, a la vez que reforzaba las tendencias democráticas en el mundo, estableciéndose en medio de él con autonomía de los bloques de poder y de su incesante lucha por extender su hegemonía ideológica.

Claro, no se trata de pasar por alto, tampoco en este caso, las tensiones y las limitaciones que tuvo este proyecto renovador: no pudo dejar de ser, por las condiciones de la época y por la composición política de su diseño, tributario de una variedad de influencias que a ratos desdibujaron su perfil. Sobre todo, la vinculación de ese proyecto con las bases culturales de América Latina; su sentido en el desarrollo de una nueva tendencia mundial de encuentro entre las masas y la democracia; y la independencia de su propuesta socialista incluso frente a la experiencia cubana, nada de lo cual restaba a una activa solidaridad con esa revolución y a la construcción de unas relaciones independientes de beneficio nacional con los bloques, digo que esos elementos, por lo menos, experimentaron con el tiempo un relativo desdibujamiento y con ello se debilitaron.

Pregunta 4

La vida y la muerte de Salvador Allende fueron testimonio de ese proyecto que ha significado el momento más radical de capacidad creativa en la historia moderna de Chile. Camino de una proporción significativa del pueblo chileno, su recorrido consistente pudo significar la construcción de una alternativa que habría cambiado la vida de los chilenos y asegurado un futuro estable para la democracia, profundizando sus posibilidades como todavía no se ha hecho en el mundo. Esa tarea, en nuevas condiciones, pero con la enorme experiencia de nuestra historia —y también de nuestra derrota— nos pertenece.

Creo entender de la vida del Presidente Allende, y de su largo recorrido como dirigente y como hombre público, que esa tarea sólo es posible concitando la voluntad poderosa de una mayoría. Reunificando al pueblo con la democracia, única alternativa posible, en Chile, para avanzar hacia una experiencia radical de libertad y de igualdad. Levantando hoy una alternativa socialista, renovada en sus bases teóricas y organizacionales, que aspire a la identidad de la nación en torno a un nuevo eje de integración popular. Avanzando en la transformación de la cultura nacional para hacer posible una nueva combinación de sus factores concurrentes, que dé paso a una hegemonía democrática y socialista.

Creo haber entendido de la vida de Salvador Allende que la construcción de una alternativa tal tiene eficacia solamente en la medida que ella es asumida como

una tarea de organización social; de educación política; de aprendizaje colectivo ejercido no autoritariamente por medio de los partidos sino, junto con éstos, por un amplio movimiento popular dispuesto a construir su unidad en la diversidad.

Creo, por último, que la muerte del Presidente Allende nos enseña a todos que las propias convicciones y los ideales propios tienen la dimensión de la vida, y merecen por lo mismo llevarse con generosidad y tolerancia.

*Jorge Tapia **

Pregunta 1

A fin de darle un tono más «documental» a mi respuesta, comienzo con una anécdota. Antes de asumir el Ministerio de Justicia y ya al fin de una larga conversación con Salvador Allende, me pareció oportuno advertirle que, tanto por mi manera de vivir —que muchos calificarían de «aburguesada»— cuanto por mis puntos de vista respecto a la naturaleza y conducción del proceso, era previsible que recibiera fuertes críticas del seno de la misma izquierda. En tal evento, agregué, quiero que sepa que mantendré mi estilo de vida y mis opiniones y que ello puede provocar fricciones. La respuesta de Allende fue un retrato de su personalidad: «No se preocupe Ministro. Eso sólo significa que seremos dos los criticados por las mismas razones». Para Allende, amante de la vida y sus cosas hermosas, dotado de una gran capacidad de emoción estética y de sentido del humor, hombre seguro de sí mismo que jamás percibió el socialismo y la revolución como escape freudiano para amargados o frustrados, el «vivir bien» nunca mediatizó sus aspiraciones sociales, sino que, por el contrario, actuó como una fuente de impulsos creativos. Allende llega al socialismo no por necesidad y evidencia material, sino por necesidad intelectual e impulso idealista de encontrar una racionalización científica del proceso social que tuviere, a la vez, capacidad transformadora del mismo para hacerlo más justo. De prosapia burguesa e idealista, se convierte no obstante en el más importante luchador social y líder popular de Chile, en términos tales que, sin caer en mistificaciones, podemos afirmar que la estatura histórica internacional de su figura reduce al ridículo los enconados ataques que otrora le hicieron la reacción y el ultrismo. Sus condiciones como conductor de masas se ligan de manera importante a lo que hemos denominado aquí «su estilo político». En este sentido, «Allendismo» significa la voluntad de usar, en la consecución de un proyecto socialista democrático, medios que por su naturaleza son conducentes a los fines perseguidos.

Algún día dijo Allende, retórica y sentimentalmente, que todo cuanto él era se lo debía a su Partido. Sin perjuicio que su Partido y la izquierda reconocerían,

* Investigador del Instituto para el Nuevo Chile.

con justicia, que la situación es más bien la inversa, nos parece que existen además otras razones y causas de sus actitudes y conductas políticas.

La primera es su entronque con los hombres de la «Generación del 20», y con su trasfondo anarco-marxista-positivista. Como Eugenio González lo dijo: «Había entonces ideales, no consignas. Nadie abdicaba de su autonomía moral, de su independencia intelectual, de su derecho a juzgar libremente las ideas, los sucesos y los hombres.»

A partir de ese período, los actos importantes de su vida aparecen marcados por un equilibrado balance entre sus convicciones personales y las de aquellos de sus camaradas que hacen un análisis y aplicación generalmente menos realista y más reduccionista de la teoría revolucionaria. Creo que ello le permitió ser leal a sí mismo, a su Partido, y a la causa popular, y que allí se encuentra el origen de la consistencia entre sus opiniones y sus acciones políticas. Pero mientras el período juvenil lo define como revolucionario, dos experiencias posteriores influyen en el desarrollo de lo que serían su integral personalidad y estilo políticos: su afiliación a la Masonería y su participación en el Parlamento.

Dijo Allende: «En el debate público taladré mi personalidad, respetando al adversario, pero reclamando el derecho —que nunca se me negó— para exponer con claridad mis pensamientos y mis principios». El contexto y contenido de esta frase la refiere principalmente a sus 27 años en el Congreso Nacional. Consciente de las limitaciones, pero también de las posibilidades que para la lucha popular presentaba un Parlamento de típico corte liberal, desempeñó su cargo de parlamentario —como todos los que sirvió— con dedicación, seriedad y responsabilidad. Respetuoso de los formalismos y tradiciones del Parlamento, no se dejó atrapar, sin embargo, por complejos y prejuicios que limitaran su personalismo o sus acciones. La Masonería —la de entonces—, influyó sin duda en su disposición antidogmática, relativista, alejada de todo sectarismo fanático y mesianismo. La suma de estas influencias se trasunta en su capacidad para usar el diálogo y adaptarse a la concurrencia o pluralidad de opiniones como mecanismo de decisión democrática. En ambas instituciones encuentra motivos para convencerse que las instituciones no son buenas o malas en sí, sino en función del tipo y motivaciones de sus integrantes. Aquí se encuentra también, probablemente, el germen de sus debilidades como conductor: carencia de sentido ejecutivo, derivado de un casi exceso de «democratismo parlamentarista» —que naufragó frente a las discrepancias dentro de la UP—, y una suerte de «sentimentalismo» que le impidió pasar más allá de la crítica fraternal cuando debió adoptar contra-medidas políticas respecto de las actividades de algunos de sus camaradas, amigos o parientes.

Sin ser un teórico, estuvo siempre intelectualmente dotado para unir teoría y práctica. En este sentido, él se transforma en un «profesional» de la política, como resultado de su clara comprensión de la importancia de la función y del político. El respeta la política y se auto-respeta como político actuando con responsabilidad, método, información, y al margen de toda demagogia. Cuando sus discursos se tornan aburridos, lo es porque recurre a cifras, estadísticas, hechos con-

cretos, como fundamentos empíricos de sus afirmaciones. Había en él gran consideración por el científico y técnico, cuya colaboración buscaba. De allí su constante mensaje a los jóvenes y estudiantes, para que no se extraviaran en el verbalismo revolucionario y se dedicaran con celo a obtener una formación que pudiera efectivamente servir al pueblo. Pese a esta característica, su lenguaje de orador popular era sencillo, claro, directo y no exento de emoción estética. Por eso encantaba a las masas, que lo aceptaban como su educador porque no sólo percibían la hermosura de la frase, sino la información, orientación y guía que de ellas emanaban. En actitud de educador, no rehuyó la crítica de aquellos sectores de débil moralidad laboral o directiva, haciendo claro que un pueblo que reclama sus derechos debe estar dispuesto a cumplir sus obligaciones, y que por tanto no hay disculpa para el ausentismo laboral, para «aristocracias obreras», para el burocratismo sindical. Le gustaba usar la anónima frase juvenil francesa: «La revolución se hace primero en las personas y después en las cosas.»

Su vocación democrática no melló ni sus metas revolucionarias ni opacó su percepción de los peligros envueltos en la vía elegida. Nadie podría acusarlo de político ingenuo. Estuvo más alerta y más consciente que nadie frente a la forma y naturaleza fascista de la dictadura que podría reemplazar a su gobierno, si los intentos sediciosos de los sectores heridos por los cambios prevalecían. Muchas veces advirtió —para disuadir a los causantes de provocaciones irresponsables o decisiones antinaturales— que a él sólo lo sacarían de La Moneda acribillado a balazos, pero que él entregaría el cargo a quien ganara la próxima elección presidencial, quienquiera que fuera, si la izquierda era incapaz de mantenerse en el poder. Hubo en él una clara, profunda y dolorosa comprensión de que allí estaba en juego no sólo el socialismo, sino la democracia. Hay, así, un halo de tragedia griega en este hombre que con profunda sinceridad ofreció la vía democrática y no violenta para engrandecer la patria, y que murió defendiendo la democracia con la metralleta en las manos y el optimismo en los labios.

Pregunta 2

Tengo la convicción que, pese a que no fue un teórico del socialismo, Allende esclareció con su práctica política importantes aspectos y develó los más serios problemas del socialismo democrático, dándole al mismo más viabilidad a futuro. Hacer un rescate, siquiera esquemático, de su contribución tiene actualidad e importancia, porque la necesidad y la viabilidad de la vía democrática al socialismo continúa siendo una cuestión acuciante, tanto en las sociedades democráticas desarrolladas, cuanto en las naciones jóvenes que volverán a la democracia en los próximos años.

Fiel a su partido, procuró no entrar en conflicto con sus declaraciones de principios; pero inexorablemente aflora en sus escritos y discursos una concepción personal, nítidamente democrática y muy chilena, y que coloca a Allende en la línea de los grandes precursores y creadores del pensamiento socialista democrá-

tico nacional; como Aracos, Lastarria, Balmaceda, Valentín Letelier, Eugenio González y Aguirre Cerda. Aunque menciona —no muchas veces— con respeto a Lenin, no es su hábito invocar el marxismo-leninismo, ni aun después que el Partido Socialista se define como tal. Cuando menciona a Lenin en su conocido artículo sobre el socialismo chileno, lo es a propósito de su aporte a la comprensión de la naturaleza y rol del Estado liberal-burgués, del Estado socialista y de la dictadura del proletariado. Pero Allende, a quien no le gustaba tipo alguno de dictadura ni la ortodoxia marxista —expresó alguna vez que prefería romper la ortodoxia que dejar de avanzar hacia el socialismo— se apresura en su artículo a centrar su atención en la esencia del socialismo. Su respuesta categórica y reiterada se refiere a la naturaleza libertaria, humanitaria, igualitaria y democrática del mismo. En párrafos posteriores, junto con advertir los peligros de la aplicación mecanicista de las tácticas seguidas en otros lugares, tiempos y realidades, anticipa a grandes rasgos la médula de lo que sería luego el programa de la UP y su propia política de gobierno. Mis conversaciones con él y la lectura atenta de sus discursos y actuaciones en el período 1953-1973, son la base de mi opinión respecto a cuál fue su aporte teórico y práctico al socialismo, que me atrevo a sintetizar en los siguientes puntos:

1) Carácter patriótico del proyecto socialista, en el sentido que dicho proyecto, al revés de lo preconizado por algunos pseudoteóricos de izquierda, entronca directamente con la obra libertadora de nuestros grandes héroes: O'Higgins, Carrera, Manuel Rodríguez, Pinto, Balmaceda, etc. Como Allende lo expresa, «somos los herederos legítimos de los Padres de la Patria», llamados a realizar la segunda independencia: la independencia económica.

2) Carácter nacional del proyecto socialista, en cuanto es un proyecto de la clase trabajadora para toda la nación y su pueblo. El propósito es construir una patria más grande y generosa para todos los chilenos, sin exclusiones. En otras palabras, no es un proyecto de una clase social para ella misma exclusivamente.

3) Carácter democrático del proyecto socialista, lo que supone —dado un contexto previo de tipo democrático— la renuncia a la vía armada, y a la dictadura del proletariado, y su sustitución por la vigencia del pluralismo, el principio mayoritario y el Estado de Derecho. En Allende alumbra una concepción de la viabilidad democrática del socialismo no de mero fundamento táctico, sino estratégico. En la medida en que se dispone de una democracia sólidamente aceptada y adecuadamente comprendida, estamos en un sistema que ni es de por sí funcional al capitalismo —tal vez al contrario— ni es concepción graciosa de sus más iluminados sectores. En la medida que se trata de una «socialización del poder político», ha sido históricamente el resultado de largas y no siempre incruentas luchas de los trabajadores y sus organizaciones. Por ello, mientras la fe de la burguesía en la democracia adquiere un carácter coyuntural y contingente la de los trabajadores puede ser permanente, supuesto que mecanismos básicos de participación e información permiten que sean las mayorías las que efectivamente determinen qué es justo y conveniente.

A este respecto, es hoy clara la absurdidad de la tesis que preconizaba el uso «resquicial» o «intersticial» de la legalidad burguesa, en la medida que no reparaba que la legislación política y social de los últimos 50 años estaba marcada por orientaciones socializantes y avalada por la participación en gran parte de ella de los representantes de los trabajadores. Por esa misma razón, el uso de esa legislación para fines del proceso de transición no era un «abuso del derecho» sino una legítima aplicación extensiva del espíritu de la legislación chilena. Naturalmente, la otra condición para la utilización de la vía legal en forma ventajosa supone una política de maximización de las fuerzas de apoyo al gobierno que permita disponer, en el momento en que la moral de las fuerzas de oposición es más baja, de una correlación de fuerzas positiva.

4) Carácter gradual y transicional del proyecto socialista. Su convicción es que el socialismo no se impone por decreto, sino que se trata de un proceso social de transformación de las viejas estructuras hecho posible merced a una adecuada sincronización de los cambios económicos y político-institucionales. Mientras la gradualidad supone avanzar paso a paso —tanto por tratarse de un *proceso* cuanto porque la vía utilizada es la legal y sus procedimientos—, la característica transicional denota la voluntad de pasar del modo capitalista de producción a otro en que esté garantizado el control social del producto social y la racionalización de la economía, en términos de eficacia productiva, justicia distributiva y posibilidades de desarrollo. A este respecto, Allende critica constantemente el infantil esquematismo de izquierda y niega validez a las pretensiones de ciertos sectores apenas «alfabetizados» en marxismo, que pretenden dar al proceso una dirección táctica y estratégica distintas.

5) Carácter pluri-clasista del proyecto socialista y de las fuerzas en que se sustenta. Sin perjuicio de reconocer el papel directivo que la clase trabajadora debe jugar, la noción misma de ésta es ampliada para dar cabida en ella a otros sectores, en función de su modo de inserción en el aparato productivo. Quedan comprendidos allí no sólo los obreros y campesinos, sino los empleados, los intelectuales, profesionales, técnicos, estudiantes, pequeños propietarios y empresarios de la industria, el comercio o la agricultura. Allende señala muchas veces que hasta sectores de la mediana empresa en general, por la asimetría de sus relaciones con la gran empresa, pueden ser al menos aliados de las clases trabajadoras.

6) Utilización, y aun reforzamiento de la institucionalidad estatal mediante instancias de participación popular, para llevar adelante las transformaciones estructurales de inspiración socialista. Para Allende, bajo el Gobierno Popular el pueblo está en el Estado. Este, en lugar de ser destruido, debe ser por tanto perfeccionado, haciéndolo más eficiente, moderno, justo y revolucionario. En vez de debilitarlo mediante la creación de poderes paralelos de pretendido origen popular, debe ser democratizado, y sus instituciones adaptadas, teniendo presente que no es posible superar estructuras o instituciones preexistentes sin antes haber desarrollado mínimamente las de reemplazo.

La concepción de Allende sobre socialismo democrático parte del supuesto,

no negado en la práctica chilena, que es posible la conquista democrática del poder. Los dos problemas que quedan vigentes son los de la posibilidad real de llevar adelante el programa socialista y el de la conservación del poder. Mientras la respuesta a la primera de estas cuestiones depende en parte importante de la táctica seguida por las fuerzas populares —no es fácil convencer al enemigo que se rinda cuando es mayoría— su solución y la de la cuestión de cómo conservar el poder democrático, están ligadas a la respuesta que pueda darse a los cuatro grandes problemas que la práctica del gobierno de Allende permitió identificar con nitidez y que aquí simplemente enunciamos: democratización de las fuerzas armadas, democratización de los medios de comunicación, real independencia del Poder Judicial y neutralización de la intervención política y económica de potencias extranjeras y de las transnacionales.

Pregunta 3

Para nadie es un misterio que el gran interés despertado a nivel mundial por el modelo que Allende preconizó, es su característica de alternativa frente al modelo soviético de construcción del socialismo y a su suave variante latina, el modelo cubano. Los elementos del modelo socialista democrático que tienen directa incidencia en el plano de la política internacional son su énfasis en la vigencia irrestricta del deber de no intervención, del derecho de autodeterminación de los pueblos, y del derecho de las naciones a disponer de sus recursos naturales y a nacionalizar las empresas extranjeras que los explotan. Todos estos derechos fueron llegados en la práctica por el imperialismo, mientras el desarrollo del país y su transformación se vio dificultada por la condición estructural de dependencia. Para vencer estos obstáculos, aparte la comprensión, interés y solidaridad del mundo internacional de pensamiento libre, Allende necesitaba el apoyo de su propio pueblo. Por distintas razones, eso no se concretó. Allende prometió al pueblo cumplir un programa y prometió al país cumplir con la constitución. El cumplió, pero Chile no supo hacer su parte. Creo que la opinión mundial lo entendió así. Por eso el nombre de Allende está esparcido por el mundo en alamedas y avenidas, universidades, escuelas y libros, plazas y parques, monumentos y barcos. Por eso, y como lo cuenta un amigo, cuando en la sierra mexicana se le pregunta a algún caminante a qué pueblo va, a veces contesta: «Voy para Salvador Allende».

*CAROLINA ROSSETTI ENTREVISTA A
RAFAEL AGUSTIN GUMUCIO*

Salvador Allende era ante todo su amigo.

Durante más de 40 años compartieron, cada uno a su manera y con un estilo propio, una pasión vital: Chile y las luchas sociales de sus trabajadores.

Hay algo en ambas trayectorias políticas que impresiona y es esa obsesión por la verdad, la justicia y la democracia. Obsesión que llevó al Presidente Allende a dar su vida en aras de los principios socialistas y a Rafael Agustín Gumucio a renunciar, cuantas veces fue necesario, al Partido en que militaba si éste ya no representaba los ideales por los cuales luchaba.

Desde la época en que por falta de bencina —eran los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial— salían a pasear en bicicleta junto a sus esposas e hijos, hasta el día 5 de septiembre de 1970, en que Allende recién elegido a la primera magistratura, fue a visitar al alba a su amigo Don Rafa para pedirle que aceptara el cargo de Presidente de los partidos de la Unidad Popular, existió siempre entre ellos un lealtad y una complicidad que perdura más allá del dolor y la muerte. Esa lealtad se expresa hoy día en la vuelta de Rafael Agustín Gumucio a Chile, después de 10 años de exilio. Pocos días antes de que la junta militar lo autorizara a regresar al país, conversamos con él sobre Salvador Allende.

Pregunta: Usted fue amigo de Salvador Allende por más de 40 años. Durante la mayor parte de esos años ustedes militaron en partidos cuyos proyectos políticos eran diferentes. ¿Cómo pudo establecerse y perdurar esa amistad?

Rafael Agustín Gumucio (R. A. G.): Cuando conocí a Salvador Allende, en los años 30, ya empezaba la evolución ideológica que me alejaba cada día más del conservantismo y de la derecha y encontré en Allende un hombre abierto que me daba una visión de la izquierda que no conocía. Cierto es que militábamos en partidos políticos diferentes, nuestros ambientes sociales de origen lo eran también, las profesiones que ejercíamos no eran en absoluto afines y, sin embargo, congeniamos siempre, de tal manera que nuestra amistad se extendió al plano familiar, a nuestras esposas e hijos. Debo reconocer que en esa época la militancia ideoló-

gica era determinante en la elección de los amigos pero, no es menos cierto que en Chile hasta el aciago 11 de setiembre de 1973 y en cierta categoría de personas existía una fraternidad que permitía el diálogo aun cuando se pensara distinto. En el caso concreto de Allende y el mío, creo que lo que más odiábamos ambos eran los fanatismos.

Pregunta: Sin embargo, no estuvieron siempre de acuerdo. ¿Recuerda usted algún enfrentamiento con Allende?

R. A. G.: No, no recuerdo. Nuestra amistad era muy profunda y no tuvimos nunca un choque desagradable. En un primer tiempo, siendo yo Senador demócrata-cristiano, defendía como era lógico el gobierno de Frei y estaba por lo tanto en contraposición con lo que sostenía la oposición socialista. Pero precisamente uno de los motivos por los cuales decidí renunciar a la Democracia Cristiana fue cuando empecé a comprobar que estaba siempre de acuerdo con la izquierda y no con mi partido.

Pregunta: Su intención de renunciar a la Democracia Cristiana, la comentó alguna vez con su amigo Allende?

R. A. G.: No la comenté con Allende ni con nadie porque sostengo que cuando uno adhiere o renuncia a un partido es un acto muy personal. Conversábamos mucho, evidentemente. Teníamos una vida social muy familiar. En el Senado nuestra camaradería era mucho más íntima que con otros senadores de nuestros respectivos partidos, pero Allende era un hombre muy delicado y no hizo nunca un comentario sobre mi decisión. Creo que no era un «instrumentalista», en el sentido de que no se relacionaba con las personas para sacarles provecho, en este caso político.

Pregunta: La designación de Salvador Allende como candidato a la Presidencia de la república no fue un acuerdo fácil de alcanzar dentro de la joven Unidad Popular. ¿Qué recuerdos tiene de ese período? ¿Pensó alguna vez que votaría por Allende para tan alto cargo?

R. A. G.: No lo había pensado pero lo hice convencido de que era lo mejor para Chile. En efecto, el camino para alcanzar la unidad no fue fácil. Existió en cada partido toda una etapa anterior a la «mesa redonda» para designar candidato, en la que se discutió el carácter de la alianza. Fueron discusiones muy duras en que se ponía en el tapete el integrismo de los «revolucionarios» y el realismo de los que sostenían que lo posible era hacer un gobierno que fuera una «vía hacia el socialismo». Triunfó la tesis de alianza de clase y de la «vía al socialismo». Allende no había logrado superar su problema interno dentro del Partido Socialista. Candidato posible era, casi más que él, Aniceto Rodríguez. Recuerdo que en una de las tantas vueltas de esa «mesa», el MAPU propuso el nombre de Jacques Chonchol y entonces sucedió la cosa más curiosa y fue que el Partido Comunista propuso a su vez mi nombre. Al día siguiente, Allende un tanto asombrado me

hizo señas en el Senado para que saliéramos a conversar y me preguntó qué significaba esa proposición, señalándome que él tenía la firme intención de ser candidato. Yo le dije: «no te preocupes, si yo no tengo la culpa, yo no quiero ser candidato. Los comunistas han dado mi nombre sin consultarme».

Pregunta: ¿A usted le hubiese gustado ser Presidente de la República?

R. A. G.: No, yo soy apocado. Tengo otros problemas... de personalidad. Lo único que me ha entusiasmado en mi vida es ser parlamentario. Me encantaba. Llegaba tempranísimo a todas las sesiones, me iba casi de noche. ¡Si lo único que me faltaba era tener el colchón y la cama en el Senado!

Pregunta: ¿Quién era «su» candidato?

R. A. G.: Mi candidato fue siempre Salvador Allende. Era lo más lógico. Allende tenía un liderato indiscutido de lucha por el pueblo. Más que un ideólogo de alto vuelo era un luchador social que a través de actitudes concretas daba un mayor testimonio socialista que muchos teóricos. Siempre me mereció respeto porque cada una de sus luchas eran consecuentes con algunos ejes centrales de ideas. Como socialista que buscaba la liberación del proletariado mantenía una actitud clara de ruptura con el orden establecido y ubicaba perfectamente cuál era el enemigo principal. Pero lo novedoso era que a su vez sabía ganar batallas estratégicas y tácticas. Además Allende ya tenía antecedentes de haber sido candidato otras veces...

Pregunta: ¿Y esos antecedentes, no le parecían más bien un punto en su contra?

R. A. G.: No, porque consideraba que era prueba de una tenacidad laudable que había que apoyar.

Pregunta: ¿Tenacidad o ambición por el poder?

R. A. G.: Yo no definiría a Salvador Allende como un ambicioso por el poder, o sea como aquel que está dispuesto a pagar precios indignos para alcanzar sus fines. En el buen sentido de la palabra sí lo era. Hay ambiciones legítimas y otras que no lo son.

Pregunta: Una de las críticas y autocríticas más repetidas durante los años posteriores al golpe ha sido la heterogeneidad de la Unidad Popular y como una de sus consecuencias, una cierta ineficacia en las acciones del Gobierno. ¿Cree usted que Allende deseó en algún momento la creación de un partido único de gobierno, que pudiese controlar más fácilmente?

R. A. G.: Jamás. Yo creo que Allende era un pluralista de carne y hueso. Su adhesión a la democracia y su fe en que ese sistema es compatible con el socialismo, lo llevó a mantener una línea de inalterable repudio a las tentaciones dictatoriales u autoritarias que a veces surgían en su alrededor. Allende creía en la

posibilidad de conseguir un consenso, incluso de fuerzas y personas que no pensasen igual, pero que podían ponerse de acuerdo sobre problemas básicos.

Pregunta: ¿Hay algo de utópico en esa actitud?

R. A. G.: Utópico quizás no, pero sí criticable desde otro punto de vista y es que Allende tenía una idea exagerada de un gobierno no personalista, de tal manera que insistía en que todas las grandes resoluciones se tomaran colectivamente por los partidos y finalmente él hacía lo que habían acordado los partidos. Era un poco absurdo en un régimen presidencial donde el Presidente de la República, creo, está obligado en cierta medida, a cortar las cosas en un momento dado. Pero por otro lado es una actitud laudable, porque en realidad el personalismo sí que es una ambición ilegítima. Además no hay que olvidar que el acuerdo de la «mesa redonda» de la Unidad Popular fue que el Gobierno no sería personalista. Allende lo llevó al extremo.

Pregunta: ¿Al extremo de verse obligado a aplicar una política que no era la suya?

R. A. G.: No a ese punto, pero debo reconocer que en ese sentido la última reunión de la Unidad Popular, el jueves 6 de setiembre de 1973, fue una sesión muy dramática. Ya estaba en el aire el peligro de un golpe, Allende se veía un Presidente inquieto. Las últimas gestiones de entendimiento con la Democracia Cristiana, siendo Patricio Alwyn su presidente, habían fracasado una vez más. Entonces Allende llamó a los partidos y les dijo que a él no le quedaba otro camino que pedirles un poder general amplio para iniciar un último intento de entendimiento. Por primera vez en la historia de la Unidad Popular pidió que se votara y perdió la votación. Tuvo el apoyo de los comunistas, de los radicales y del API. Votaron en contra el Partido Socialista, la Izquierda Cristiana y el MAPU.

Pregunta: ¿Cómo reaccionó Allende? Y usted, ¿cuál fue su posición?

R. A. G.: Allende tenía una tranquilidad enorme. Si le iba mal, le iba mal, pero no quedaba enojado con nadie. Por mi parte salí de esa reunión muy desagradado y triste. Mi posición íntima era en favor de lo que pedía el Presidente, pero no podía en ese momento, contradecir la decisión de mi partido. Después ya no hubo tiempo. Entre medio, durante el fin de semana anterior al golpe, Allende llamó a los partidos Comunista y Socialista y les consultó la posibilidad de anunciar el plebiscito sobre la Reforma Constitucional, que significaba en definitiva, que si lo perdía, tenía que renunciar.

Pregunta: ¿Por qué cree usted que el Partido Socialista no lo apoyó en una coyuntura tan dramática? ¿Y cómo Allende no fue capaz de conseguir ese apoyo?

R. A. G.: La respuesta es difícil de dar desde fuera de ese partido. Creo que Allende fue un líder controvertido dentro de su partido, al que aportaba un sentido más realista que utópico del socialismo. Su constante era una línea democrá-

tica, no porque creyera que la democracia liberal y burguesa fuese perfecta, sino porque su visión de futuro preveía que el movimiento popular podía llegar al poder para modificar la democracia tradicional que se vivía en Chile. No hay que olvidar que esa constante democrática lo llevó a encabezar la división del Partido Socialista en 1952, cuando se creó el Partido Socialista de Chile diferenciándose del otro, el Partido Socialista Popular. A pesar de que Allende conocía perfectamente la geografía interna de su partido, empleó una mala táctica con él. Cada vez que necesitaba algo de su partido tenía que estar hablando con tal, para que influyera sobre este otro en el comité central, en tal sentido, etc. Era una pérdida de tiempo enorme. Creo que el Partido Socialista tiene muchos méritos entre los cuales destaco el de ser esencialmente chileno, pero tiene también todos los vicios y virtudes de un partido popular chileno. Desde luego, no tenía una definición ideológica clara aunque se declarara nacional y marxista. Además no tenía la cohesión necesaria. Cohesión que es cierto llevada al extremo puede a veces desembocar en el sectarismo como ocurre con otros partidos.

Pregunta: ¿No cree usted que era necesario, en un Gobierno con las características del de la Unidad Popular, que existiese un partido como el PS que fuese un poco la conciencia crítica del proceso revolucionario?

R. A. G.: El gran problema para los gobiernos en general dentro de la democracia y del pluralismo son las relaciones poder/partido/Presidente. Los partidos de gobierno en teoría deberían ser leales en las buenas y en las malas con los Presidentes que están en el poder. Yo no tengo autoridad moral para decirlo ya que con Frei no apliqué esa teoría porque estaba en desacuerdo con la forma personalista que tenía el gobierno y la subestimación que él le daba al partido. Pero considero que es un lujo ser oposición y gobierno a la vez. Ese fenómeno se está dando actualmente en el Partido Socialista francés.

Pregunta: ¿Allende creía que llegaría finalmente a un acuerdo con el Partido Demócrata-cristiano?

R. A. G.: El lo quería de todas maneras y creo que tenía razón. Todos sus esfuerzos de entendimiento con la DC fueron reales y efectivos y no es cierto que fueron entorpecidos por Allende o la Unidad Popular. Se daba cuenta de que para consolidar su Gobierno, necesitaba un consenso mayor que el de la sola izquierda. Yo participé en dos de las conversaciones con la Democracia Cristiana y soy testigo de los esfuerzos hechos en el sentido de llegar a un entendimiento. En las conversaciones que se efectuaron en torno al problema de la Universidad se les cedió en todo lo que pedían. Tanto se les cedió que Leighton que representaba a su partido, y que es un hombre recto y honesto, se desesperaba porque le habíamos dicho, sí, sí, sí a todo y a él lo llamaban por teléfono para decirle que pusiera otra exigencia en la tabla de discusión, que pidiera más y más. En la segunda conversación que fue sobre la Reforma Constitucional de Renán Fuentealba, también habíamos llegado a un acuerdo, hasta se redactó un acta, pero media hora antes

de iniciar la sesión en el Senado y en la cual había que parar la votación sobre dicha reforma, la Democracia Cristiana renunció al acuerdo. Fue el peor conflicto de la Unidad Popular.

Pregunta: ¿Cuál era la reacción de Salvador Allende frente a esos impases?

R. A. G.: Le molestaba, pero era un hombre de cuero duro. No se desanimaba y volvía a insistir y volvía a iniciar otras conversaciones.

Pregunta: Durante la Unidad Popular, ¿intentó Allende conversar con Eduardo Frei?

R. A. G.: Sí, pero Frei le sacó el cuerpo. En realidad fue muy lamentable porque fue unilateral. Eran íntimos amigos. A mi juicio no tenían nada que ver las personalidades de uno y otro. Y cosa curiosa, muchas veces cuando discutíamos Salvador y yo sobre la personalidad de Frei, era Allende quien más lo defendía; creo que lo quería. Allende tenía una gran virtud; no era pelador, cosa rara en los políticos.

Pregunta: Se dice que Frei no tenía mucho sentido del humor y que Allende en cambio sí. ¿Recuerda alguna anécdota divertida de su amigo?

R. A. G.: En otra entrevista relaté una anécdota muy simpática. En el año 1964, en vísperas de ser proclamado Frei como candidato a la Presidencia en un gran acto en el Teatro Caupolicán, donde se iba a colocar un retrato gigante de Frei, Salvador lo llamó haciéndose pasar por el administrador del teatro y en un tono muy serio le dijo: «Senador, fíjese que estoy aquí con un problema, ¿cómo le ponemos su retrato, de perfil o de frente?» Otra vez, recién elegido Allende Presidente, fue a visitar a Frei que todavía no hacía entrega del mando. Frei lo recibió muy estirado y nervioso y mientras le hablaba se paseaba de un lado a otro de la sala, cuando de repente Salvador se levanta de su silla e intempestivamente se sienta en el sillón «presidencial» de Frei y le dice de sopetón: «¿Y cómo me veo?» Tenía un humor increíble... Le gustaba también disfrazarse. ¡Cuántas veces no entró por las ventanas de mi casa disfrazado de las cosas más divertidas!

Pregunta: A la derecha le gustaba criticar ese lado simpático de Allende, en especial su manera de vestir y de vivir en general. También gustaban inventarle una fortuna de millonario...

R. A. G.: Allende nunca dejó de vestirse como quería. Creo que hasta le gustaba que le dijeran «pije», porque en el fondo se abanicaba de esas cosas. Así y todo el pueblo lo quería porque era respetuoso de la gente y no era demagogo, bueno para pasar la mano por el lomo, tratando de ser otra cosa de lo que era. No existen estilos de vida independientes de la clase social a la cual uno pertenece. Sin embargo, el caso de Allende es una excepción, porque siendo burgués de origen y habiendo roto con la sociedad que lo rodeaba a través de su lucha social, no por ello dejó de vivir como a él le gustaba. Pero allí a decir que era mi-

llonario... Acuérdesse usted de las historias que contaban sobre su «yate», que no era otra cosa que una simple lancha a motor que yo conocí en Algarrobo.

Pregunta: También se ha dicho de Salvador Allende que era un «Don Juan»...

R. A. G.: La verdad es que en buena hora sentía admiración sin límites por el sexo opuesto. Su actitud al respecto era bella, romántica, hasta un poco infantil. Lo importante era que no la ocultaba porque la consideraba legítima y desde luego muy preferible al comportamiento de los tartufos que rezaban el rosario en familia, pero que antes habían dado un paseíto por el Hotel Valdivia. A Don Antonio Hunneus, político liberal de los años 20, le decían «ají confitado» porque era un tirano en su casa y exquisitamente amable en público. En el caso de Allende, su vida privada calzaba ciento por ciento con su vida pública. Más que todas las historias que sus detractores cuentan sobre la vida privada de Allende importa destacar el amor que profesaba por su familia. Tenía un gran espíritu de familia, adoraba a su madre (que era super católica), a sus hermanas, a su esposa y a sus tres hijas, siendo la regalona su hija Tati que fue siempre su leal colaboradora y que cumplía un poco el papel del hijo que no tuvo. En definitiva, el mejor testimonio de los estrechos vínculos que lo unían a su familia lo sigue dando Tencha a través de su admirable labor en defensa de los derechos del hombre, invocando siempre el nombre de Salvador Allende.

Pregunta: Salvador Allende tenía fama de ser un político hábil y perspicaz. ¿Cómo pudo entonces haber sido traicionado de manera tan vil por los generales golpistas sin tener ni siquiera el tiempo de preparar su retaguardia? ¿No contaba acaso el gobierno socialista con servicios propios de información?

R. A. G.: Yo creo que no contaba con servicios propios de información, pero sí sospechaba que había un grupo de generales conspirando. Tanto es así que un día, poco tiempo antes del golpe me dijo que acababa de estar hablando con Pinochet y que éste le había dicho que «para qué se pone usted en el papel antipático de pedir el retiro a toda esa lista de generales sospechosos», que él mismo, Pinochet, lo podía hacer como Comandante en Jefe del Ejército sin que apareciera Allende... y Allende le creyó. Estaba convencido de que era hombre de confianza de Prats y el hombre más seguro. Allende era un hombre bien intencionado. Nadie puede entonces calcular que haya gente que mienta en esa forma cuando ya se está conspirando.

Pregunta: ¿En política se es bien intencionado?

R. A. G.: Hay políticos bien intencionados, la gran mayoría diría...

Pregunta: En todo caso usted. ¿Y qué pensaba Allende del General Prats?

R. A. G.: Estaba muy contento con Prats, que a mi juicio era un gran hombre aun cuando equivocado porque empujó a Allende a ceder en esa famosa ley de control de armas (que tenía por lo demás convencido a José Toha). Yo estuve pro-

fundamente en desacuerdo y se lo dije a Salvador. No es que me largué a profeta a posteriori... pero creí que serviría de pretexto para que los militares reprimieran a los trabajadores como ocurrió. Pero Prats estaba preocupado por el descontento que había en las FF. AA. Había captado el peligro y esa inquietud se la transmitía al Presidente. Después del golpe se comprobó que la conspiración se había desarrollado largo tiempo antes y con el apoyo de los EE.UU.

Pregunta: ¿Allende no sospechaba el peligro que implicaba esa ley?

R. A. G.: No. Creía que era posible que los militares estuvieran lealmente con el gobierno, pero la verdad es que tanto Allende como la izquierda ignoraban lo que pasaba en ese mundo aparte de los militares.

Pregunta: Al aceptar esa ley, ¿no temía ser calificado de «reformista»?

R. A. G.: Sí, creo que sí. Tal vez por eso en muchas otras ocasiones, para defender su imagen de revolucionario no se opuso firmemente a ciertas acciones, a mi juicio equivocadas, como pequeñas barbaridades del orden de expropiar predios agrícolas de 8 hectáreas. Creo que Allende vivió bajo el temor de que disfrazaran su personalidad de revolucionario, lo que provocaba cierta ambigüedad en la línea de su gobierno.

Pregunta: ¿Cuál cree usted que sería la posición política de Allende en la actual coyuntura de movilización popular en contra de la dictadura?

R. A. G.: Estaría en la primera línea de lucha y con la gran ventaja, creo yo, de poder unir a la izquierda. Hoy habría tenido la capacidad de ver más claro las etapas en la lucha por la libertad. Habría sido un hombre fundamental. Hay gente que cree que Allende en su último discurso del 11 de setiembre, cuando dice «superarán otros hombres de Chile este momento gris y amargo», estaría diciendo que renegaba de los partidos. Yo no lo creo así. Allende era un hombre de partido, un militante y jamás habría sido partidario de un apartidismo o de un apoliticismo que hoy intentan administrar los militares. Creo que Allende, como yo su contemporáneo, estaría preocupado de cumplir la tarea de informar a la juventud sobre lo que fue el verdadero pasado de Chile.

Pregunta: ¿Qué sintió cuando supo que Salvador Allende había muerto?

R. A. G.: Me sentí enfermo; sobre todo por la manera en que este hombre se da en holocausto por el pueblo. Ahora se viene a saber de manera clara que, fuera de defenderse valientemente, fue asesinado. En el libro *El Laberinto*, el fiscal Popper del proceso de Letelier, da hasta el nombre del oficial que ametralló a Salvador Allende.

Pregunta: Si pudiese volver a ver a su amigo Allende por sólo unos minutos, ¿qué le diría?

R. A. G.: Le diría, tenías razón Salvador. Pero le diría también los errores

que se cometieron. Primero, no tuvistes el carácter suficiente para imponerte a los partidos que te apoyaban. Tu tenías no sólo la obligación moral y la responsabilidad de haber dado tu opinión sino de haber luchado por ella, en último término, contra todo el mundo. Después le diría que las cosas han cambiado tanto desde que tú moriste, sobre todo en la evolución ideológica de la gente que te apoyaba, que seguramente si tú fueras Presidente hoy día, habrías triunfado fácilmente con tus tesis de entendimiento, de amplitud, de pluralismo y de democracia. Porque en ese tiempo la izquierda estaba demasiado verde, ahora está madura. Y además habrías tenido un apoyo internacional distinto del que tuvistes, ya que en varios países del mundo donde están en el poder socialistas, humanistas y demócratas, a ninguno de ellos lo acusan de entreguista ni reformista. Ahora, tú habrías triunfado de veras, definitivamente.

Pregunta: Si su nieto Marcos, que nació sólo algunos meses antes del golpe de setiembre de 1973, le preguntara quién fue Salvador Allende y tuviera que responderle con pocas palabras, ¿cuáles serían?

R. A. G.: Consecuente, tenaz, generoso, humano y leal. De una lealtad a toda prueba. Increíble.

Pregunta: ¿Falta Salvador Allende?

R. A. G.: Hace mucha falta creo yo, mucha falta a la izquierda.

**Tercera Escuela Internacional
de Verano**

ESIN-3

IGLESIA Y DEMOCRACIA

*Clase inaugural dictada por Jorge Hourton
P. Obispo Auxiliar Vicario del Arzobispado de Santiago*

Introducción

Al conmemorarse el décimo aniversario del extravío de la democracia en Chile, una y otra vez volvemos a repasar nuestra pena y reflexionar sobre nuestra crisis.

Hacerlo aquí en el extranjero, con Ustedes, hermanos chilenos del exilio, que estáis entre las víctimas más visibles de este drama, con el propósito de soñar porfiadamente con un nuevo Chile, ha sido el objeto de la invitación que ustedes han tenido la amabilidad de cursarme. La profundidad de los problemas que a Ustedes preocupa hubiera sido mejor atendido por un experto analista o un acucioso político. Estoy confundido y honrado con este llamado que ustedes hacen a un pastor de la Iglesia chilena que no tiene otra gracia que la de haber infringido, ocasionalmente y como ha podido, la vieja consigna del liberalismo decimonónico —heredada por los regímenes totalitarios tanto de derecha como de izquierda— que prohíbe a la religión preocuparse de las cosas de este mundo.

No obstante el tiempo y la distancia, Ustedes suelen estar atentos y bien informados acerca de lo que ha estado sucediendo en Chile, a diario expresando las informaciones para extraer el zumo de una interpretación esperanzadora y reconfortante. Allá nosotros los comparamos a veces con los antiguos israelitas exiliados en tierra extranjera, que habían colgado sus arpas en los sauces a las orillas de los ríos y se negaban a entonar para sus captores los cantos de su tierra lejana. Pero en verdad Ustedes no han dejado de cantar su folklore y su esperanza, porque no es en esta tierra extranjera donde están sus captores y opresores. Aquí están hermanos hospitalarios que sueñan también con nosotros en un nuevo Chile.

* * *

Inspirado en el estudio del magisterio pontificio sobre la Democracia, que a lo largo de estos diez años he estado haciendo y publicando, he escogido desarro-

llar ante Ustedes el mismo tema no ya en el solo nivel doctrinal sino en el análisis de los pronunciamientos del episcopado chileno en diversos momentos del acontecer de este decenio. Me atrevo a calificar el conjunto general de estas declaraciones y de sus actitudes, junto al espontáneo sentido católico y cristiano del pueblo chileno, como un sustancial aporte a la causa de la vuelta a la normalidad constitucional de la democracia chilena.

En una primera parte, recordaré algunas de las principales declaraciones del episcopado chileno en las diferentes coyunturas en que debieron pronunciarse. Todas ellas muestran el aspecto ético que está implicado en las cuestiones políticas conflictivas.

En una segunda parte me propongo exponer cómo creo que puede contribuir la Iglesia y la inspiración del catolicismo chileno a la recuperación pacífica del régimen democrático y cuáles son las condiciones éticas que debería observar esta recuperación y que la exigen moralmente.

PRIMERA PARTE

DECLARACIONES EPISCOPALES

1. Comenzaré por recordar una sola declaración anterior a 1973, que resultó profética y presenta una inequívoca posición respecto al posible extravío del régimen democrático. Se publicó en el contexto del fallido «Tacnazo» el 22 de diciembre de 1969. En su parte medular, advierte:

«... creemos que la supresión del sistema democrático, sea por partidos políticos, por grupos terroristas o por las fuerzas armadas, traería tales daños a la nación, a las instituciones y organizaciones nacidas de la voluntad libre y de los chilenos, que nos parece indispensable recordar ahora el valor profundamente humano de la convivencia democrática».

Y desarrollaba el tema de la democracia, definida por el anhelo popular por ampliar sus márgenes de participación —tema constante de la década del 60— para en seguida señalar.

«Cuando se desata el dinamismo de la fuerza nadie puede asegurar su control final. La imposición de una política por el terror, por la dictadura o por las armas, trae consigo o la regresión brutal de los que se oponen y la supresión de todas las libertades consideradas peligrosas por los que detentan el poder. El país entraría en la vía de los juicios políticos, de las relegaciones, de las injusticias flagrantes, de la supresión de toda prensa libre, de toda posibilidad de defenderse, de las sospechas, de las calumnias y por último del paredón.»

2. Al día subsiguiente del golpe militar, el Comité Permanente publicó una Declaración breve y triste por el desenlace violento de la situación política.

A diferencias de otras fuerzas e instancias podía mostrar que no era la solución que se habían esforzado en hacer posible los Obispos con su magisterio. En todo caso nadie pudo reprocharles el haber agudizado la tensión, sino más bien con mucha frecuencia se les reprochó después de haber sido tolerante, casi complacientes y silenciosos ante los avances del régimen caído.

Fieles a su constante preocupación por la suerte de los más pobres y por la justicia social, una de sus primeras preocupaciones —después de llamar a la «moderación frente a los vencidos»— fue de un progreso en la justicia social:

«4. Confiamos que los adelantos logrados en Gobiernos anteriores por la clase obrera y campesina, no volverán atrás, y, por el contrario, se mantendrán y se acrecentarán hasta llegar a la plena igualdad y participación de todos en la vida nacional.»

Pensando en la democracia, expresaron el anhelo de que «Chile pueda volver muy luego a la normalidad institucional» (n. 6).

3. Muy pronto, sin embargo, los Obispos chilenos se vieron urgidos a referirse otra vez a la situación del país, ahora no para expresar confianza sino *preocupación*. Con motivo del Año Santo Universal, convocado bajo el lema de la «Reconciliación» —providencial para Chile— al término de la Asamblea Plenaria de abril de 1974, el Episcopado dirigió una Carta colectiva a los cristianos sobre este tema concretamente aplicado a la situación del país.

«Por amor a nuestra Patria tenemos que contribuir a restablecer en ella un régimen de convivencia en que todos los chilenos podamos vivir y sentirnos *como hermanos*.»

Por largos años después esta frase podrá considerarse como leit-motif programático de la Conferencia Episcopal chilena. ¿Cuáles fueron las preocupaciones señaladas?

«La plena vigencia del estado de derecho...»

«Nos interesa que se esté elaborando rápidamente (*sic*) un nuevo texto constitucional.» Celebra la Declaración de principios del Gobierno y su inspiración cristiana —«no obstante ciertas insuficiencias en la formulación del ideal cristiano, para la vida social y política»— pero espera que esta inspiración sea refrendada libre y conscientemente por los ciudadanos.

— Recuerdan que es lícito disentir de este o cualquier Gobierno.

- Reclaman el respeto irrestricto de los derechos humanos.
- Se preocupan por «un clima de inseguridad y temor... falsos rumores, delaciones, falta de participación y de información».
- Se preocupan por la cesantía, los despidos arbitrarios o por razones ideológicas... «Tememos que, por acelerar el desarrollo económico, se esté estructurando la economía en forma tal que los asalariados deban cargar con una cuota excesiva de sacrificios, sin tener el grado de participación deseable.»
- Igual preocupación por la reorientación del sistema educacional y finalmente por la «falta de resguardos jurídicos eficaces para la seguridad personal: detenciones arbitrarias o excesivamente prolongadas en que ni los afectados ni sus familiares saben los cargos concretos que las motivan... interrogatorios con apremios físicos o morales, limitación de defensa jurídica; sentencias desiguales por las mismas causas en distintos lugares; restricciones para el uso normal del derecho de apelación».

4. El 24 de agosto del mismo año 1974, el Comité Permanente en representación de todos los Obispos católicos, junto a Obispos de Iglesias Evangélicas y el Gran Rabino de Chile solicitaron «el cese del estado de guerra que aflige a Chile y... un indulto... en favor de todos aquellos encarcelados que han sido víctimas de las situaciones de desórdenes políticos y social, por las que ha atravesado nuestra patria y que manifiestamente han sido demasiado graves como para que se les pueda imputar a ellos totalmente...»

El Gobierno respondió con una negativa. Y en los medios de prensa arreció una campaña contra el Cardenal, que motivó una declaración unánime de los Obispos chilenos: «enérgica protesta».

5. Al año siguiente, 1975, la campaña de prensa sigue con el objetivo visible de dividir a la Iglesia entre los que apoyan o no al Gobierno (cosa lograda con la Iglesia Luterana). La Asamblea Plenaria de abril estudia la situación y decide la elaboración de un documento de trabajo que es finalmente publicado el 5 de setiembre, bajo el título: «*Evangelio y Paz*».

Comienza con el tema de *la violencia y sus formas*, ante la cual el Evangelio opone la Paz, fundada en el Amor e implicando el respeto a los derechos humanos que se detallan: derecho a nacer, derecho a comer, derecho a la integridad física y moral, derecho a crear, derecho a participar, derecho a creer, esperar y amar.

En seguida se analizan los *obstáculos* para la Paz. Situado en el plano de la reflexión ideológica y doctrinal, no obstante el cambio de situación drástico y en 180 grados, creado por el pronunciamiento militar, el magisterio se sigue encontrando con *las mismas «corrientes de pensamientos»* anteriores que califica ahora como *obstáculos para la paz*: el marxismo y el capitalismo (dilema que fue tema de «Evangelio; Política y Socialismo»). A ambos añade ahora una corriente nueva

que aparece como uno de los elementos ideológicos-psicológicos que, intenta movilizar el nuevo gobierno militar: el nacionalismo.

El tratamiento por separado de estos tres «obstáculos para la paz» viene precedido por un juicio global, concreto y concesivo, a modo de una «captatio benevolentiae», en el que se «reconoce el Servicio prestado al país por las FF.AA. al liberarlo de una dictadura marxista que parecía inevitable y que había de ser irreversible».¹

Inmediatamente, sin embargo, comprueba: «Cierto es que había en nuestro proceso chileno algunas características que permitían a muchos esperar un consenso mayoritario en torno a tareas comunes que interesaban a marxistas, laicos y cristianos, en el respeto de un sano pluralismo». A lo que sigue nueva consideración que balancea el otro lado. La redacción es embarazosa, inexacta en sus alusiones a Portugal y Vietnam del Sur, apurada, calculada. Síntoma del nuevo ambiente en que se mueven los Obispos: antes se expresaban libremente, sabiendo que en ambiente democrático de libre expresión, el Gobierno no se irritaba por los juicios episcopales. Ahora que toda disensión es juzgada como antipatriota cuando no marxista, la pluma episcopal se siente más acechada.

En esa atmósfera, sin embargo, los Obispos piden a las FF. AA. que «*aparten otros obstáculos...* y que cuiden de no *crear obstáculos nuevos*».

El capítulo sobre el *marxismo* repite algunos juicios clásicos anteriores: que capitalismo y marxismo son correlativos productores de la sociedad industrial, que el socialismo tiene valores cristianos y variedad de formas, como también diversidad de tendencias dentro del marxismo, que muchos marxistas no caen en el ateísmo, aunque la moral marxista autoriza el oportunismo de las circunstancias, factor de violencia al servicio de su mesianismo cuasi-místico.

Esta paradójica discusión con marxistas silenciados, aplastados, calumniados y martirizados, termina con la clásica distinción entre el error y el hombre que yerra, como para explicar por qué muchos cristianos y sectores de Iglesia no han vacilado en ayudar y defender a muchos marxistas perseguidos, afrontando con ello las mismas brutalidades que la represión en curso ejerce despiadadamente contra los partidarios del régimen anterior. Más aún, los Obispos no vacilan en dejar constancia de que «no aprobamos cualquier forma de anti-marxismo». Hay quienes usan el antimarxismo para pasar de contrabando ideas y actitudes a veces peores que el mismo marxismo que pretenden combatir.

El capítulo siguiente sobre el *capitalismo*, tiene conciencia del ambiente favorable al capitalismo en el que se formula. Sin embargo, no escatima el epíteto de «ídolo» que merecen los nuevos valores exaltados, el dinero y la libertad. Tampoco se escatiman juicios concretos:

1. Este párrafo no figuró en ninguno de los tres sucesivos ante-proyectos sometidos a la consideración de los Obispos y apareció sólo en la última redacción definitiva. Salta a la vista la debilidad lógica del diagnóstico, que no es compartida por muchos Obispos y aparece como simple adopción del enfoque de la ideología triunfante.

«Mientras los unos actúan a veces con prepotencia, satisfacen venganzas y amedrentan a los pobres, como si las FF.AA. estuvieran a su servicio exclusivo, los otros ven limitada su capacidad de defenderse, cerrada casi toda la posibilidad de diálogo dispersados o atemorizados sus líderes, reducidos sus derechos, perdido el fruto de sus largas luchas.»

«...Comprobamos con inquietud la tendencia del Gobierno de reducir los servicios públicos, entregando a la iniciativa de los particulares algunas tareas al servicio de la población, en circunstancias que, en muchos casos, el interés de los empresarios no coincide con las necesidades y deseos de los sectores más necesitados, que sólo el Estado puede atender debidamente. Lamentamos igualmente que servicios como la Salud, se estén, por su alto costo, volviendo inaccesibles para los pobres.»

«...Comprobamos y lamentamos que en la fijación de las políticas económicas... no se escucha suficientemente a un inmenso sector del país, que es el que carga en definitiva con la mayor cuota de sufrimientos».

Tras una introducción acerca del sano patriotismo, los Obispos denuncian un *nacionalismo* estrecho de los que lo «hacen coincidir con la adhesión irrestricta a un determinado régimen de gobierno... a una determinada época histórica... en venerar con espíritu simplista a los símbolos de la patria, la bandera, el himno nacional», las grandes efemérides competitividad «chauvinista» respecto a los países vecinos, la denuncia de las «ideologías foráneas»... Termina formulando el voto de que el pueblo de Chile pueda seguir siendo pueblo y no masa inerte.

6. Después de «Evangelio y Paz» (1975) salvo «La convivencia nacional» habrá que esperar el mes de octubre de 1978 para que la Conferencia Episcopal publique un nuevo documento de trabajo de contenido doctrinal («Humanismo cristiano y nueva institucionalidad»).

Durante estos tres años, sin embargo, no queda en silencio, pero se limita a declaraciones cortas, puntuales, casi siempre defensivas, lo que da una idea del ambiente en que se desenvuelve la vida católica del país.

Es un ambiente conflictivo, tenso, lleno de distorsiones, ataques, presiones, amedrentamientos. A esta labor de defenderse y explicar, los Obispos la llaman «pastoral del bombero», que acude presuroso a todos los incendios.

Somera lista:

1. Declaración del Comité Permanente sobre la entrevista de Mons. Camus a corresponsales extranjeros (10 octubre 1975).
2. Comunicado de la Asamblea Plenaria sobre lo tratado en ella (Control de la natalidad de Aprofa, intervención de las Universidades Católicas; disolución del Comité por la Paz (diciembre 1975).

3. Saludo de Navidad, pidiendo una amnistía para los presos políticos (diciembre 1975).
4. Declaración del Comité Permanente sobre el libro «La Iglesia del Silencio en Chile» (9 marzo 1976).
5. Comunicación de apoyo dado por la Santa Sede a los Obispos chilenos a propósito del libro mencionado (junio 1976).
6. Declaración del Comité Permanente sobre la reunión de Obispos en Río Bamba, su detención y la llegada de los Obispos chilenos a Pudahuel (17 agosto 1976).
7. Declaración del Comité Permanente sobre la expulsión del país de los abogados chilenos (17 agosto 1976).
8. Mensaje de Navidad: esperanza «que se restablezca la paz» (diciembre 1976).

7. «*Nuestra convivencia nacional*», por el Comité Permanente, el 25 de marzo de 1977.

Es una de las declaraciones que suscitaron mayor debate, a causa del contenido crítico y concreto de sus apreciaciones inequívocas. Sin embargo el documento se propone desde una «perspectiva moral y pastoral», atendiendo a que el país se encuentra «en situación de cambio». Es exactamente la misma atención que ponían los Obispos a los cambios que se verificaban en los períodos anteriores. Sólo que los cambios son diferentes y los alcances críticos episcopales levantan reacciones encontradas, no obstante que el gobierno autoritario que los promueve proclama inspirarse en el Humanismo Cristiano.

Estos son los puntos concretos que los Obispos urgen a partir de la doctrina social de la Iglesia:

1. «... que el Gobierno preste a los Tribunales de Justicia toda la cooperación necesaria para que se esclarezca de una vez y para siempre el destino de cada uno de los *presuntos desaparecidos* desde el 11 de setiembre hasta la fecha, sin lo cual no habrá tranquilidad para sus familias, ni verdadera paz en el país, ni quedará limpia la imagen de Chile en el exterior».
2. Que no se eliminen los *partidos políticos* sin reconocer también los frutos de la democracia y que, en todo caso, ello sea materia de consenso legítimamente expresado.
3. Que no se desacredite injustamente a la política.
4. Que no se fragüe la unidad nacional sobre la ruina del legítimo pluralismo.
5. Que no se acabe con la libertad de expresión.
6. Que se establezca una Constitución, ratificada por sufragio popular, y el pleno imperio de la ley.
7. Que el régimen económico tenga en cuenta sobre todo la angustiosa situación que afecta a tantos chilenos y que las políticas económicas «sean sometidas a un debate abierto».

Como decíamos, esta declaración fue muy criticada como una abierta intromisión de los Obispos en política y una pretensión de dar lecciones a los economistas de la escuela conductora de la política económica. Este reproche se irá repitiendo y orquestando diversamente en los tiempos siguientes. En ninguno de estos puntos se han producido progresos apreciables, salvo en el hecho de que con el cambio de la Dina en CNI, se terminó el fenómeno de las desapariciones sin que se aclarara la suerte de los 680 casos reseñados por la Vicaría de la Solidaridad, con excepción de los cadáveres encontrados en Lonquén y en Laja.

8. El año 1977 continuó con Declaraciones puntuales. Reflejan la conflictividad de los hechos que se van produciendo. ¿Qué había que hacer? ¿Contemplar en silencio o hablar yendo al grano? No obstante los cambios de personas en el C.P. el Episcopado siente su deber de decir algo.

Somera lista de estos documentos:

- Cartas al Ministro Damilano y al Gral. Pinochet protestando por «expresiones injuriosas del primero (14 abril).
- Invitación a la Semana de las Encíclicas Sociales (20 abril).
- Protesta por las prácticas anticonceptivas del S.N.S.
- «La Esperanza que nos une», carta pastoral del C.P. a los campesinos (13 de julio):

1. Crisis de la esperanza: «humillación de ser tratados como cosas y no como personas». Aunque: «Alegria de los que han logrado quedar como dueños de la tierra».
2. «Dios no puede bendecir una sociedad en que el dinero y el poder valen más que los hombres. Buscar la ganancia a costa de la pobreza ajena va contra toda ley divina y serán malditos de Dios los que contribuyen a crear condiciones inhumanas e injustas.»
3. «Qué podemos hacer»... «Existe mucho desaliento y desconfianza. Es necesario volver el corazón y la mente a los caminos de Dios, y esto es posible solamente por la conversión del corazón.» Hay que trabajar por la unidad. (Preludiando a Juan Pablo II, esta carta concluía:
«Les pedimos que abran las puertas al Señor...»)

- En setiembre la C.E.C.H. celebra su Asamblea Plenaria sobre los temas «Sexo, Violencia y Lucro», escogidos por una amplia consulta a las bases como relevantes para la conducción pastoral en el contexto en que vive el país. El resultado de esta elaboración, luego de los aportes obtenidos de la Jornada Nacional de Pastoral de febrero 1978, dio origen al Plan Pastoral 1978-1980 y publicado con el nombre de «La Conducta Humana».

La profusión de cartas a los campesinos de parte de varios pastores (Talca, Linares, Chillán, Stgo. Rural-Costa, etc.) es un reflejo de la angustiada condi-

ción de los pobres en el campo y de la tristeza de quienes habían propiciado cambios estructurales y reforma agraria.

- Es común que órganos de prensa difundan acusaciones acerca de la debilidad de la Iglesia en su rechazo al marxismo de su infiltración, etc. Vino también un intento de desacreditar a las Comunidades Eclesiales de Base. El 25 de octubre el C.P. fue categórico en su defensa: tienen «plena confianza en las C.E.B., pone en ellas su mejor esperanza, está plenamente satisfecho de su espíritu de fe, de caridad y de adhesión a la Iglesia... las defenderá contra toda sospecha, crítica o ataque, como parte vital de su ser».
- En su saludo de Navidad, los Obispos diagnostican «una corriente de creciente materialismo» y exhortan una vez más a «la Paz en la convivencia humana»: «invitamos a revisarse a todos los que detentan cualquier forma de poder». Más aún, «No podemos celebrar al Niño que nació en un establo si no ponemos fin al individualismo económico o al ansia descontrolada de lucro»... Dirige al Gobierno una nueva petición de amnistía y expresa «gratitud y alegría por la derogación de la pena de relegación (*sic*) que afectaba a algunos compatriotas».
- En la misma *Navidad* los Obispos de Chile (todos) dirigieron una Carta a los chilenos que están fuera del país: «...estamos con ustedes... deseamos su regreso y los esperamos...».

Dos años después, durante la visita *Ad limina*, los Obispos apreciaron cuán hondamente había llegado a los exiliados estas palabras de afecto y de aliento.

- Por último, el 30 de diciembre, al anunciarse una inminente y sorpresiva Consulta Nacional acerca de la condenación de Chile en la O.N.U. por violaciones a los Derechos Humanos, el C.P. manifestó públicamente «la conveniencia de suspender o postergar esta consulta por las exigencias del bien común». Opinión que coincidía —por otra razones— a las de dos miembros de la Junta de Gobierno, según trascendió. Las razones dadas por el CP en su carta a la junta fueron las siguientes:

1. «La ciudadanía no se encuentra suficientemente informada, ni sobre el texto de la condenación pronunciada por ese organismo (O.N.U.) ni sobre las atribuciones propias de él.»
2. «La formulación misma de la consulta es polivalente, al encerrar varias preguntas que, por lo mismo pueden admitir respuestas diferentes.»
3. El bien del país exige buscar unión y no planteamientos que separan entre «patriotas» y «antipatriotas».

9. En 1978, se continúa una amplia e intensa actividad pastoral.

En febrero se trabaja en una Jornada Nacional de Pastoral (delegados de todas las diócesis) que afinan los temas tratados por los Obispos en la anterior

Asamblea plenaria sobre Sexo, Violencia y Lucro y que constituirá el documento «La conducta humana».

En marzo se publica la Carta Pastoral sobre los ancianos. En abril se celebra la Asamblea Plenaria para elaborar la ponencia chilena a la Conferencia Latinoamericana de Puebla: también —como «la conducta humana» comporta las tres etapas clásicas: Diagnóstico, Marco doctrinal y líneas de acción pastoral. También se publica «La conducta humana», en el que Violencia y Lucro son temas que reflejan situaciones vigentes graves.

El 1 de mayo, el Comité Permanente dirige un mensaje a los trabajadores: «Ustedes están siendo afectados más que otros por la situación económica que atraviesa nuestro país y por las medidas destinadas a salir de ella»... «quisiéramos que ustedes fueran consultados»... «son expresiones que reflejan una atención a la realidad concreta».

El 10 de mayo, con motivo del asesinato de Aldo Moro en Italia y ante comentarios que denigran la inoperancia de esa democracia respecto al terrorismo, el Comité Permanente estima conveniente rechazar tanto la inmoralidad del terrorismo como los nuevos criterios de la ideología de la seguridad nacional: «El asesinato de Aldo Moro no autoriza a nadie para rechazar la moral cristiana como ingenua y proponer otra moral más “realista” que legitima la venganza y la arbitrariedad».

Sigue una secuela de declaraciones puntuales sobre episodios graves que inquietan la conciencia cristiana: sobre la huelga de hambre de los familiares de detenidos desaparecidos (6 de junio), acerca del sobreesimiento a 300 procesos que investigan la suerte de los desaparecidos; sobre el natalicio de don Bernardo O'Higgins; sobre la paz entre Chile y Argentina, a propósito del diferendo respecto al canal del Beagle; publicación de la carta del Papa Juan Pablo I a ambos episcopados sobre la paz.

10. En octubre de 1978 es publicado el documento de trabajo «*Humanismo Cristiano y Nueva institucionalidad*». Fruto de una decisión por unanimidad de los Obispos en la Asamblea Plenaria de junio 1976, se proponía estudiar con amplitud y profundidad las líneas ideológicas que estaban influyendo en la gestación de la institucionalidad. La ideología de la seguridad nacional es invocada con frecuencia en el nuevo régimen, pero se prefirió integrarla en un análisis más amplio y positivo más que crítico. La reflexión se propone desde la ética política del Humanismo Cristiano, que también es invocado por el gobierno vigente.

El documento consta de dos partes: la primera, de carácter *doctrinal* recuerda el modo cómo la fe cristiana puede y debe influir sobre las materias políticas: búsqueda de un consenso mínimo, igualdad y participación, derechos humanos y su efectiva vigencia y tutela jurídica. En el fondo, los Obispos creen posible y deseable reencontrar las condiciones de una democracia, como la tuvo el país durante más de 160 años.

La razón de esta opción aparece en que es la única manera de asegurar un

justo respeto a los *derechos humanos*, pues en el desarrollo de la enseñanza magisterial, éstos han pasado a ocupar el primer lugar de la temática religioso-política de los Papas recientes.

La segunda parte trata de cuestiones más particulares, aunque de relevante amplitud: la nueva ideología de la seguridad nacional (que no puede asumirse como una cuña divisoria entre chilenos amigos-enemigos), la urgencia de cambios sociales que eliminen o atenúen la extrema pobreza, la autonomía de las Universidades, el reconocimiento de las organizaciones laborales y sus derechos adquiridos y por último algunas sugerencias para los mecanismos constitucionales que corrijan los vacíos y defectos de la constitución vigente hasta 1973.

El tono y estilo de «Humanismo cristiano y nueva institucionalidad» es moderado y constructivo. Si apunta a algunas críticas o más bien las sugiere, no lo hace en nombre del poder religioso que pretendería dictaminar la institucionalidad política para Chile, sino como una reflexión esclarecida en el humanismo cristiano, que ofrece acompañar a las comunidades y a las instancias laicas en su búsqueda de superación del estado de emergencia prolongado.

Aún así, el documento fue muy criticado por sectores de derecha.

Ocho católicos prominentes, publicaron en la prensa, por un «deber de conciencia», una denuncia de la extralimitación de los Obispos al dar su opinión en materia contingente bajo el prestigio del magisterio. Advertían a los católicos que no estaban obligados a estar de acuerdo con los Obispos y que permanecían libres... de seguir apoyando la dictadura.

Precaución superflua, pues ya en la Introducción los Obispos habían distinguido ambas partes, por el valor doctrinal de la 1.^a, y por la abertura de la reflexión de la 2.^a aunque subrayando la coherencia de ambas partes.

11. El 3 de noviembre, el Comité Permanente anunciaba que estudiaría en la Asamblea Plenaria la nueva legislación sindical, pero «considero grave el conjunto de medidas tomadas en las últimas semanas»... «que parecen no avenirse con la doctrina social de la Iglesia». (Se trata de disolución de varias federaciones y de los sindicatos afiliados a ellas, la confiscación de sus bienes, las nuevas elecciones sindicales, y el juramento exigido a los dirigentes, etc.) En Puerto Montt, la Asamblea Plenaria señaló varios defectos de este juramento y se pronunció una vez más a propósito de los detenidos desaparecidos, expresando su desaliento porque «el gobierno no realizará una investigación a fondo de lo ocurrido» y que «muchos, sino todos... han muerto al margen de toda ley». Por último escribían una carta a los «trabajadores cristianos del campo y de la ciudad» en la que señalaban «que es injusto e inhumano organizar y regular el trabajo perjudicando a los trabajadores», que los campesinos estaban quedando como «ciudadanos de segunda categoría», etc.

12. El final de 1978 y comienzo de 1979 tuvo una especial importancia por dos eventos en los que la Iglesia chilena —y los Obispos en particular— participa-

ron de un modo relevante. Uno, en Chile, fue el *Simposium Internacional de Derechos Humanos* y el otro, en México, fue la *Conferencia Latinoamericana de Puebla*.

El *Simposium* significó dos cosas: 1) La Iglesia de Santiago, en consonancia con la creciente insistencia del magisterio pontificio, concitó la adhesión de muchas otras Iglesias locales de otros países y de muchas organizaciones internacionales (O.N.U., Amnesty, Comisión Internacional de Juristas, Consejo Mundial de Iglesias, Justicia y Paz, etc.) para destacar la relevancia, la crisis y la urgencia de la causa de los Derechos Humanos para el establecimiento de una sociedad justa y fraterna.

2) El *Simposium* expresaba ostensible y reflexivamente una *práctica común* de las diócesis chilenas en defensa de los perseguidos y de una variada labor social en favor de los afectados por las consecuencias del cambio político. Entre otros, los Obispos de Antofagasta, Copiapó, Santiago, Talca, Chillán, Concepción, Osorno, presentaron personalmente —en tácita suplencia del ineficiente Poder Judicial— los datos de detenidos desaparecidos, cuya investigación había prometido el Ministro del Interior.

Puebla fue primero un prolongado período de preparación, marcado por las consultas hechas a las bases y a todas las instancias que se interesaron. Dos sucesivos anteproyectos fueron ampliamente analizados, discutidos y criticados. En cada país de América Latina se manifestaron, grosso modo, dos tendencias divergentes: una que temía que *Puebla* significara un retroceso respecto a Medellín, la otra que temía que fuera una radicalización todavía mayor.

El «milagro» de *Puebla* consistió en que no fue ni lo uno ni lo otro, y *tampoco* un término medio *ecléctico* o un compromiso de transacción.

Puebla reiteró con valentía y lucidez, no sólo las posiciones de avanzada de Medellín, sino que exploró con igual lucidez y franqueza, los deterioros acaecidos en el decenio 68-78. Ninguna ruptura de unidad, ninguna desilusión ni siquiera insatisfactoria. Obispos de diferentes países, tradiciones y contextos socio-culturales y políticos, mentalidades y tradiciones distintas, fueron capaces de entregar al contingente un diagnóstico serio, una doctrina propulsora y un programa responsable que, sin duda, retendrá —como Medellín— su validez más allá de la década siguiente.

13. Inmediatamente comenzó la asimilación de *Puebla* por parte de toda la Iglesia, con renovado entusiasmo. Inútil es recordar las distorsiones que intentaron los órganos de la gran prensa. Optaron pronto por no insistir.

Vueltos al quehacer doméstico, los Obispos trabajan en difundir *Puebla*. Sin embargo, en mayo surge la «cuestión del sacristán» del siglo xx: el incidente de la suspensión de 100 alumnos de la Facultad de Teología, que ocupa al Comité Permanente y a la Asamblea Plenaria hasta fines de junio. Mostró hasta qué punto de desenfado podía llegar la «razón del Estado» castrense inmiscuida ridículamente en los claustros teológicos de la Universidad de la Iglesia.

Tantas veces acusados de salir de su competencia y ámbito propio, los Obispos no comprendieron que ni siquiera la Facultad de Teología les quedaba en el régimen autoritario de reconstrucción nacional.

Ante el Plan Laboral que se anuncia para instituir «por primera vez en Chile» la verdadera libertad sindical y la auténtica justicia social amagada por los antiguos dirigentes sindicales que obedecían a cúpulas políticas, los Obispos chilenos, tal vez inhibidos ante el carácter técnico de este Plan, no expresaron colectivamente una posición.

14. En cambio, más atentos y testigos de los problemas del campo, dirigieron el 14 de agosto una *Carta Pastoral a los Campesinos*, decidida en la Asamblea Plenaria de junio. Comienza con una mirada a las virtudes y defectos de los campesinos, pero se detiene en los *problemas*:

«Hoy día estamos en un régimen de economía liberal. Se privilegia la libertad, sin pensar que los campesinos se encuentran en situaciones muy desiguales para aprovechar de esa libertad. Se alienta la iniciativa y la eficiencia empresarial,¹ se quiere libre competencia en el mercado, no sólo nacional sino internacional, aún cuando muchos no estén en condiciones de competir con éxito y vayan quedando postergados, hasta el punto de tener muchas veces que abandonar sus campos para enfrentar un porvenir incierto...»

«El sector campesino, en general, vive una situación que se ha vuelto más difícil y muchas veces angustiosa, por la readecuación de las estructuras sociales y económicas a la nueva política económica. En todo esto nos parece que se aprecian más los valores puramente económicos que el justo salario, el derecho al trabajo, el derecho de asociarse, y otros derechos sociales. Esta prioridad de lo económico posterga la preocupación por los problemas humanos del mundo campesino. Decimos como pastores, que esto es contrario al espíritu del Evangelio y a la doctrina de la Iglesia, que ponen la economía al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la economía.»

«Esta carta es un triste lamento al ver que se está orientando una política agraria diametralmente opuesta a la que propiciaban los Obispos en 1962 en "La Iglesia y el campesinado chileno": En el fondo es coherente con la condenación católica al capitalismo liberal de cuño terrateniente: no se hace más que reiterar posiciones de la doctrina de la Iglesia bastante antiguas y conocidas. En el juicio doctrinal se invoca la realidad del "pecado social" denunciado ya en Puebla.»

1. ¿Estarían de acuerdo con esta afirmación los empresarios agrícolas? A juzgar por diversas reacciones bien puede dudarse.

Concluye con una «invitación a la acción» dirigida a los campesinos (a organizarse), a los responsables de la política agraria («que se revise el Plan Laboral... que se respete la individualidad del voto en las Cooperativas»), a los técnicos, a los empresarios agrícolas y a todos. Los que pudieron hacer públicas sus reacciones, redoblaron en denuestos contra la incompetencia y aún ignorancia de los Obispos, sus pretensiones politiqueras de crítica al gobierno. Las cartas de adhesión y gratitud de parte de los campesinos sólo las conocieron los Obispos.

15. El resto del año 1979 estuvo ocupado por la visita Ad limina del Episcopado chileno en pleno. Significó un nuevo episodio de la rutinaria campaña de distorsión de la prensa oficialista, que quiso ver en algunos términos del discurso del Papa a los Obispos, una especie de tirón de orejas. Una nueva alusión del Papa a fines de octubre restableció la verdad exenta de toda ambigüedad.

La Asamblea de diciembre estudió el Plan Laboral, las relaciones Iglesia-Gobierno, la visita Ad limina, el proyecto de convocar a un Congreso Eucarístico Nacional para 1980, que es finalmente aprobado.

16. 1980: Las diócesis se disponen a la preparación del Congreso Eucarístico y los Obispos toman nota de la decisión de la Santa Sede de avocarse a sí las tratativas respecto al régimen de intervención de las Universidades Católicas. También se hacen esfuerzos en conjunto con la jerarquía argentina para contribuir a un clima en pro de la Paz y de confianza en la mediación del Papa.

En abril el Comité Permanente celebra una reunión ampliada extraordinaria para atender el problema de la *nueva institucionalidad*, pues rumores responsables anuncian la pronta convocación a un referendum en relación al proyecto de Constitución que el Consejo de Estado habría terminado de estudiar.

El 12 de abril se da a la publicidad una breve «declaración solicitando el retorno a la normalidad institucional»:

1. «Buscamos caminos de paz para todos los chilenos...»
2. «Mirando al país y pensando en el bien común, estimamos que es deber de todo católico trabajar porque el país vuelva a la normalidad institucional e influir para que este retorno se haga por medios moralmente legítimos...»
3. «... una situación de emergencia no puede convertirse en permanente...»
«pedimos a todos que se esfuercen por facilitar el retorno a la normalidad institucional.»
4. «Una nueva constitución... requiere para ser aprobada legítimamente, amplia libertad de información... y verdadera seriedad y honestidad en todos los procedimientos.»

Nueva oleada de críticas oficialistas y de episodios de conflicto latente (suspensión de la Misa del 1 de mayo en la catedral de Santiago, variadas y arbitra-

rias relegaciones, prohibiciones de reuniones, detenciones, etc. Los esfuerzos de los agentes de opinión pública oficialista, por mostrar una Iglesia y un episcopado dividido parecen obtener algunos frutos, pero mayores todavía con motivo de una segunda declaración, hecha también por un Comité Permanente ampliado el 29 de mayo, que lleva por título «Yo soy Jesús a quien tú persigues».

«Sería más cómodo para nosotros no ver la angustia de los pobres, no escuchar las quejas de los maltratados —torturados incluso— y despreocuparnos de la justicia. Pero faltaríamos a nuestro deber.»

«Los Obispos de Chile, como todos los chilenos, podemos tener distintas maneras de interpretar la realidad, pero todos lo hacemos con criterios de pastores buscando encarnar el Evangelio en la vida de Chile.»

«Nos extraña que habiendo restricciones a la libertad de prensa en Chile sea posible calumniar a la Iglesia Católica con tanta facilidad.»

Autoridades de gobierno consideran la declaración como «insólita» y «lamentable». Un pequeño maestro de la ideología autoritaria escribe «ligereza episcopal». Hasta comentaristas eclesiásticos ironizan en torno al tema «Voz y silencio: donde las dan las toman». Dos Obispos declaran públicamente su desacuerdo, afirmando que no han tenido problemas —salvo con Santiago y la Vicaría de la Solidaridad—, aunque nadie ha respondido a las denuncias de 50 detenidos desaparecidos que uno de ellos —que promovió la Carta a los Campesinos— presentó en 1978.

17. El 23 de agosto, en una declaración «sobre el plebiscito», la Asamblea Plenaria señalaba que «Este debería ser un paso decisivo hacia un consenso nacional», con lo cual señalan las «condiciones para que goce de autoridad moral». Comprueba que hay «algunas circunstancias no compatibles en esas condiciones que, de no ser corregidas, harán que el resultado de la votación será de interpretación ambigua y no se podrá sacar de él conclusiones claras ni construir sobre él un orden institucional estable».

Este juicio resulta profético y en abierta discrepancia. Tres años después, no aparecen razones para que hayamos cambiado de posición, y por tanto nos parece abusivo condicionar la apertura política a la aceptación de toda la Constitución.

Días después el Secretario de la Conferencia Episcopal debía responder públicamente a afirmaciones del Presidente de la República, ofendido por una pretendida injuria a las FF.AA. implicadas en la anterior declaración. Por último, el 12 de noviembre, el Comité Permanente se hacía cargo de la queja de algunos católicos que se manifestaron limitados en su libertad de conciencia por las posiciones episcopales de la misma denuncia de los defectos del plebiscito y de la Constitución.

18. En 1981 la Conferencia Episcopal sigue ocupada en animar la participación de las bases en la preparación de las Orientaciones Partorales para 1982-1985. Sobre esto versa la Asamblea Plenaria de julio. Aprueba, sin embargo, el encargo al Comité Permanente de confeccionar dos pronunciamientos: uno sobre «La Reforma Educacional», que resulta crítico por la falta de participación del magisterio y de los padres de familia en asunto que tanto les concierne. El otro es una celebración de los 90 años de «*Rerum Novarum*» que se hace con la carta «Vamos hacia la civilización del amor». En ella está explícita la preocupación por la democracia:

«... tenemos que aprender a convivir. Convivir es dialogar. El diálogo, para ser útil, requiere información.

Consideramos de nuestro deber de pastores el exhortar a todos a esta forma de convivencia, sin la cual no habrá nunca una verdadera democracia. Exhortamos a todos... a interesarse por lo que ocurre en el país, por lo que nos entregan los medios de comunicación social.

El consumismo es un mal de la vida económica... El clasismo es un mal de la vida social... Sobrios, austeros, volvamos a la sencillez...»

El 14 de agosto, con ocasión de la expulsión de cuatro ciudadanos connotados, una declaración del Comité Permanente comprueba un «clima inusitado de violencia» y sostiene que:

«El país no quiere violencia, ni la privada ni la pública, ni la subversiva ni la represiva.

Chile quiere vivir en el estado de derecho en que cada uno de los miembros de la comunidad tenga la garantía absoluta de que serán respetadas sus opiniones y de que no será sancionado por sus actos, sino en virtud de un juicio... en el que los tribunales de justicia dictaminen sobre su culpabilidad...

La paz y el progreso social sólo pueden sustentarse en la observancia por parte de todos —gobernantes y gobernados— de sólidos principios morales, de respeto a los derechos humanos, de la equidad y la justicia.»

19. Para concluir nos limitaremos a reseñar la carta a los católicos de Chile que aprobó la Asamblea Plenaria el 17 de diciembre de 1982, con el nombre «El Renacer de Chile». Es el denuncia más vigoroso de la inviabilidad del renacer de Chile bajo la conducción del autoritarismo militar. Diagnostica los cuatro aspectos de la crisis global: crisis económica, crisis social, institucional (se prefirió ese término para referirse a lo político) y finalmente, la crisis moral, «la más importante y la causa de todas las demás». Se refiere a «los atropellos a la dignidad humana, los apremios injustos que son sometidos algunos detenidos, el exilio, el

liberalismo económico desenfrenado, la especulación en vez del trabajo honrado, el derroche junto a la miseria confirman esta pérdida de valores».

Termina señalando que el renacer de Chile depende de tres condiciones fundamentales: a) «el respeto a la dignidad humana»; b) «el reconocimiento al valor del trabajo», y c) *El regreso a una plena democracia*, que así desarrolla:

«Esta ha sido la tradición de Chile. Gracias a ella hemos vivido en paz durante largos años y hemos sido respetados en el mundo entero. Los abusos que hayan habido no justifican una interrupción tan larga en la vida normal de la nación. Esto no es sano y nos ha traído las consecuencias que ahora lamentamos. Abrir los cauces de la participación política es una tarea urgente. Antes que el nivel de las tensiones provoque una posible tragedia».

20. A esta carta hay que añadir la declaración del Comité Permanente el 24 de junio de 1983: «Más allá de la protesta y la violencia», que defiende el derecho a disentir, que reclama información verdadera, respeto al adversario, al derecho de asociación sindical (en medio de la represión a la Confederación del Cobre que llamó a la protesta), y reclamando una vez el diálogo, expresamente pidiéndolo al gobierno, en vista de un consenso posible.

El 13 de julio, al día siguiente de una nueva protesta no-violenta, el Santo Padre en San Pedro pidió oraciones a los peregrinos del Año Santo por el alivio de las tensiones en Chile y por la instauración del diálogo pedido por los Obispos.

II PARTE

CONDICIONES ETICAS PARA LA RECUPERACION DE LA DEMOCRACIA

El «regreso a una plena democracia» ha sido, desde fines de 1982, una preocupación explícita del Episcopado chileno, reflejo del anhelo que perciben a través de una crisis global diagnosticada y del sufrimiento del pueblo confiado a su cuidado pastoral. No formulan un mero juicio teórico que se limitara a recordar el principio de que la democracia es el régimen de gobierno más congruente con la dignidad de las personas y sus derechos. Se trata más bien de un juicio prudencial y concreto, formulado aquí y ahora, al acercarse el décimo aniversario de su suplantación por el régimen militar autoritario. Todas las cosas y causas consideradas y las dificultades y riesgos sopesados, los Obispos piensan que «es una tarea urgente abrir los cauces de la participación política» y que ya no se justifica «una interrupción tan larga en la vida normal de la nación».

Este tema se estudia y debate hoy en Chile en términos de la búsqueda de un «consenso político». Se trataría de convenir en las bases de entendimiento sobre las cuales pueda asentarse una convivencia social justa y pacífica, institucionalizada jurídicamente y que permita a la nación enfocar y resolver sus conflictos económicos, políticos, culturales y morales.

Los analistas más perspicaces en efecto, concuerdan de un modo u otro en que una crisis de consenso fue el factor que terminó por agotar la antigua y prestigiada democracia chilena, al término de un proceso que venía gestándose varios años antes de 1973. En ellos se fueron agudizando progresivamente los conflictos sociales, estimulados por excesivas desigualdades económicas y por estructuras políticas que, aún cuando tuvieran un grado apreciable de institucionalización jurídica se mostraron demasiado rígidas para progresar adecuadamente con las demandas y expectativas de capas crecientes de poblaciones culturizadas. Disminuyendo los consensos, aumentaron los conflictos.

Estaríamos por tanto ante el desafío de reconstruir un consenso nacional mínimo (o máximo, depende como se mire).

El buen sentido popular chileno, el juicio intuitivo de los políticos y líderes sindicales, como también el prudente juicio moral de los hombres de iglesia no cree que esto pueda lograrse por mera coerción o imposición autoritaria. No estamos ante un problema de mera disciplina. El consenso se ha extraviado no porque ciertos conductores sociales de mala fe hayan logrado engañar al pueblo ingenuo, con promesas falaces gracias a las cuales obtienen poder que satisface a sus egoístas ambiciones. Esta interpretación frívola no ha logrado conmover la nostalgia del sistema democrático en el cual las leyes brotaban de una suficiente mayoría consensual.

Se trata por tanto de construir —de reconstruir tal vez— ese consenso estable que dio vida a una constitucionalidad republicana, unitaria y democrática, con la distinción e independencia de los poderes del Estado, con el respeto al imperio de la ley, con la responsabilidad de las autoridades a quienes la ley otorga poderes, con la capacidad de convivir como «un pueblo de hermanos», como gusta repetir una frecuente expresión eclesíástica.

Las diferentes clases sociales, las corrientes ideológicas, los partidos políticos, los cuerpos profesionales, los sindicatos y gremios, las confesiones religiosas, y hasta la minorías étnicas en la nación, convivieron antes con tensiones y conflictos soportables y superables por las reservas de la chilenidad, hecha de auténtico patriotismo, sentido cristiano, bonhomía natural, salud mental y espontánea cordialidad.

La crisis que estalló en 1973 ¿fue tan profunda hasta el punto de haber agotado las raíces mismas de la nacionalidad y los fundamentos mismos de nuestro sistema democrático, hasta el punto de tener que sustituirlo sustancialmente por otra constitucionalidad tan diferente a la que teníamos entonces? ¿Nos será posible recuperar una auténtica democracia por otra vía que por el consenso democrático?

Una primera ojeada a nuestra actual situación corre el riesgo de resultar desalentadora. Hay tal abismo de profundas discrepancias entre el Gobierno y sus partidarios frente a la oposición y los suyos, que casi parece un duelo a muerte. En diez años las pasiones se han fortalecido en lugar de serenarse. El proyecto de reconstruir el país autoritariamente se ha rubricado con un penoso fracaso revertido incluso sobre quienes ponían en él su confianza.

Más aún: en cada uno de los que parecen bloques enfrentados lo que superficialmente parece homogéneo en verdad se agrieta en una polifacética variedad de posiciones que es también un aspecto muy visible de esta crisis global de consenso. En el oficialismo hay militares y civiles, hay «duros» y «aperturistas», gremialistas, republicanos, Nueva democracia, nacionalistas, economistas dogmáticos y pragmáticos, todo ello supeditado precisamente a los cuadros castrenses que por principio no deliberan políticamente... salvo en los mandos superiores.

La oposición por su parte, parecería suficientemente unánime en cuanto a algunos pasos iniciales con los que podría retomarse el ejercicio paulatino de los derechos ciudadanos y de las libertades democráticas. Desde el memorable llamado del ex-presidente Frei con ocasión del plebiscito de 1980, se han reiterado muchas veces: reapertura de los registros electorales, Asamblea Constituyente, Estatuto de los Partidos políticos, Gobierno cívico-militar de transición, reforma total de la C.N.I., retorno de los exiliados, etc.

Pero, ¿y más adelante?

¿Puede recuperarse la misma tradición democrática con el libre juego de los partidos en su referencia al poder político, sin dejar lugar a lo que el autoritarismo teme y denuncia como «vuelta al caos»? Esta difícil pregunta no hace sino mostrar la seriedad y amplitud que está llamado a tener el consenso nacional, al punto que parece perfilarse como un verdadero pacto social explícito y solemne entre las fuerzas que aspiren a reconstruir la democracia. Estaríamos así en un terreno más bien moral o ético que político. La Iglesia puede verse de nuevo invocada pensamos, no para ejercer un arduo rol de mediación, sino para definir con autoridad moral y con su fuerza espiritual cómo poder los diferentes actores que buscan el consenso convenir en compromisos solemnes y de honor para dar la cuota de desarme de los espíritus, de desapasionamiento, de capacidad de diálogo y transigencia, de confianza entre los pactantes, de renuncia a la violencia, etc.

La Iglesia en Chile ha sido llamada en estos últimos diez años a ejercer un papel que está en el conocimiento de todos —con diferentes apreciaciones por cierto— pero respecto al cual pocos se engañan. Se ha definido a sí misma como instancia espiritual y religiosa, pero «servidora del mundo», «experta en humanidad», «alma espiritual de Chile», «voz de los que no tienen voz», que «opta por los pobres y por los jóvenes de un modo preferencial». Tradicionalmente distingue entre la Política como ciencia y arte de procurar el bien común —de lo cual no puede desinteresarse—, y la política partidista de la que se abstiene para no obstaculizar ni parcializar su evangelio anunciante a todos los hombres. Distinción que es clara en abstracto, pero que no la exime de quedar atrapada en concreto

cuando su predicación evangélica y moral adquiere, sin proponérselo, un inevitable peso político concreto.

La Iglesia tiene sus fieles en varias tiendas políticas, en ambos bloques enfrentados en Chile hoy, y tiene también ministros y pastores que tampoco juzgan de modo idéntico los mismos hechos, ni hacen los mismos pronósticos, ni se inmiscuyen o eximen del mismo modo. Así y todo se ve cotidianamente compartiendo principalmente las angustias del pueblo pobre y las ansiedades de la juventud y de las inteligencias más inquietas. Junto al capital doctrinal en el que participa con su constante adhesión a la Iglesia universal, es en su cercanía evangélica con los pobres lo que la informa y afina su sensibilidad social y «política». Para la Iglesia lo político no es vergonzoso ni debiera ser factor de lucha, pues la mira siempre en su proyección e implicancia moral.

Su «ubicación» política formal la separó del Estado en 1925 de un modo pacífico, dialogado y convenido amigablemente por ambas partes, a diferencia de otros países también latinos. Pero esta separación, por la cual la religión católica dejó de ser la religión oficial de la república, en lugar de reducirla más y más a la esfera privada —lo que habría estado en la lógica del liberalismo decimonónico que inspiró la separación— ello ha contribuido en cambio a procurar una apreciable independencia y libertad a la Iglesia respecto a las instancias políticas gubernativas y partidistas y la ha ayudado a cumplir mejor su misión evangélica de ir efectivamente por sus propios medios y objetivos al pueblo y a todos los hombres. Quedando como institución de Derecho Público, mantiene, sin embargo, con el Estado y los diferentes gobiernos de distintos cuños, relaciones formales de deferencia y cordialidad, sostenidas también por la diplomacia exterior hacia el Estado del Vaticano.

Durante el gobierno militar autoritario hemos comprobado que, curiosamente, esta mutua deferencia entre Iglesia y Estado al contrario ha disminuido. No ha sido suficiente la tradicional amistad entre Fuerzas Armadas e Iglesia, tejida por una mística patriótico-religiosa que se remonta tal vez al voto de Maipú y a la devoción a la Sma. Virgen del Carmen, alimentada por el servicio religioso, cultural y social de los capellanes de las distintas armas, instituido por la primera Vicaría Castrense de América Latina, que contribuía a unir en un culto común a Dios y a la Patria en un clima de orden y disciplina.

A partir del 11 de setiembre de 1973 el nuevo Gobierno militar quiso interpretar a toda la nación y encarnar la totalidad de los poderes del Estado, de tal modo que esperaba también contar con la adhesión de la Iglesia. Pronto descubrió una Iglesia desconocida cuando ella frunció el ceño ante la represión tan vasta y con tanta violación de derechos humanos. En seguida cuando, a la inversa del camino recorrido por las instancias católicas en las décadas anteriores, puso en marcha una economía social de mercado que «hizo recaer sobre los hombres del trabajo la parte más pesada de los sacrificios». Por último hay que añadir el montaje de ciertos elementos ideológicos como el nacionalismo, idealizado, el antimarxismo febril, la ideología de la seguridad nacional, la continua crítica a la

política y a los políticos, la manipulación de la comunicación social, la intervención de todas las universidades incluso las católicas, el hostigamiento a Obispos y agentes pastorales, a las comunidades de base, etc.

Por su parte la Iglesia chilena se vio llevada a montar organismos eclesiales pedidos por la coyuntura para la defensa de los derechos humanos y para la asistencia jurídica cotidiana como la Vicaría de la Solidaridad, la Vicaría de Pastoral Obrera, la Academia de Humanismo Cristiano, las Fundaciones para el Desarrollo en múltiples provincias para asistencia de los campesinos abrumados. Una inmensa gama de chilenos golpearon esas puertas en demanda de algún apoyo: familiares de detenidos desaparecidos, de presos políticos, exiliados, relegados, exonerados de sus trabajos, detectados de la clandestinidad, etc. Se ha visto así urgida por la fidelidad evangélica a dar un testimonio de autenticidad que abonara su credibilidad. El recuento que hemos presentado en la Primera parte muestra suficientemente que la Iglesia chilena, por razones fundamentalmente éticas y evangélicas no pudo compartir el modo de la reconstrucción nacional proyectada por el gobierno autoritario sino muy al contrario debió abiertamente oponérsele. No obstante el espíritu conciliador que constantemente busca sobreponerse en las personas de Iglesia a los motivos de queja y protesta, la Iglesia chilena no pudo ni quiso hacer la vista gorda ante el constante *déficit ético* de la represión ejercida y la institucionalidad proyectada.

La búsqueda pues de un consenso básico para la recuperación de las instituciones democráticas es también consecuencia de la crisis de credibilidad que afecta a la fórmula diseñada por el Gobierno en la Constitución de 1980. A su vez, este escepticismo es consecuencia de la debilidad de los argumentos esgrimidos sucesivamente para justificar el golpe militar, la legitimidad del plebiscito y su corrección, la prolongación del estado de emergencia, el calendario fijado para el Gobierno para las etapas de lenta devolución de los derechos civiles, etc. La suma de varios pasos dudosos no afianza la confiabilidad en el Gobierno en su capacidad de conducir la reconciliación de todos en un consenso nacional con chances de durar.

Este escepticismo político por cierto no es materia de declaraciones eclesiásticas. Si lo reseñamos aquí es porque nos parece sentirlo en vastos sectores de opinión y sobre todo en las bases de la Iglesia, en las instancias pastorales del mundo del trabajo, en las poblaciones, los estudiantes universitarios, la juventud que ha visto cerrarse cada vez más sus horizontes de trabajo y de poder fundar una familia. Lo percibimos también en la queja de los pastores que viven cerca del pueblo pobre, tanto del campo como de las ciudades, ante las amenazas, el trato prepotente, los allanamientos masivos, las detenciones arbitrarias, las relegaciones y expulsiones. Ante la escandalosa crisis económica que asola por igual al sistema bancario y financiero, a las empresas industriales, a la producción agraria, al comercio y a las fuentes de trabajo. Ante el fabuloso endeudamiento externo y el poderoso empobrecimiento interno, que plantea hasta al más profano la pregunta ¿a dónde se ha ido este dinero? Ante la angustia e inseguridad crecientes,

manifestada en las consecuencias de daño psicológico en las familias que sufren la cesantía, la represión, los problemas de vivienda y de salud, la decadencia educativa, el desaliento de los maestros, el refugio en el alcoholismo y la drogadicción, etc.

Lleguemos hasta el fondo de este trauma que aflige al pueblo de Chile. Queremos hacerlo sin complacencia ni fariseísmo. A nuestro juicio es lo que hemos denominado en otra parte «la herida abierta en el flanco de Chile», es el mayor déficit ético del actual período, del que no podemos vaticinar cómo será cobrado en adelante u —ojalá— perdonado y superado. Son los asesinatos que han quedado inexplicados (General Prats y su esposa, Orlando Letelier y su secretaria, Tucapel Jiménez) y ese tenebroso misterio que cubre el desaparecimiento de más de un millar de chilenos, por quienes los familiares no han cesado de invocar la conciencia humanitaria y cristiana del continente y del mundo con su pertinaz pregunta: «¿Dónde están?».

Este prolongado acompañamiento de la marcha del pueblo silencioso y la comprobación de que el régimen permanecía cerrado al diálogo e intolerante con sus oponentes, es lo que condujo a los Obispos chilenos a hacer público su anhelo del pronto retorno a la democracia, como única forma de hacer posible «el renacer de Chile» más allá de la crisis global diagnosticada. Fue un aporte plebiscitario, puesto que a partir del presente año se fue haciendo más fuerte e insistente el llamado al diálogo de parte de los dirigentes sindicales delegados por sus bases, de los colegios profesionales y de otros sectores afectados por la crisis. Muchos han debido pagar con la expulsión esas osadías, pero cada vez apareció más claro que tenían razón. Ello originó una forma de protesta folklórica, inspirada sobre todo en la estrategia y espiritualidad de la no-violencia, difundida en las comunidades cristianas y juveniles: el sonar nocturno de las cacerolas. Como de las barricadas callejeras hechas en la noche con la quema de viejos neumáticos se pasara en algunas calles a dañar algunos semáforos y garitas (sin que se justificaran los disparos hechos por la policía que hicieron algunas víctimas) el Gobierno aportó un toque de queda nocturno que contribuyó desde temprano en la tarde a paralizar las ciudades. Se hizo patente así la desproporción entre la respuesta y la protesta. Otra vez el Comité Permanente del Episcopado se pronunció contra la violencia y la búsqueda de «instancias de diálogo verdaderamente eficaces», expresión que fue retomada por el Papa en su audiencia semanal de San Pedro, pidiendo a todo el mundo oraciones por las tensiones de Chile.

El Papa apoyaba inequívocamente a los Obispos chilenos citando sus mismas palabras. La violencia a la que se han referido los Obispos es tanto la subversiva como la represiva. El diálogo es una de las mayores insistencias de la pastoral episcopal frente a los conflictos sociales y políticos, a partir de la primera encíclica de Paulo VI. Difícil es profesar exteriormente adhesión y gratitud a estas palabras sin dar pasos efectivos que muestren que se quiere en verdad el diálogo y que verse precisamente sobre lo que está en discusión. Es decir: la recuperación de un consenso convencido y no impuesto, el reencuentro de las instituciones republi-

canas que dieron participación a todos los ciudadanos en la elaboración de las leyes, en la elección de las autoridades y en la fijación de las propiedades para el servicio del bien común. La primera condición de un diálogo serio es que no se descalifique al interlocutor, que no se aplaste la disidencia y no se descarte de partida justamente la discusión sobre la institucionalidad autoritaria que es lo que ha hecho imposible el diálogo hasta ahora. En Chile se ha dicho: no es posible intentar un diálogo entre el preso y su carcelero; a lo más sería interrogatorio o sentencia concluyente. Eso ya lo conocemos.

El sentido de las declaraciones eclesíásticas como también de las conductas de las bases católicas en sus expresiones por la no-violencia y por el diálogo es intentar el diálogo a pesar de todo y aunque ciertos temas estén excluidos por la autoridad. En ese sentido es curioso comprobar cómo nadie cree ni acata la recesión política que impuso el Gobierno: «El Mercurio» es el primero que ha mantenido la inquietud, el comentario y las entrevistas de carácter político partidista. No se ve por qué se privarían de hacerlo los otros sectores opuestos. Allí se comprende cómo la distorsión proviene de las mismas Fuerzas Armadas al estar lidiando en un campo en el que no estaban acostumbrados y el no poder impedir ni controlar las múltiples formas de acción y estudio que toma la inevitable inquietud política de quienes no renuncian a la inteligencia y al coraje. Hasta el presente año, los diálogos eclesíásticos con la autoridad gubernativa en forma privada versan todavía sobre la suerte de algunos detenidos, relegados o procesados; aquel se muestra mucho más complaciente si no se cuestionan los aspectos que le interesa conservar como de su sola incumbencia.

El diálogo en vista de un posible consenso mínimo tiene por objeto el procurar una «salida» a la crisis global diagnosticada como económica y política. El diálogo deberá versar entonces sobre varios temas específicos, al menos los económicos y los políticos. Buscar una «salida» implica reconocer que la situación de crisis es insostenible e insostenible. Forzosamente algo tiene que cambiar. Algo o mucho, pero para bien y no para mal. Los interlocutores tienen ciertamente diversos valores, diversos temores, pero deben hacer un esfuerzo al mismo tiempo de lucidez y de generosidad, es decir de mostrar las cartas sobre la mesa. La voluntad común de apartar la violencia parece ser una de las preocupaciones que más debe presidir el diálogo intentado. El tema de la no-violencia está constantemente presente en el aporte de la Iglesia para la recuperación del régimen democrático. Ya se ha sufrido demasiado. Tal vez es necesario incluir en la prédica contra la violencia la comprobación que cierta violencia, al decir de Medellín y de Puebla, está «institucionalizada». Son las estructuras de pecado social que el análisis social más ortodoxo no puede impedirse de detectar. Ello no justifica tampoco oponer una violencia revolucionaria a la violencia institucionalizada, pues se daría lugar al espiral de la violencia. Decididamente es una conversión generalizada la que debería apartarnos de la violencia como medio político para obtener retazos de poder.

En este tema, la Iglesia ha sido forzosamente discreta para calificar los gol-

pes militares en América Latina, como episodios violentistas que han derribado gobiernos constitucionales y demolido democracias. No se ha privado, sin embargo, de condenar por igual a la violencia subversiva como a la violencia represiva. No es que desconozca que la fuerza pueda y deba estar al servicio del derecho y de las causas justas contra el injusto agresor. Pero reconoce también que bajo el pretexto de conservar el orden y la tranquilidad, se han cometido atropellos violentos injustificados. Ultimamente en una pastoral sobre la transición al régimen democrático, los Obispos argentinos han llamado a proscribir claramente el «golpismo» de las reacciones que pudieran surgir de nuevo a modo de ilusoria «salida». Sobre todo cuando han mostrado hasta la saciedad sus contradicciones y fracasos, no son los regímenes autoritarios los capacitados para reconducir a aquello en lo que justamente no creen y demolieron con todos los recursos de una teoría elaborada para ese objeto. ¿Cómo podría inspirar suficiente confianza el proyecto de dirigir él solo el proceso de transición a la democracia, cuando se ha perseguido tanto a los adversarios, se ha desacreditado la acción de los «señores políticos» casi como delincuentes y se han cerrado todas las oportunidades de aceptar un diálogo con la oposición?

A poco andar en busca de la salida democrática por la vía del diálogo, nos encontramos con ésta y otras *dificultades*. La descalificación a priori del interlocutor es un riesgo que empantana: también cae en él quien sale en busca de la democracia como un caballero andante que comienza por desafiar al poder establecido como si fuera un gigante encantado que será vencido por su sola lucha voluntariosa. Derrocar no parece estar en el proceso posible del diálogo. Esa pretensión proviene de una desvaloración de factores que no quieren verse: ¿no fue ese error el que precipitó entonces el desenlace que tanto se sufre?

La *impaciencia* parece configurar otra dificultad. Recuperar la democracia no es una simple conquista o reconquista posesiva. Es más bien un proceso en el que se darán pasos sucesivos según los logre el consenso posible. No todo se resuelve por el restablecimiento de los partidos, de las elecciones y del Congreso. Hay que reaprender a vivir en lentitud, respetando los ritmos de la vida creciente y la maduración paulatina. Tras las restauraciones formales será preciso seguir cuidando la eficiencia, la atención a los verdaderos problemas, a los más urgentes. La *impaciencia* es la que concluye por desunir y enfrentar a quienes estuvieron juntos en las primeras jornadas.

Si una lúcida paciencia es una condición requerida para una sólida recuperación de la democracia, una lúcida *humildad* no lo es menos. La mesa redonda de las conversaciones debería comenzar por un reconocimiento de que «todos fuimos culpables en lo que pasó». Durante diez años los «vencidos» han precedido a los vencedores en una catártica y purificadora autocrítica. Ahora que los vencedores de entonces son fracasados de hoy, darán un ejemplo de humildad si son capaces de autocriticarse también.

La humildad resulta indispensable para extraer saludables lecciones de los hechos. La primera lección es que la democracia «formal» era más valiosa de lo

que parecía a muchos impacientes y que su recuperación puede requerir también un camino largo de reeducación moral, de esfuerzo común para crear un clima propicio de verdadera «unidad nacional» en el pluralismo y la tolerancia. Redescubrir el sistema democrático como un delicado tesoro moral, un bien común espiritual y cultural, hecho de inteligencia y cultura política, de nobles sentimientos cívicos, de generoso patriotismo, de capacidad de sacrificio, de afinado sentido de justicia y verdad.

La reeducación para la democracia debe ir acompañada por una más justa apreciación de lo político, no sólo en quienes lo desprecian sino en quienes exhiben vocación a dedicarse a ella como a una profesión. El Concilio Vaticano II se refirió a la política (ciertamente incluyendo a la de partidos) como «arte difícil y noble». Para prestigiar su ejercicio no sólo es preciso no despreciar la política sino también no sobrevalorarla. La pasión desenfrenada que hemos conocido no sólo es efecto de nuestro temperamento latino o de la animosidad natural que provoca el cuestionamiento de intereses personales e ideológicos. ¿Cómo reeducarnos a una práctica política serena y respetuosa, capaz de tolerancia, respeto y caballerosidad, y también de humildad, desprendimiento y desinterés venal? ¿Cómo reducir las posibilidades de la politiquería maquiavélica y por supuesto más aún las corruptibilidades venales de este campo en el que debiera ser evidente la integridad moral y el ejemplo incluso de virtudes personales y políticas?

Poner de relieve la atingencia y la implicancia de la ética en la política es también un servicio que ofrece el pensamiento cristiano. El ejemplo de grandes figuras del pasado que han ilustrado la historia de la nación o de nuestro mundo contemporáneo podría elevar el tono en el que pueda reconquistarse un debate democrático con su juego partidista y sus conflictos de intereses.

Me parece oportuno precisar aquí que en Chile las clases más conservadoras y acomodadas («la burguesía» según una denominación cargada de infamia, que ya no debíamos emplear) tienen una especial responsabilidad en deponer cierto orgullo ancestral, cierta altivez y prepotencia, esa clásica suficiencia que está muy registrada en la literatura, el teatro, el cine y hasta la cultura popular.

Por causa de ese sentimiento tal vez, han creído que la «gente» que cuenta son solamente ellos, la que conocen o los cultos o los de su mismo nivel económico, social o de apellidos. Que la otra gente es otro mundo, otra cultura, tal vez una subcultura. Este sentimiento ha tenido ciertas excepciones: los patrones de fundo antiguos que compartían con sus inquilinos: era bueno; pero también los arribados que pretendían incorporarse a la gente: y no era tan bueno. El drama de Chile consistió en que había —y va creciendo— cada vez más gente de la llamada «clase media» y más reclamos y aspiraciones en el pueblo por mejores niveles de alimentación, salud, vivienda, educación y participación. No es que la clase superior retenga ávidamente sus bienes, pero ha culpado a los «políticos» de despertar expectativas y de atentar contra la propiedad privada, como causales determinantes en el agotamiento de las instituciones democráticas. Piensan que

lo normal sería que la democracia descansara sobre el respeto a las grandes minorías y a las excesivas desigualdades sociales y económicas.

Por no comprender la amplitud de las expectativas populares (que atribuyen todavía a la «demagogia») que no se refieren tanto a la riqueza como a los derechos y a la cultura, los que habían sido celosos creadores y guardianes de las instituciones democráticas cuando las necesitaban, se conformaron con que el pueblo y ellos mismos las perdieran cuando sintieron que amenazaban a sus privilegios.

Pero las clases trabajadoras, obrera y campesina, también tienen su propia responsabilidad en el cuidado de la democracia cuando se recupere. La lección de los hechos que le han acarreado tanto sufrimiento y frustración le mostrará al régimen democrático frágil cuando no se ha centrado en grandes valores morales el gran aporte de los pobres. Estos valores centrales, tanto políticos como morales, los sitúa en los dos pilares fundamentales de la buena vida de los pobres: el trabajo y la educación. Trabajo para todos y mística del trabajo bien hecho y cumplido es la primera exigencia a una política democrática restaurada. La educación es la segunda, que también comporta una orientación de esa demanda espontánea que es una de las grandes riquezas del pueblo chileno. Una política democrática y popular debe lograr la reorientación de la economía, las finanzas, la educación, las relaciones comerciales e internacionales, hasta los mismos institutos castrenses al servicio de estas dos grandes metas de bien común: trabajo y educación. Al aceptar el principio de Juan Pablo II de que «la clave de la cuestión social es el trabajo», podemos inferir que «el trabajo será la clave de nuestra futura democracia, porque el trabajo es el nuevo nombre de la paz y del desarrollo».

Trabajo para todos en una voluntad popular de reconstruir una vieja democracia de las ruinas en que la han sumido el nacionalismo anti-popular, el liberalismo de la economía social de mercado monetarista, la ideología de la seguridad nacional y el autoritarismo. Ello podría ir desvelando múltiples aspectos que cuestionan la calidad de vida publicitada por el capitalismo. Entonces las ingenuas exhortaciones episcopales a compartir, a solidarizar, a optar preferentemente por los pobres, a gustar un estilo de sobriedad y austeridad en el consumo, a no acumular ni tener apego al ídolo del dinero, volverán tal vez a jugar también en el campo de la educación social y de las costumbres un papel relevante. De la moral podrían pasar a la política.

Cuando se restablezca la vida política en un régimen democrático, habrá que reconocer —recogiendo también la experiencia vivida— que *la política no lo es todo*, que no «todo es política». Sólo la vuelta a la democracia podrá confirmar lo que su extravío nos ha comenzado a mostrar. Porque nunca se ha politizado más que bajo la consigna de la despolitización.

Pero, precisamente porque hemos experimentado que el régimen democrático y la buena vida del pueblo requiere un refuerzo y una revaloración de las condiciones morales, de las virtudes morales, del predominio de la conciencia ética sobre los intereses de la eficacia y de la victoria a cualquier precio, por eso es que

el retorno a la democracia no puede consistir en un simple cambio del mecanismo de ejercicio del poder. Se requiere un reconocimiento que la sola política —entendida como el juego de las acciones de diferentes grupos para definir el modo de procurar el bien común— no basta. Hay en el mundo humano algo que es más que humano. Hay en lo terrestre algo más que terreno y material. Hay en lo político algo más que político: algo que no vacilo en llamar místico, ético o religioso.

Permítanme terminar con esta reflexión inspirada en mi experiencia pastoral de estos diez años: cuando se ha querido instrumentalizar lo religioso al servicio de la política, una sana reacción surge en rebeldía. Pero cuando se quiere separar por completo la moral de lo político, o que ésta pretenda crear una moral a su medida, también surge en protesta la fe cristiana, que no puede dejar la política abandonada a sí misma.

«Terrible cosa es caer en las manos del Dios Vivo, pero por fortuna no nos va a abandonar a nosotros mismos».

*DISCURSO DE JORGE ARRATE, DIRECTOR EJECUTIVO
DEL INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE, EN EL ACTO INAUGURAL
DE LA TERCERA ESCUELA INTERNACIONAL DEL VERANO (ESIN-3)*

Amigas y amigos:

Mi intervención en el acto de apertura de la Tercera Escuela Internacional de Verano tiene por objeto principal expresar nuestro agradecimiento a personas y grupos que han colaborado al buen éxito de la iniciativa. El Presidente de nuestro Instituto ha señalado ya aquellas instituciones cuya contribución financiera ha hecho posible ESIN-3. Varias de ellas han sido efectivas colaboradoras no sólo con la Escuela de este año sino también con ESIN-1 y ESIN-2.

Por mi parte, quiero, a nombre de la Dirección del Instituto para el Nuevo Chile, agradecer a algunas personas sin cuyo apoyo y estímulo la Escuela no se hubiera realizado. Willem Verkruisen, Presidente del Instituto, y Saskia Stuiveling, Tesorera, ambos aquí presentes, nos han prestado una colaboración inapreciable y permanente. Su invariable actitud de apoyo ha sido un estímulo indispensable para superar las dificultades y su entusiasmo un incentivo para nuestro trabajo. La Volksuniversiteit (Universidad Popular) de Rotterdam ha sido nuestra sede por tres años consecutivos. Su Director, Frank Serlier, y su Subdirectora, Hennie Brandwijk, junto a todo el personal de la Volksuniversiteit, han prestado un apoyo generoso y desinteresado que compromete nuestra más sincera gratitud. Como chileno, quiero expresar un testimonio de agradecimiento a la ciudad de Rotterdam que ha cobijado esta iniciativa y que nos recibe nuevamente hoy, reiterando así los más nobles sentimientos solidarios y fraternales que han definido en estos años la actitud del pueblo holandés hacia nuestra nación. En la misma calidad deseo manifestar nuestra gratitud a todos aquellos que no son chilenos y han concurrido a la Escuela Internacional de Verano. Decenas de latinoamericanos han compartido con nosotros clases y debates, programas culturales y actividades sociales, en ejemplar fraternidad. Nos honra su presencia. De la misma manera, deseo destacar la importante participación de nacionales de países europeos, vinculados por un creciente interés en la realidad de América Latina. Han enriquecido ESIN y aportado interesantes perspectivas.

Los docentes de ESIN realizan su tarea gratuitamente y este año han cubierto una parte significativa de sus costos de transporte. Para ellos nuestro reconocimiento. Y, en fin, gracias, muchas gracias a los alumnos de ESIN. Su respuesta a la iniciativa ha sido magnífica y su aporte al financiamiento de la Escuela ha ido en permanente aumento. Han constituido una muestra ampliamente representativa de nuestro exilio, dando a ESIN un particular sello democrático e igualitario, y su inquietud intelectual ha permitido colocar en el centro del debate, de manera crítica y desprejuiciada, los más diversos temas. Su apertura a lo nuevo, su honestidad de juicio y su alto nivel de conocimientos han convertido los cursos, seminarios y talleres en un intercambio real de opiniones, en que el docente no sólo entrega sino que también recibe y aprende.

Desde el punto de vista institucional dos organizaciones chilenas han prestado a ESIN una sostenida y eficaz colaboración: la Asociación de Estudios de la Realidad Chilena, ASER-Chile, de París, que ha aportado numerosos de sus miembros al cuerpo docente, y Casa Chile de Amberes, cuya colaboración en diversos aspectos ha sido inapreciable.

Amigas y amigos:

Esta Tercera Escuela Internacional de Verano completa un ciclo que requerirá una evaluación más profunda de la que pudiéramos hacer en este instante. Su continuación o no, o su transformación, dependen tanto de la evolución política de Chile y de la lucha democrática que allí y acá libramos, como de las posibilidades materiales de continuar con la iniciativa.

Desde el punto de vista de los organizadores ESIN ha sido un éxito que ha sobrepasado las expectativas. Para quienes trabajamos en el Instituto para el Nuevo Chile la experiencia de ESIN ha significado no sólo un logro organizativo, sino también una oportunidad de trabajo generosamente enriquecedora desde el punto de vista humano. A ustedes debemos agradecer el privilegio de haber podido emprender esta tarea. ESIN ha congregado a un número creciente de chilenos y latinoamericanos exiliados. Ningún otro evento organizado en el exterior reúne tan gran número de compatriotas con una cantidad modesta de recursos. En nuestras aulas han comparecido los temas más variados: el teatro latinoamericano y el juego de ajedrez, los partidos políticos y la novela histórica, Gramsci y García Lorca, la poesía joven y el feminismo, los medios de comunicación y el marxismo, la religión y la genética, el tango y la computación, Salvador Allende y Fray Bartolomé de las Casas, los derechos humanos y la creación musical. Los «Cuadernos de ESIN» han recogido en ediciones sobrias, parte importante del material docente utilizado. ESIN no sólo ha permitido transmitir y circular un flujo significativo de conocimientos e ideas a través de su programa docente. Hemos visto, también, obras de teatro, mimos, cantantes folklóricos, concertistas, producciones de cine y video. Hemos observado obras pictóricas y artesanales. Hemos escuchado la voz de los poetas.

Pero la Escuela de Verano, más allá de su significado cultural, ha sido un hecho humano. Durante tres años consecutivos nos hemos dado cita en Rotterdam desterrados sudamericanos residentes en más de veinte países distintos. Y en un espacio muy breve de tiempo —nueve o diez días— hemos retornado a nuestra propia lengua desde muchas lenguas, en parte ya nuestras, pero nunca nuestras por completo. Hemos regresado desde los acordes de músicas variadas y hermosas, pero ajenas, a nuestra propia música, y hemos reconstruido en los cortos días de nuestra convivencia los signos de la relación humana que fueron nuestros y, después de un decenio, siguen siendo nuestros. Hay en las Escuelas de Verano —han pensado seguramente algunos— algo artificial, porque recreamos un mundo efímero, atiborrado y breve como un sueño. Pero, ¿qué es lo real y qué es lo artificial? ¿No es acaso todo el exilio un artificio para desgarrar a una nación o a un continente una de sus partes? Y no es acaso un sueño porque, siendo real, quienes lo viven sueñan más de lo que nunca soñaron? Soñar es, después de todo, un derecho humano que no nos ha podido ser arrebatado. Es una garantía para la sobrevivencia de nuestras más caras utopías sin las cuales difícilmente podríamos internarnos con éxito en un futuro común que concebimos como radicalmente distinto del presente.

Manuel Lacunza, sacerdote expulsado de Chile por el Rey de España junto a todos los miembros de la Compañía de Jesús en 1767, soñó con el Santiago al que no alcanzó a regresar, hace ya dos siglos. En una de sus cartas de desterrado, lleno de humor, pena y fantasía, imaginaba:

«Actualmente me siento tan robusto que me hallo capaz de hacer un viaje a Chile por el Cabo de Hornos. Y, pues nadie me lo impide ni me cuesta nada, quiero hacerle con toda mi comodidad. En cinco meses de un viaje felicísimo llego a Valparaíso, y habiéndome hartado de pejerreyes y jaivas, de erizos y de locos, doy un galope a Santiago: hallo viva a mi venerable abuela, le beso la mano, la abrazo, lloro con ella, abrazo a todos los míos entre los cuales veo muchos y muchas que no conocía, busco entre tanta muchedumbre a mi madre y no la veo, busco a Solascasas, a Varela, a mi compadre don Nicolás, a Azúa, a Pedrito y a mi ahijada Pilar, y no los hallo. Entro en la cocina y registro toda la casa, buscando a los criados y criadas antiguos y no hallo sino a la Paula y a la Mercedes. Pregúntole a ésta donde está su señora y a la Paula donde está su amo don Manuel Díaz, y donde está mi mulato Pancho; y no me responden sino con sus lágrimas, y yo los acompaño llorando a gritos sin poder ya contenerme más. No obstante, por no perderlo todo, me vuelvo a la cuadra, que hallo llena de gente, procuro divertirme y alegrarme con todos; les cuento mil cosas de por acá, tégolos embobados con mis cuentos; cuando no hallo más que contar, miento a mi gusto; entre tanto, les como sus pollos, su charquicán y sus cajitas de dulces y también los bizcochos y ollitas de Clara y Rosita. Y habiéndome llenado bien la barriga para otros veinte años, me vuelvo a mi destierro por el mismo camino y con la misma facilidad.»

Si ESIN ha contribuido a sostener nuestros sueños individuales y colectivos,

Y a proyectarlos para los años venideros hacia nuestra tierra, habríamos alcanzado un logro significativo. Mas, soñar tan sólo puede no ser suficiente para que el exilio, disimulado tormento brumoso y contradictorio, no transforme las esperanzas en angustia y la angustia en desesperanza. Neruda lo definió, quizá por eso, como

«... redondo: un círculo, un anillo;
le dan vuelta tus pies, cruzas la tierra,
no es tu tierra,
te despierta la luz, y no es tu luz,
la noche llega: faltan tus estrellas,
hallas hermanos: pero no es tu sangre.
Eres como un fantasma avergonzado
de no amar más a los que tanto te aman,
y aún no es extraño que te falten
las hostiles espinas de tu patria,
el ronco desamparo de tu pueblo,
los asuntos amargos que te esperan
y que te ladrarán desde la puerta.»

Si ESIN ha aportado a que no nos arredremos frente a las espinas hostiles, a que siga viva nuestra rebeldía frente al desamparo ronco del pueblo y que no vacilemos ante los ladridos que hoy aún se escuchan en puestos fronterizos, puertos y aeropuertos, sería un logro valioso.

Sostener sueños y afirmar rebeldías no es, sin embargo, todo. Vicente Huidobro propuso, en versos magistrales el problema del retorno:

«Oh mis amigos aquí estoy
Vosotros sabéis acaso lo que yo era
Pero nadie sabe lo que soy
El viento me hizo viento
La sombra me hizo sombra
El horizonte me hizo horizonte preparado a todo
La tarde me hizo tarde
Y el alba me hizo alba para cantar de nuevo.»

Amigos y amigos:
Nos daríamos por plenamente satisfechos si la Escuela Internacional de Verano hubiera incentivado nuestros sueños vitales, alimentado nuestra justa rebeldía y, también, contribuido a que sepán y sepamos mejor lo que somos. Porque, entonces, como somos «horizonte preparado a todo», podremos, cuando el alba llegue y nos haga alba, «cantar de nuevo».

Gracias.

TALLERES, CURSOS, CONFERENCIAS, MESAS REDONDAS Y DOCENTES DE ESIN-3

A continuación la lista de todos los talleres, cursos y conferencias que se dictaron durante ESIN-3, así como de las mesas redondas realizadas, desde el 17 al 27 de agosto pasado. Se indica, además, el nombre de los docentes y el de la institución donde enseña o investiga habitualmente, de la última a que estuvo asociado o de aquella con la que mantiene una asociación.

Clase inaugural: «Iglesia y Democracia» por Jorge Hourton P., Obispo Auxiliar Vicario del Arzobispado de Santiago.

A) TALLERES

- a) La mujer, la salud mental y la educación popular.
Coordinador: *Rosita Aguirre*, Centro de Salud Mental Rubén Darío, Santiago de Chile.
- b) Música y danzas folklóricas chilenas.
Coordinador: *Mariela Ferreira*, conjunto Víctor Jara, Suecia.
- c) El afiche y su técnica.
Coordinador: *Ana María Lorenzen*, Casa de la Cultura de Estocolmo.
- d) Cristianismo y política.
Coordinador: *Guillermo Miranda*, Instituto para el Nuevo Chile.
Participantes: *Sergio Jerez*, Universidad Católica de Lovaina. *Josefina Lira*, Instituto para el Nuevo Chile. *Cristian Parkes*, Universidad Católica de Lovaina. *Jorge Hourton P.*, Obispo Auxiliar Vicario del Arzobispado de Santiago.
- e) Problemas del marxismo contemporáneo.
Coordinador: *Máximo Lira*, Academia de Ciencias de Pöfonia e Instituto para el Nuevo Chile.
Participantes: *Oswaldo Fernández*, Universidad de París. *Fernando Mires*, Universidad de Oldemburgo. *Jorge Beintein*, Universidad de

- París. *Carlos Fortín*, Institute of Development Studies, Universidad de Sussex. *Fernando Polle*, Instituto para el Nuevo Chile.
- f) Salvador Allende.
 Coordinador: *Jorge Arrate*, Instituto para el Nuevo Chile.
 Participantes: *Luis Jerez*, Instituto para el Nuevo Chile. *Jorge Tapia*, Universidad Erasmo de Rotterdam e Instituto para el Nuevo Chile. *Josefina Lira*, *Waldo Fortín*, Universidad Erasmo de Rotterdam.
- g) Movimiento sindical y popular chileno.
 Coordinador: *Darío Páez*, Universidad Católica de Lovaina.
 Participantes: *Hugo Yáñez*, Instituto para el Nuevo Chile. *Manuel González*, sindicalista, París. *Moisés Araya*, sindicalista, Casa de Chile, Amberes.
- h) Cultura, paz y medios de comunicación masivos.
 Coordinador: *Gustavo Becerra*, Universidad de Oldemburgo.
- i) Poesía chilena reciente.
 Coordinadora: *Soledad Bianchi*, Universidad de París XIII y ASER-Chile.
- j) Psicología crítica alternativa.
 Coordinadores: *Juan Carlos Carrasco*, Universidad de Utrech. *Ana Vásquez*, Centre Nationale pour la Recherche Scientifique y ASER-Chile, París.
- k) Mujer y política en América Latina.
 Coordinadora: *Myra Silva*, CIMADE y ASER-Chile, París.
- l) Expresión corporal.
 Coordinadora: *Teresa Monsegur*, bailarina y coreógrafa, Fundación Miró de Barcelona.
- m) Problemas de política internacional.
 Coordinador: *Daniel Moore*, Instituto Latinoamericano de Estocolmo.
 Participantes: *Luis Jerez*, *Heraldo Muñoz*, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile. *Eduardo Ortiz*, VECTOR, Santiago de Chile.
- n) Democracia y socialismo en la propuesta de la izquierda.
 Coordinador: *Carlos Ominami*, Centre Nationale pour la Recherche Scientifique y ASER-Chile.
 Participantes: *Alfonso Calderón*, VECTOR, Santiago de Chile. *Alejandro Rojas*, Universidad de Toronto. *Antibal Palma*, Universidad de Bremen. *Jorge Arrate*.
- o) Cómo hacer un video.
 Coordinador: *David Benavente*, cineasta y director teatral, Santiago de Chile.

B) CURSOS

Todos los cursos constaron de tres sesiones cada uno.

1. Química del cerebro humano: ¿Existe un cerebro femenino y un cerebro masculino? *Jorge Sánchez*, C.N.R.S., París, miembro de ASER-Chile, París.
2. Hipótesis sobre la realidad agrícola de Chile, *Patricio Silva*, Universidad de Amsterdam.
3. Este curso no se realizó.
4. Perspectiva histórica de los sindicatos chilenos, *Hugo Yáñez*, Instituto para el Nuevo Chile.
5. Sociología histórica y problemas de desarrollo en América Latina, *Alex Fernández Jilberto*, Instituto de Sociología aplicada de la Universidad de Amsterdam. *Jorge Rojas Hernández*, Universidad de Hannover.
6. Modelos culturales y política en Chile, *José A. Viera Gallo*, IDOC-Roma, revista Chile-América.
7. El Poder Judicial chileno 1973-1983: visión de un periodista, *Felipe Pozo*, revista «Análisis», Santiago de Chile.
8. Teoría de la democracia pactada, *Jorge Tapia*, Universidad Erasmo de Rotterdam.
9. Sobre los orígenes del marxismo en América Latina. Dos etapas: la recepción y la producción, *Oswaldo Fernández*, Universidad de París.
10. La segunda revolución industrial y la utopía socialista, *Isidoro Guentelbein*, Architectural Association de Londres.
11. Imágenes de América, *Pedro Miras*, Centre Nationale pour la Recherche Scientifique, París.
12. La computación y sus efectos sociales, *Mario Durán*, Universidad de Bielefeld, R. F. A.
13. América Latina y la reestructuración del Orden Económico Mundial, *Máximo Lira*.
14. Teorías sico-sociológicas de los movimientos sociales: condiciones del flujo y reflujo de los comportamientos colectivos en Chile, *Darío Páez*.
15. Aproximación a la problemática del sindicalismo, *Manuel González*.
16. Problemas de educación y desarrollo, *Juan Casassus*, UNESCO, París.
17. La imagen de América en Europa, *Miguel Rojas Mix*, Universidad de Vincennes.
18. Bases políticas para un programa democrático en Chile, *Camilo Salvo*, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid.
19. La transición democrática en España, *Benny Pollack*, Universidad de Liverpool.
20. Teoría marxista del Estado, *Carlos Fortín*.

21. La manipulación ideológica de los medios de comunicación, *J. Carlos Altamirano Celis*, Royal College of Art, Londres.
22. Tecnología y economía material: opciones chilenas, *Hermann Schwember*, Applied Renewable Energies, Londres.
23. Las causas del fracaso del experimento monetarista y sus herencias, *Ricardo French-Davies*, CIEPLAN, Santiago de Chile.
24. Chile y el Movimiento No Alineado, *Víctor Vaccaro*, periodista, Madrid.
25. Individuo y sociedad en el capitalismo desarrollado, *Alfredo Nazar*, Suecia.
26. Campos de Luz - Latinoamérica, *Ximena Prieto*, Colectivo de Acciones de Arte, Santiago y *Juan Castillo*, Colectivo de Acciones de Arte, Santiago.
27. La Comunidad Internacional y las violaciones masivas de los derechos humanos en América Latina, *Waldo Fortín*, Universidad Erasmo de Rotterdam y *Cecilia Medina*, Instituto Europa de la Universidad de Utrech.
28. Socialismo y democracia en la crisis latinoamericana: aportes para una nueva izquierda, *Jorge Beinstein*, Universidad de París.
29. El marxismo y la cuestión nacional, *Fernando Mires*, Universidad de Oldemburgo.
30. Educación pre-escolar de niños con problemas de desarrollo, *Gloria Pollack*, Servicio Sicológico Escolar, Inglaterra.
31. Democracia industrial, organización del trabajo y contra poder de los trabajadores, *Alejandro Dorna*, Universidad de París VIII.
32. Gabriela Mistral: mujer y poeta, *Myra Silva*, CIMADE y ASER-Chile, París. *Soledad Bianchi*, Universidad de París XIII.
33. Introducción a la práctica del video, *Percy Matas*, Casa Municipal de la Cultura, Móstoles, España.
34. El endeudamiento externo de Chile 1974-1982, *Eduardo Herrera*, Fondation Nationale des Sciences Politiques, París.
35. Modelos y tendencias del movimiento sindical en América Latina, *Alberto Cuevas*, Roma.
36. La crisis como agente de cambio político y social: el caso chileno, *Eduardo Ortiz*, VECTOR, Santiago de Chile.
37. Poder y delito, *Sergio Politoff*, Universidad Erasmo de Rotterdam.
38. Integración latinoamericana, *Eric Schnake*, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid.
39. Arte y política, *Eduardo Carrasco*, conjunto Quilapayán.
40. La nueva novela histórica hispanoamericana, *Luis Iñigo Madrigal*, Universidad de Leiden, Holanda.
41. Conflictos sociales: identidad y representaciones sociales, *Manuela Gamucio*, Universidad de París VIII.

42. Relaciones entre capitalismo y democracia en Chile, *Rodrigo Fortu-*
natti, Universidad Complutense de Madrid.
43. Las condiciones del socialismo en las sociedades dependientes, *Guy*
Bajoit, Universidad Católica de Lovaina.
44. Familia y poder, *Alicia Herrera*, España.
45. La comunicación en Chile en los últimos diez años, *David Benavente*
y *Alfonso Calderón*.
46. Bases para una economía democrática, *Mariana Scholnick*, CETRAL,
París, *Oscar Muñoz*, CIEPLAN, Santiago de Chile.
47. Relaciones interculturales y racismo, *Guillermo Labarca*, Instituto Pe-
dagógico de la Universidad de Amsterdam.
48. Análisis socio-histórico de la evolución de los modos de dominación
imperialista y de las luchas populares en Chile y Argentina, 1880-1945,
Juan Matas, Universidad de Estrasburgo.
49. Comportamiento del Poder Judicial bajo regímenes de excepción,
Aníbal Palma, Universidad de Bremen.
50. La política exterior chilena 1973-1983, *Heraldo Muñoz*, Centro de
Estudios de la Realidad Contemporánea de la Academia de Huma-
nismo Cristiano, Santiago de Chile.
51. Sociología y creación musical, *Gabriel Brncic*, Estudio de Música Con-
poránea Phonos, Barcelona.
52. Tres problemas de la cultura moderna latinoamericana, *Sebastián*
López, Universidad de Amsterdam.
53. Atención primaria de la salud, *Pilar Walker*, Centro de Salud de Le-
ganés, España.
54. Problemática de la transición democrática en Chile, *Javier Ossandón*,
Chile Democrático, Roma.
55. Pluralismo y perspectiva socialista: Obstáculos y posibilidades, *Ale-*
jandro Montesino, Universidad de Nápoles.
56. Mujer y trabajo, *Ana María Díaz*, Instituto para el Nuevo Chile.
57. Tecnología y sociedad, *Gustavo Fahrenkrog*, Organización de Inves-
tigaciones de Ciencias Aplicadas, Holanda.
58. Los mercados internacionales de materias primas, *Maria Lanzarotti*,
Universidad de París I.
59. Movimientos y culturas juveniles en el Chile de hoy, *Eduardo Valen-*
zuela, SUR, Santiago de Chile.
60. Desarrollo capitalista y vivienda obrera, *Oscar Vásquez*, Atelier Pa-
risienne d'Urbanisme.
61. La represión como delito, *Víctor Rebolledo*, Centro Madrileño de
Estudios Socialistas.
62. Pueblo, religión y renovación de la praxis política, *Cristián Parker*,
Universidad Católica de Lovaina.

63. La música en Cuba: relaciones entre folklore, música popular y docta, *Gustavo Becerra*, Universidad de Oldemburgo.
64. La pintura mural chilena en el exilio, *Carlos Solano*, Francia.
65. La teoría de la democracia y los problemas de la crisis y la renovación de la izquierda chilena, *Alejandro Rojas*, Universidad de Toronto.
66. La experiencia socialista francesa, *Cecilia Montero*, Universidad de París. *Carlos Ominami*, Centre Nationale pour la Recherche Scientifique, París, miembros de ASER-Chile.
67. La imagen de Chile y los chilenos, *Alfonso Calderón*.

CONFERENCIAS

- Políticas alternativas de desarrollo tecnológico, *Sergio Vásquez*, Centro de Estudios de Tecnología Apropriada, Valparaíso.
- La cultura de oposición en Chile, *Fernando Mires*.
- Cristianismo y política de izquierda en América Latina, *José Antonio Viera Gallo*.
- Teatro y cultura en Chile (2 sesiones), *Juan Radrigán*, Teatro El Telón, Santiago de Chile.
- El niño, la familia y el exilio (proyección de video), *Jorge Barudi*, COLAT, Bruselas.
- Argentina: la crisis de las FF. AA. después del conflicto por las Malvinas, *Fernando Hevia*, GRELAT, París e Instituto para el Nuevo Chile.
- Lectura etnológica de la poesía chilena, *Edmundo Magaña*.
- Antropología crítica sudamericana y la noción del desarrollo, *Fabiola Jara*, Universidad de Amsterdam.
- Justicia y política, *Adriana Kohan*.
- El movimiento popular en Bolivia, *Guy Bajoit*.
- Cantos y poemas populares y cuestiones adyacentes, *León Canales* (2 sesiones).
- Las transplantadas, diapositiva, *Gali Chávez* (2 sesiones).
- Cinco hipótesis sobre la realidad agrícola de Chile (3 sesiones), *David Baytelman*, Instituto de Estudios Sociales, La Haya.
- Alternativas de vida y de trabajo en el exilio y en el retorno, *Rubén G. Prieto*, COMUNIDAD, Suecia.
- Argentina y la Revolución Rusa. Repercusión y usos, *Bernardo Gallitelli*, Universidad de Amsterdam.
- El control obrero sobre las condiciones de trabajo en Argentina entre 1973 y 1976, *Marcelo Montenegro*, GRELAT, París e Instituto para el Nuevo Chile.
- Espacios de la esperanza, *Alejandro Rojas*.
- Desarrollo capitalista y vivienda obrera, *Oscar Vásquez*.

- Somos libres (proyección de video), *Michel Cárdenas*.
- El aparato judicial, instrumento de poder, *Alicia Herrera*.
- Chile, fértil provincia (conferencia-concierto), *Gabriel Brncic*.

En el espacio reservado en el programa para conferencias se realizaron sesiones complementarias de los siguientes cursos:

- Imágenes de América, *P. Miras*.
- Problemas de educación y desarrollo, *J. Casassus*.
- Bases para una economía democrática, *M. Scholnik - O. Muñoz*.

MESAS REDONDAS

- Nuevos temas para la izquierda.
Coordinador: *Alejandro Rojas*.
- Exilio y retorno.
Coordinador: *Eduardo Ortiz*.
- Un proyecto de política cultural latinoamericana.
Coordinador: *Gabriel Brncic*.
- ¿Puede tener éxito la política exterior de Reagan a nivel mundial y en Latinoamérica?
Coordinadores: *Daniel Moore y H. Muñoz*.
- Hombres y mujeres frente al machismo.
Coordinadora: *Ana María Díaz*.
- Relaciones entre capitalismo y democracia.
Coordinador: *R. Fortunatti*.
- Las mujeres en el desarrollo de la pintura chilena.
Coordinador: *J. Moreno R.*
- El concepto de partido político y la realidad chilena.
Coordinador: *L. Jerez*.

ACTIVIDADES CULTURALES Y SOCIALES

Acto Inaugural

ESIN 3 se inició con el Acto Oficial de inauguración el 17 de agosto a las 16 y 30 horas en el local de la Volksuniversiteit de Rotterdam.

Declaró inaugurada la Tercera Escuela Internacional de Verano (ESIN 3), el Prof. Willem Verkrusen, Presidente del Consejo del Instituto para el Nuevo Chile.

Posteriormente el Director Ejecutivo del INC, *Jorge Arrate*, pronunció un discurso y dio la bienvenida a los participantes.

La Clase Inaugural sobre «Iglesia y democracia» estuvo a cargo del Obispo chileno Jorge Hourton, Obispo Auxiliar y Vicario del Arzobispado de Santiago.

Exposición

Durante el desarrollo de ESIN 3, estuvo abierta al público una exposición de pintores chilenos que fue inaugurada el 21 de agosto por Pedro Miras, profesor de filosofía especializado en historia del arte.

Expusieron: Cuadros, Fletcher, Labarca, Moreno y Yadresic.

Presentaciones artísticas

Se realizó un ciclo de actividades artísticas, algunas de las cuales tuvieron lugar en el nuevo local de la Volksuniversiteit, la presentación del Grupo «El Telón» en el aula principal de la misma en el edificio donde se realizará el Acto Inaugural y otras se desarrollaron en el café-concert especialmente preparado para ESIN 3 en el Centro Salvador Allende para la Cultura Popular Chilena.

En los diferentes programas se realizaron las siguientes presentaciones:

- Grupo «El Telón», de Santiago, con la obra de Juan Radrigán «Hechos consumados».
- Verónica y Roberto, con un repertorio de música sudamericana.
- Pablo Ardouin, ganador del Festival de la Patagonia, ofreció dos recitales de música chilena.
- Los Jaivas.
- Los actores argentinos Lindor Bresan y Oscar Aliaga presentaron las obras: «Informe para una academia» y «Cuatro enigmas».
- Los poetas jóvenes presentaron sus trabajos en un recital que se realizó el 25 de agosto.

El 26 de agosto, el director de cine chileno David Benavente presentó «El Willy y la Miriam», film producido conjuntamente con el Taller de Comunicaciones de Chile.

Se proyectaron además:

- «Toda una vida» de Ictus.
- «La Miss Universo en el Perú».
- «Insurrección» de A. Skarmeta y A. Lilenthal.
- «El hombre cuando es hombre» de V. Sarmiento.
- «Con los ojos de mi papá» de P. Chasqui.

Actividades sociales

El café-concert constituyó el centro de las actividades sociales de ESIN. Además de las presentaciones artísticas, los participantes tuvieron la oportunidad de bailar, y se culminó con la fiesta final del viernes 26 de agosto.

Las horas de comida y las pausas constituyeron también momentos de confraternización. Durante ESIN 3 los participantes pudieron almorzar y cenar en el mismo local de la Volksuniversiteit, donde se realizaron las actividades docentes y funcionó la secretaría de la Escuela de Verano.

El 21 de agosto, por iniciativa de un grupo de participantes de ESIN 3 se realizó una Liturgia de la Palabra, que fue celebrada por Jorge Hourton.

ALGUNAS ESTADISTICAS

Aproximadamente 430 personas participaron como estudiantes o docentes en ESIN 3. Esta cifra corresponde al total de inscritos como alumnos, al total de docentes y conferencistas y a una estimación sobre la participación no formalizada.

El alumnado de ESIN 3 provino de 22 países de residencia: Holanda (27%), Francia (11 %), Suecia (10 %), Bélgica (9 %), España (9 %), República Federal Alemana (7 %), Dinamarca (4 %), Inglaterra (4 %), República Democrática Alemana (3 %), Italia, (3 %), Noruega (2 %), Bulgaria, Hungría, Polonia, Estados Unidos, Suiza, Portugal, Perú, Chile, Canadá, Argentina, Ecuador (1 % o menos). Los porcentajes que aquí se entregan constituyen aproximaciones. La nacionalidad de los alumnos se distribuyó de la siguiente manera: chilenos (69 %), holandeses (7 %), uruguayos (6 %), argentinos (4 %), españoles (4 %), ingleses, bolivianos, venezolanos, daneses, alemanes, suecos, húngaros, mexicanos, belgas, canadienses y peruanos. En total hubieron 16 nacionalidades representadas.

El alumnado estaba compuesto por un 53 % hombres y 47 % mujeres. Un 47 % de los alumnos desarrollan una actividad remunerada, 35 % eran estudiantes, 12 % se encuentran cesantes y un 6 % no especificó su actividad actual.

El cuerpo docente se constituyó en un 26 % con residentes en Holanda, el 26 % de Francia, el 13 % de Chile, el 10 % de España, y el resto de Bélgica, Inglaterra, República Federal Alemana, Italia, Suecia, Polonia y Canadá.

El 91 % de los docentes era de nacionalidad chilena, el 7 % de otras nacionalidades latinoamericanas y el 2 % eran europeos.